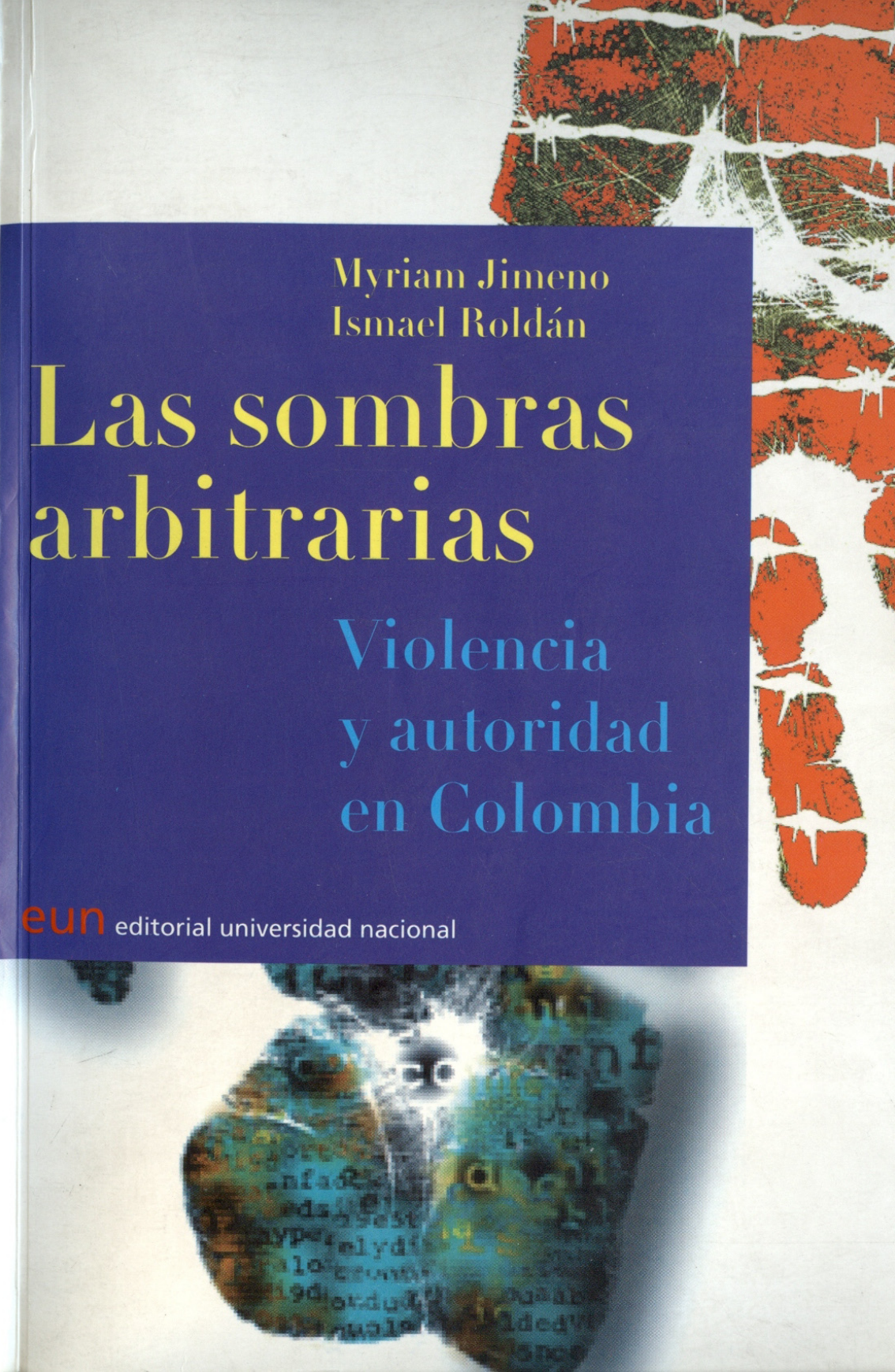
Myriam Jimeno
Ismael Roldán

Las sombras arbitrarias

Violencia y autoridad en Colombia

eun editorial universidad nacional



Myriam Jimeno (Investigadora principal) Antropóloga de la Universidad de Los Andes. Profesora asociada e investigadora del Centro de Estudios Sociales CES de la Universidad Nacional de Colombia. Ha dirigido en dos ocasiones el Instituto Colombiano de Antropología.

Ismael Roldán (Investigador principal) Médico psiquiatra y profesor asociado y emérito de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Colombia, en donde se desempeña actualmente como Director del Departamento de Psiquiatría. Es Presidente de la Federación Médica Colombiana.

David Ospina (Investigador asociado) Estadístico de la Universidad Nacional de Colombia y Doctor en estadística de la Universidad de Wyoming. Es profesor asociado de la Universidad Nacional de Colombia.

Luis Eduardo Jaramillo (Investigador asistente) Médico cirujano, con especialidad en psiquiatría. Actualmente es profesor asistente y Director del Posgrado de Psiquiatría de la Universidad Nacional de Colombia.

José Manuel Calvo (Investigador asistente) Médico cirujano, con especialidad en psiquiatría. Profesor asistente del Departamento de Psiquiatría de la Universidad Nacional de Colombia.

Sonia Chaparro (Investigadora asistente) Antropóloga de la Universidad Nacional de Colombia. Durante más de tres años ha trabajado el tema de la violencia.

Las sombras arbitrarias
Violencia y autoridad en Colombia

ESTA INVESTIGACIÓN OBTUVO
EL PREMIO NACIONAL EN CIENCIAS
SOCIALES Y HUMANAS 1995 - DE LA FUNDACIÓN
ALEJANDRO ÁNGEL ESCOBAR

LA PUBLICACIÓN DE ESTE LIBRO CONTÓ CON
EL APOYO DEL INSTITUTO COLOMBIANO PARA EL
DESARROLLO DE LA CIENCIA Y LA TECNOLOGÍA
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS, COLCIENCIAS.

Las sombras arbitrarias

Violencia y autoridad en Colombia

MYRIAM JIMENO
ISMAEL ROLDÁN
DAVID OSPINA
LUIS EDUARDO JARAMILLO
JOSÉ MANUEL CALVO
SONIA CHAPARRO

eun editorial universidad nacional

303.6209861
S693$_S$ Las sombras arbitrarias: violencia y autoridad
en Colombia / Myriam Jimeno, Ismael Roldan, [et al.
Santafé de Bogotá: Editorial Universidad
Nacional, 1996
100 p.: il.

ISBN: 958-17-0159-1

1. Violencia - Colombia I. Jimeno Santoyo, Myriam
ADR - Sección Catalogación U. N.

© Myriam Jimeno, Ismael Roldán, 1996
© 1996, Editorial Universidad Nacional
Apartado Aéreo 14490 - Tel. 3681287 - Fax 2219568
Bogotá, Colombia

Primera edición: diciembre, 1996
ISBN: 958-17-0159-1

Impreso en Colombia Printed in Colombia

Preparación editorial: Editorial Universidad Nacional
Diseño de carátula: Marida Agudelo

Prohibida la reproducción total o parcial por
cualquier medio sin permiso escrito de la Editorial

Contenido

Presentación

I VIOLENCIA Y SOCIEDAD 15
Agresión y violencia: discusiones de enfoque 17
Etiología de la violencia 20
Algunos estudios colombianos 23
Aprendizaje, cognición y agresión 24

II AGRESIÓN Y VIOLENCIA EN UN SECTOR SOCIAL BOGOTANO 33
La investigación 35
Los medios técnicos 39
Maltrato y violencia: condiciones sociales y significados 42
Violencia en la casa 45
Violencia en la calle 51

III VIOLENCIA: INTERACCIONES Y EXPERIENCIAS 55
Escenarios y situaciones 57
Lo íntimo 57
Alcohol y agresión 59
¿Determinismo o aprendizaje? 62
Pasividad y desafío 63
Corregir y castigar 70
Lo impredecible 72
Los jóvenes 75
¿Agresión o miedo? 70
Mediadores y mediaciones 85
Contextos urbanos: aislamiento y anonimato 90
Interacciones violentas 92
Autoridad y códigos culturales 96

IV AUTORIDAD Y ARBITRARIEDAD: EVENTOS Y REPRESENTACIONES 99
La violencia como transacción 101
Institucionalidad y experiencias de violencia 104
Representaciones culturales 108
Sombras arbitrarias 114
Conclusión: violencia, autoridad y arbitrariedad 118

Bibliografía 127

Anexos 137
Anexo I 139
Metodología y síntesis estadística 139

Anexo II 151
Análisis estadístico general 151

Los autores 208

PRESENTACIÓN

La alta incidencia de hechos de violencia en Colombia y la amenaza que siente cualquier residente de ser eventualmente alcanzado por ellos, conducen a una preocupación generalizada sobre su comprensión. Un conjunto de reacciones sociales espontáneas pretende incorporar la violencia a la cotidianidad, reduciéndola a sus expresiones mínimas y más aparentes, haciéndola trivial y dramática. Otras reacciones hacen énfasis en la naturaleza violenta, -social o biológica-, del colombiano, y algunas más la atribuyen a la desigualdad social o a la ausencia del Estado.

La violencia es la cara oscura de la humanidad. Cuando es entendida como agresividad maligna y destructiva, atrae por sus manifestaciones más ostensibles que, sobre todo en situaciones como la colombiana, tienden a capturar a sus analistas. La condición misma de la violencia, que parece parte de la vida en sociedad (DaMatta, 1993), induce a pensarla en sus aspectos universales y extremos.

Los vastos alcances de las diferentes formas de violencia llevan a preguntas insistentes: ¿somos ancestralmente violentos? ¿Proviene la violencia de nuestra cultura, de nuestra historia o, incluso, de nuestros genes? ¿Son la violencia y la agresión fenómenos colombianos, o más bien forman parte de la condición humana? De cierta manera, las respuestas teóricas retoman estos dilemas del sentido común.

En Colombia, el interés por comprender la violencia recorre las más variadas expresiones intelectuales, desde las ciencias sociales hasta las artes plásticas y la literatura. Las explicaciones oscilan entre las visiones pesimistas de la sociedad, para las cuales «el hombre no es sólo una criatura tierna y necesitada de amor», que sólo se defiende cuando lo atacan, sino que cuenta entre sus disposiciones

instintivas con una buena dosis de agresividad (Freud, S., [1920], 1955), y las ideologías radicales, donde los responsables de la violencia son el orden social y las estructuras de la sociedad, con su naturaleza contradictoria y conflictiva.

En las explicaciones académicas subsiste la dicotomía entre el peso otorgado a los factores socioestructurales y a los elementos psicológicos, de manera que parece infranqueable la brecha entre la sociedad, la cultura y el individuo. Sin embargo, nuevos enfoques llevan a considerar la posibilidad de articular unos y otros en el análisis, a través de la comprensión de los hitos y las jerarquías de significación en la construcción de la realidad. Así, la teoría no trata con totalidades interpretativas ni con estrategias individuales, sino con lo genérico que las ordena (Descola, 1992:108-109). Por ello, este trabajo intenta la confluencia de explicaciones desde la antropología y la psiquiatría

El tema es vasto, complejo y con múltiples dimensiones. Para analizarlo es preciso sobrepasar los lentes normativos y evitar las oscilaciones entre una visión catastrófica y otra utópica de la sociedad. Se aboca la necesidad de investigar la relación entre la violencia como fenómeno social e individual universal, con manifestaciones en sistemas socioculturales específicos, y la perturbadora relación sociocultural y psicológica entre norma y crimen (DaMatta, 1993: 175-180; Durkheim [1893], 1993).

A través de un enfoque relacional trataremos de discurrir sobre la violencia y las violencias, pero no como simples encarnaciones de etapas históricas o de determinadas estructuras, o como respuestas lineales o funcionales, o como productos de pulsiones o deformaciones del comportamiento; por el contrario, la violencia se entiende como un proceso interactivo, más que como fenómeno en sí mismo, y es definida como conjuntos de interacciones antagónicas donde al menos uno de los actores busca lesionar la integridad física o psicológica de otros (Berkowitz, L., 1994; Michaud, I. cit. por Vargas, A.,1993: 144-145)

Los escenarios materiales, los patrones culturales e individuales de significación y la dinámica que los vincula, permiten acercarse al

tejido de las relaciones intersubjetivas en las interacciones violentas. Se toman en cuenta no sólo las estructuras sociales con las cuales se tiende a diluir y a confundir la violencia, sino las situaciones, las condiciones y las interacciones violentas, que son formas a través de las cuales se revela un sistema cultural de valores y la configuración de la sociedad misma

El componente emocional individual parte de que los eventos no son agradables o desagradables en sí mismos, sino que se vuelven afectivamente positivos o negativos como resultado de su construcción, de sus sensaciones internas. Más aún, la agresión emocional, como otros estados emocionales, es el resultado de redes de asociaciones y cogniciones en las cuales los sentimientos específicos (rabia, miedo), las reacciones físicas (sudoración, dificultad respiratoria, palpitaciones precordiales), las respuestas motoras (escape, ataque), los pensamientos, la memoria y los aprendizajes, están todos ligados entre sí en mayor o menor grado (Berkowitz, 1994: 50-57). Ellos conforman modelos psicoculturales que en su evocación sirven como guías de las acciones frente a determinadas situaciones de posible conflicto o molestia. Los significados culturales y los psicológicos tienen un sustrato común, forjado en las relaciones cotidianas, modelado y diversificado en la acción individual y colectiva, irreductible a patologías o a idiosincrasias personales.

Este estudio fue realizado de manera multidisciplinaria1, con el propósito de examinar factores culturales e individuales, asociados o contextuales, que influyen en comportamientos violentos de sectores populares urbanos en Bogotá. También buscamos conocer la permanencia y los cambios en los sistemas de referencia, las relaciones de pertenencia, la normatividad y el ejercicio del control en el grupo familiar y su relación con el entorno institucional y social Para ello indagamos por las experiencias y las formas de representación de la agresión y la violencia en los hogares estudiados.

El diseño específico del trabajo fue guiado por dos elementos teórico-metodológicos. El primero de ellos fue estudiar un sector de población típico del estrato social urbano de bajos ingresos, pues consideramos importante partir de una población corriente y no de extremos violentos, o estudiar exclusivamente víctimas o agentes de violencia. El segundo elemento fue un enfoque interdisciplinario, basado en la antropología social y la psiquiatría. Desde un principio la metodología estadística estuvo claramente asociada al trabajo, con el fin de obtener un diseño muestral y una definición precisos del análisis a realizar. Las entrevistas semiestructuradas y las historias o relatos de vida constituyeron el instrumento primario de obtención de información para el estudio, aplicadas directamente por los miembros del equipo.

La investigación tuvo un carácter exploratorio, descriptivo e inferencial. Se diseñó una metodología muestral que permitiera obtener inferencias válidas para el conglomerado urbano de bajos ingresos (popular), al cual pertenecen las personas seleccionadas. Es importante tener en cuenta que este estudio no se propuso realizar comparaciones con otras situaciones y experiencias de violencia; los numerosos trabajos sobre violencia sirvieron como soporte analítico; así mismo se examinaron los supuestos conceptuales y fácticos de un gran número de ellos, pero sin la pretensión de involucrar sus resultados más allá que como un punto de referencia necesario.

Para su publicación en forma de libro, la estructura inicial de la investigación fue ligeramente modificada. Sin embargo, no se omitieron capítulos o apartes estadísticos y metodológicos, conscientes de que éstos pueden resultar valiosos para otros investigadores que decidan continuar ahondando en estos temas.

En el primer capítulo se esbozan los elementos teóricos y algunas de las discusiones sobre agresión y violencia, con énfasis en las teorías cognitivas,de la interacción social y del análisis situacional. El segundo capítulo se divide en dos grandes partes: la primera desarrolla la estrategia general de la investigación y el conjunto de supuestos y de técnicas utilizados en ella; la segunda resume la evidencia

recogida y enfatiza los resultados estadísticos, los cuales se interpretan en los capítulos tercero y cuarto. Las conclusiones propuestas son retomadas en la actualidad para su comparación con situaciones rurales. Finalmente, la abundante información estadística es consignada en los anexos*.

La investigación tuvo como sede el Centro de Estudios Sociales, CES, de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia Contó también con el apoyo de Colciencias, la Universidad Nacional de Colombia y la Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia.

El director del Centro de Salud N° 16, adscrito al hospital universitario San Juan de Dios, facilitó la tarea de realizar allí las entrevistas entre quienes acuden a la consulta externa. El profesor Víctor Zambrano, director de la Sección de Dermatología de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, brindó su decidida colaboración, gracias a la cual fue posible un acceso confiable y amable al grupo estudiado. Hernando Sánchez, estadístico, colaboró con eficiencia en el procesamiento cuantitativo de la información y el antropólogo John Trujillo realizó una cuidadosa revisión del texto final

Las personas entrevistadas nos enseñaron a aproximarnos a sus dolorosas experiencias; ante ellas, sólo pudimos ofrecernos como escuchas conmovidos, intensamente respetuosos.

René Girard (1975) habla de la naturaleza doble y una de la sangre, es decir, de la violencia. Dos gotas de una misma sangre, la sangre de la Gorgona, una es remedio, la otra veneno mortal. Por medio de los rituales de sacrificio violento se trata de que no se mezclen y mientras no se confundan, hasta las más grandes máculas pueden ser lavadas. Este libro trata precisamente de eso: de no confundir las violencias. Cuando sus diferentes significaciones individuales o colectivas, son

*. Dada la importancia de la investigación que aquí se publica, que fue merecedora del premio Alejandro Ángel Escobar, la editorial consideró imprescindible anexar el conjunto de cuadros estadísticos. La metodología de la investigación estadística, junto con los principales resultados, están consignados en el Anexo I. Por su parte la información asignada en el Anexo II será de gran interés para los investigadores especializados en la materia.

discernidas por quienes han tenido que padecerlas en uno u otro momento de su existencia, ellas dejan de ser el signo maligno de los colombianos.

Miedo y angustia, desconfianza y nerviosismo, son las sombras arbitrarias que a veces parecen ocultar nuestro futuro. Sin embargo, entre estas sombras se vislumbra en las víctimas esperanza y confianza en Colombia. Este punto de vista bien puede ser un modelo para dejar de resaltar solamente la cara abrumadora de la violencia y entenderla también como el resultado de las múltiples transacciones -cambiantes, maleables y modificables- que se suceden entre el individuo y su ambiente. En los aprendizajes que alimentan y son resaca de las violencias se encuentra también la otra gota, la semilla de nuevos aprendizajes y, por ello, pese a los tiempos de oscuridad, los colombianos no estamos condenados a la violencia.

I. VIOLENCIA Y SOCIEDAD

Cuando yo era niña, él [mi padre] fue muy
atrevido, muy brusco, muy humillativo...
Mi mamá me golpió mucho.
Yo el sábado le dije, ¿no se acuerda cuando usted
se desmayaba golpiándome? y mi hermano...
lo que quiso hacer conmigo.
Eso sí yo fui muy contestona y era muy terca,
y yo digo que mi mamá fue así pues era muy sufrida,
yo a eso le echo la culpa. Yo le decía el sábado,
yo la quiero a usted, pero no le perdono que no hayan
controlado eso, me dio ese sentimiento...
ANA LUCÍA

Agresión y violencia: discusiones de enfoque

Una de la principales tendencias en los estudios sobre la violencia es su reducción a la pérdida de dominio, a la explosión emocional o a la patología. Según el psiquiatra Friederich Harker (1973), se tiende a excluir así diversidad de formas de violencia y la relación entre agresión sintomática y agresión estratégica. Al reducir las formas de violencia a las puramente enfermizas, se falsean otras de sus manifestaciones, incluso más destructivas y peligrosas (ibíd). De allí la tendencia a medicalizar su análisis, en desmedro del papel de las normas y de los valores sociales, de la orientación cognitiva y emocional dada por la cultura a los individuos, o del papel de la estructura social, reduciendo la investigación a los casos individuales y enfermizos.

Más allá de aceptar o rechazar la función de los factores filogenéticos innatos,de ciertas reacciones psicológicas, o de la estructura del sistema nervioso, aquí interesa la violencia como fenómeno social complejo, donde entran en juego los individuos y el grupo social específico con sus interacciones bioculturales. Las explicaciones sobre la violencia, tanto de orden biológico como social, mantienen un debate continuo entre aquellos que relacionan la violencia con pulsiones psicológicas o biológicas innatas (Freud, 1915; Lorenz, 1978) y quienes buscan su razón de ser en la estructura social, en las condiciones psicológicas, en la orientación cultural, o en el aprendizaje individual y colectivo.

Algunos teóricos tienden un puente entre teorías estructural-funcionalistas y sociopsicológicas, en las cuales la noción de la

sociedad como sistema homeoestático (Parsons, 1951), es central para comprender las tensiones y los ajustes entre grupos e individuos. Con frecuencia en ciencias sociales se hace énfasis en la racionalidad funcional del conflicto, e incluso en su papel para el mantenimiento y el equilibrio de sistemas sociales (p.e., Gluckman, 1954); otros la vuelven una función de la adaptación ecológica (Harris, 1975 y 1984; Ferguson, 1984), mientras algunos otros rechazan estos enfoques por considerarlos reduccionistas (Harker, 1973; Reiss y Roth, 1993).

Para el antropólogo Brian Ferguson (1984), los diferentes enfoques sobre la agresión y la violencia pueden agruparse de la siguiente manera: los innatistas, quienes hacen énfasis en las condiciones filogenéticas de la especie; los ambientalistas, entre los cuales sobresalen quienes han sostenido que la agresión se causa por la obstrucción o la frustración al interferir el logro de una meta (hipótesis frustración-agresión), o por distorsiones en la comunicación y en la percepción; y, finalmente, las teorías que otorgan prioridad al aprendizaje, según las cuales la agresión es aprendida De este último enfoque, son de especial interés para este estudio las teorías psicocognitivas y de la cognición sociocultural, en la medida en que su propósito es conocer las estructuras de significación y los modelos compartidos, psicológicos y culturales, asociados a la violencia en la vida cotidiana. Las violencias delincuenciales o patológicas, individuales, colectivas o sintomáticas, siguiendo la expresión de Harker, no permiten, como a veces ocurre, su extrapolación a la cultura y a la sociedad, justamente porque representan casos extremos y particulares. Adicionalmente, diversos estudios muestran una correlación entre criminalidad y psicopatología, pero no es menos cierta la proliferación de criminalidad en grupos que no muestran enfermedad psíquica, de manera que la violencia trasciende ampliamente la psicopatología (Fernández, 1987).

Desde el punto de vista psiquiátrico, la violencia es definida como cualquier conducta cuya meta es hacer daño a otra persona y surge cuando se rompe el balance entre los impulsos y el control interno del individuo. Así, una persona puede tener pensamientos o fantasías violentos, pero éstos se volverán actos violentos sólo cuando la

persona pierde el control. En este sentido, la violencia se entiende como una forma de agresión destructiva.

Otra distinción importante se establece entre violencia emocional y violencia instrumental, entendiendo que la primera es «un comportamiento dirigido al daño verbal o físico de un blanco, que es instigado por algunas circunstancias que despiertan sentimientos negativos» (Berkowitz, 1994:36), mientras en la segunda, la violencia es utilizada como un medio para conseguir ciertos propósitos, sin compromiso emocional desencadenante.

Desde la Segunda Guerra Mundial, y sobre todo a partir de los años sesenta, buena parte de la producción antropológica se concentró en el análisis de la guerra en las llamadas sociedades primitivas, desde distintos puntos de vista. La orientación predominante en la disciplina durante la mayor parte de este siglo mermó el interés en los estudios sobre conflicto social, en aras del estudio de la estructura y la función sociales, de su equilibrio o de las constantes socioculturales que regulan la vida diaria (Ferguson, cit: 5-14).

Los aportes de enfoque materialista, realizados en las últimas décadas, coinciden en enfatizar las relaciones entre la guerra y los procesos de producción material y otras necesidades de supervivencia. Algunos relacionan en sus teorías el ambiente natural, la organización social y el conflicto[2]. Para ellos, la guerra primitiva, así como otros comportamientos que parecen inescrutables, tienen una base práctica. La guerra es seleccionada por ciertos grupos sociales con baja densidad de población (p. e.: bandas y aldeas), organizados en grupos fraternos de interés. Las incursiones guerreras de corta distancia permiten el bienestar y la supervivencia de individuos y de grupos, en la medida en que generan un nuevo equilibrio entre la población y su hábitat

La dispersión de los grupos, el abandono temporal de sus territorios y los efectos de la sobrevaloración de los hombres guerreros

2. Trabajos con este enfoque han sido realizados desde fines de los años cincuenta y comienzos de los sesenta por antropólogos como A.P. Vayda, A.Leeds, R. Rappaport, M. Sahlings, entre otros.

que conducen al descuido de los infantes o al infanticidio femenino abierto, producen en éstos una regulación demográfica y, por consiguiente, una adaptación ecológica (Harris, 1974,1984).

La teoría no pretende aplicarse más allá de ese contexto social, pero ha generado un abundante debate. Otros antropólogos han relacionado los conflictos sociales violentos con la organización del intercambio o con la política, pero con una marcada concentración en las sociedades y en los grupos pequeños.

Etiología de la violencia

En este debate sobre la etiología de las conductas violentas, especialmente la posición de que la agresión es innata, vale la pena mencionar lo planteado en 1986 por un grupo de veinte científicos de la conducta, psicólogos, neurofisiólogos y etólogos de doce países diferentes y que quedó plasmado en la Declaración de Sevilla, acogida entre otras por la Asociación Psicológica Americana. Las conclusiones de esta declaración pueden resumirse diciendo que es científicamente incorrecto afirmar que hemos heredado la tendencia a hacer la guerra de nuestros ancestros animales, cuando sabemos que ésta es un fenómeno peculiarmente humano y que no ocurre en otros animales. La guerra es biológicamente posible, pero no inevitable; no es correcto afirmar que ella o cualquiera otra conducta violenta estén genéticamente programadas. Excepto en algunas patologías, los genes no producen individuos predispuestos a la violencia. No es cierto que el curso de la evolución humana haya sido una selección por conductas agresivas; el estatus dentro de un grupo es adquirido por la habilidad para cooperar. Los humanos no tenemos un cerebro violento, pues aunque contamos con un aparato neural para actuar violentamente, no hay nada en nuestra neurofisiología que nos compela a realizar actos violentos.

El mito de que la rabia y la violencia son inevitables resulta atractivo para muchos y es usado como una defensa porque puede bloquear sentimientos dolorosos como el temor, la ansiedad, el daño, la

culpa, la vergüenza, la desesperanza, y muchos otros (McKay, Rogers y McKay, 1989). Esto permite a los individuos excusar y justificar sus actos de agresión porque tienen escasas elecciones frente a ellos. Pero la justificación de actos de violencia lleva a más tensión y agresión, en un círculo vicioso negativo que en ocasiones resulta difícil de romper.

En resumen, las teorías endógenas para explicar la violencia se formulan en términos de lo que es natural para el hombre, mientras las exógenas se postulan de acuerdo con factores socioculturales. Trabajos con este enfoque han sido realizados desde fines de los años cincuenta y comienzos de los sesenta por antropólogos como A.P. Vayda, A.Leeds, R. Rapaport y M. Sahlings[3].

Algunos matices entre teorías innatistas y del aprendizaje postulan que puede asignarse un origen instintivo a la agresividad autoafirmativa y un origen sociocultural a la agresividad humana de características malignas. Por ejemplo, Erich Fromm (1975) distingue entre destructividad y agresividad adaptativa: la primera es fruto de condiciones sociales y culturales, mientras que la segunda tiene una base innata. Según algunas investigaciones psicológicas, en el estudio de las condiciones sociales de interacciones violentas podrían distinguirse la agresión reactiva a las frustraciones, la agresividad expresiva, que manifiesta emociones o sentimientos de los actores, y la agresividad espontánea, que se dispara ante ciertos estímulos propios. La dinámica fenomenológica de las manifestaciones de la agresividad, así como sus expresiones, seguirían secuencias y formas diferenciables (Fernández, 1987).

Para A. Reiss y J. Roth (1993), los estudios sobre agresión y aquéllos sobre violencia suelen ser difícilmente comparables por las definiciones mismas de lo que se entiende por ellas, por las condiciones de

3. Para una discusión sobre este tópico, véanse, entre otros: Heelas, P., (1983); Fernández, A., (1987); Lorenz, K., (1978); Harker, R, (1973); Heller, A., (1980); Fromm, E., (1975); Harris, M., (1975); Fried, M., M Harris y R. Murphy, (1968); Chagnon, N., (1968). Para compilaciones sobre las diferentes perspectivas recientes, véanse: Huesmann, L.R., (1994), Reiss, A. y J. Roth, (1993) y, con énfasis en antropología, Ferguson, B., (1984).

realización de los trabajos, que van desde condiciones experimentales hasta estudios de caso en la comunidad, y por la consideración de distintos factores involucrados. Prácticamente cada estudio tiene su propia definición de violencia y de agresión, o se traslapan la violencia cotidiana y la criminal. Teniendo en cuenta que la conducta agresiva es más fácil de estudiar que la conducta violenta, gran parte de las conclusiones y de la literatura psicológica proviene de los estudios sobre agresión.

Dada la dificultad para abordar la violencia, muchos de los estudios se han centrado en elementos puntuales y específicos de ésta, más que en los globales, y gran parte del énfasis se ha puesto en determinar la etiología y los factores predictores de actos violentos. Reiss y Roth afirman que en la agresión y en la violencia inciden tres grandes conjuntos de factores: aquellos relacionados con el desarrollo psicosocial (las condiciones del aprendizaje de conductas y la interpretación de las interacciones con otros), los biológicos (genéticos, defectos cromosómicos, mecanismos hormonales, efecto de los neurotransmisores, alteraciones o lesiones cerebrales), y los procesos sociales (condiciones económicas, estructura y relaciones familiares, densidad de población, falta de cohesión y otras características de ciertos grupos sociales).

El conocimiento de las condiciones de interacción de los tres conjuntos podría mejorar la comprensión sobre la agresión y la violencia (Reiss y Roth, 1993). Sin embargo, no hay estudios que consideren esos niveles simultáneamente ni tampoco las interacciones relevantes entre esos factores. Para los investigadores es claro que estos factores son apenas guías para determinar la posibilidad de realizar un acto violento, ya que no es posible establecer con precisión quiénes finalmente lo realizarán. Con base en estos elementos predictivos, se han establecido programas preventivos que han mostrado una reducción de conductas agresivas en los niños, pero no hay estudios de seguimiento a largo plazo para establecer si tienen un efecto preventivo en la edad adulta.

Cabe preguntarse entonces si la agresión y la violencia siguen las leyes de la naturaleza o las reglas de la cultura, o si ambas están involucradas mediante procesos diferenciados en una evolución coadaptativa biocultural (Heelas, 1983). De acuerdo con Heelas, existe suficiente evidencia para sostener que los procesos endógenos en ciertas condiciones, o los exógenos en otras, o su combinación, pueden explicar manifestaciones particulares de agresividad. Esto no quiere decir que ambos operen en todos los casos de manifestaciones agresivas; las evidencias etnográficas y las psicológicas muestran que la agresión y la violencia pueden seguir la cultura y la naturaleza, de manera que lo que la agresión puede deber a la naturaleza es oscurecido por lo que debe a la cultura. Existe, pues, un largo camino para establecer cómo ocurren adaptaciones bioculturales en contextos socioculturales muy diversificados (Heelas, 1983).

Algunos estudios colombianos

Para el caso colombiano, algunos balances de investigación, especialmente el de Carlos Miguel Ortiz (1992), muestran el predominio de los análisis que ligan la violencia con características estructurales de la sociedad colombiana, en especial con aspectos políticos y con él Estado. Se evidencia una gran ausencia de la dimensión cultural, del estudio de las representaciones y de la diversidad de las manifestaciones de violencia

Pocos intentos, como los realizados por Álvaro Camacho y Álvaro Guzmán en 1990, acuden a un punto de vista pluridimensional (véase Camacho y Guzmán, 1990). Los textos del sociólogo Alfredo Molano (p. e., 1991 y 1994) recogen de manera aguda testimonios sobre la trama entre las experiencias personales de violencia y el contexto social, pero privilegian los aspectos sociopolíticos y, por otro lado, su propia metodología de trabajo dificulta el establecimiento de conclusiones generales.

Otros investigadores han iniciado el estudio de sectores específicos, en especial la violencia en la familia, el maltrato de las mujeres y

de los niños (véanse, por ejemplo, ensayos en: Defossez y otros, 1992). No obstante, sólo pocas de las investigaciones realizadas abordan niveles diferentes del fenómeno y se preguntan por sus relaciones internas y cómo éstas reflejan tanto núcleos psicológicos y culturales específicos, como rasgos de la conformación de la sociedad.

El antropólogo Elias Sevilla ha señalado otra tendencia de los estudios sobre violencia en Colombia. Se trata del llamado efecto iceberg, que lleva a que «sólo se mire la cúspide sangrienta de un proceso social muy complejo, que hunde su gran masa en las aguas de la cotidianidad» (Sevilla, 1991:75).

En la perspectiva de este trabajo, nos interesó desarrollar un enfoque que permitiera mirar el conflicto y la disfunción sin reducir la violencia a anomalías sociales o individuales, o a su función cohesionadora, en términos de integración social o simbólica. Igualmente, la investigación apuntó a reconocer el tejido sociocultural más amplio por medio de niveles diferenciales de observación y análisis, a partir de lo etnográfico y lo particular.

Aprendizaje, cognición y agresión

En la excelente síntesis realizada por Leonard Eron sobre las teorías de la agresión (Eron, 1994 3-33, en: Huesmann, 1994) se muestra que sólo hasta 1939 se realizó el primer estudio psicológico en el cual se otorgaba especial importancia a la teoría del aprendizaje. Este estudio, Frustración y agresión, fue realizado por J. Dollard, L.W. Doob, N.E. Miller, O.H. Mowrer, y R.R. Sears, psicólogos de la Universidad de Yale[4].

Hasta ese momento, la mayoría de los psicólogos consideraba la agresión como un instinto, innato e inherente a los seres humanos y a otros animales. A pesar de que este grupo de psicólogos estaba convencido de la importancia del aprendizaje en el desarrollo de la conducta agresiva, la idea de que la agresión tenía una base biológica

4. Frustmtion and Aggression, New Haven, University Press, 1939-

no fue desechada. Desde luego, estos autores estaban influidos por el pensamiento psicoanalítico de la época. Para Freud, la agresividad es el instinto o pulsión de muerte proyectada externamente contra otros sujetos. La contraposición humana sería entre eros (amor) y thanatos (agresividad). Buscar el placer y evitar el dolor eran para Freud los mecanismos básicos del funcionamiento mental, y la frustración ocurría cuando estas actividades eran bloqueadas.

Los investigadores de Yale, de orientación conductista, propusieron traducir las proposiciones freudianas en términos más objetivos del comportamiento que pudieran estudiarse en forma de test. Por ejemplo, la hipótesis del grupo de Yale acerca de la manera como agrede el frustrador, se encuentra estrechamente vinculada a la frase de Freud, en 1915, que decía: «Si el objeto es una fuente de sentimientos displacenteros (...)», entonces puede eventualmente conducir a «una inclinación agresiva contra el objeto (...) y a una instigación a destruirlo» (cit. por Eron, 1994:4).

La premisa central de la hipótesis frustración-agresión es que cuando la gente es frustrada, cuando sus metas son bloqueadas, responde agresivamente. En la primera parte de su trabajo, los autores establecieron como tesis que «la ocurrencia de la conducta agresiva presupone la existencia de la frustración y además la existencia de frustración siempre conduce a cualquier forma de agresión» (ibíd).

Estos autores definieron la agresión como «un acto cuya meta es la de tratar de hacer daño a un organismo o a un sustituto de éste» (ibíd). Esta definición implica la intención de ocasionar un daño directo o indirecto. En aquel estudio se especifican los factores que determinan no solamente cómo se frustra un individuo, sino también cómo y cuándo se expresará la agresión.

La teoría de la frustración-agresión fue sometida al escrutinio científico y despertó gran interés entre los investigadores. Sin embargo, pronto se vio insuficiente e inadecuada para explicar toda la agresión. Varias predicciones específicas del modelo no fueron validadas, especialmente en los trabajos de Feshbach (1970), Bandura (1973) y Parke y Slaby (1983). Por ejemplo, una premisa básica del

modelo, en la cual la frustración es un precursor necesario de la agresión, fue cuestionada por numerosos investigadores (Buss, 1963; Cohen, 1955; Pastore, 1952, cit por Eron, ibíd: 4-8).

Para 1941, Miller había rechazado con las siguientes palabras la inevitabilidad de la agresión como una respuesta a la frustración: «La frustración produce diferentes tipos de respuestas, una de las cuales es estimular alguna forma de agresión» (Eron, op. cit. 8). Nuevos estudios le dieron un mayor énfasis a lo ambiental como estimulante de la agresión, más allá de los factores instintivos o de los impulsos. Con el énfasis en el aprendizaje ambiental se despertó un mayor interés por entender la agresión en términos de respuestas y de recompensas, más que en relación con impulsos innatos y primarios. Por ejemplo, Bandura propuso que la conducta agresiva es aprendida y mantenida a través de experiencias ambientales, ya sean manifiestas o veladas, y que el aprendizaje de la agresión está controlado por reforzamientos y castigos para el aprendizaje de nuevas conductas (ibíd).

Como lo explica Bandura, la teoría social del aprendizaje sostiene que nuevas conductas pueden ser adquiridas a través de la observación de un modelo influyente ligado a una acción que tenga consecuencias positivas. Eron demostró en 1961 que el aprendizaje obtenido ocurre tanto en ambientes naturales, como en el laboratorio, esto es, que las conductas agresivas son aprendidas por entrenamiento de varios agentes socializantes, específicamente padres, maestros y compañeros. Para Eron, las conductas que son reforzadas se repetirán y aquéllas que no lo sean se extinguirán. Bandura (1973) puntualizó que, de acuerdo con el modelo social de aprendizaje, la agresión se ve como controlada por un reforzamiento positivo, en contraste con la perspectiva del modelo instintivo, donde la agresión se entiende como mediada por el reforzamiento negativo o por el escape ante una situación agresiva.

Entre 1960 y 1982, Eron y sus colaboradores realizaron un estudio longitudinal en un gran número de sujetos durante veintidos años y encontraron que mientras algunos de los resultados sustenta-

ban la teoría social del aprendizaje, otros contradecían este modelo (Eron, ibíd). La conclusión inicial afirmaba que cuando los padres castigan físicamente a los niños, esto sirve con frecuencia como un modelo de agresión futura de parte del niño. También establecieron que los modelos agresivos de la televisión sirven para enseñar formas de agresión a los niños (estudios de Lefkowitz, Eron, Walder, Huesmann, 1977). Aunque estos hallazgos sustentaron la teoría social del aprendizaje, otros elementos no fueron plenamente corroborados por este estudio.

Principalmente, se halló que la cercanía de identificación con los padres era una variable mediadora importante y no se daba una relación directa y simple con el castigo físico. En aquellos muchachos identificados estrechamente con sus padres, el castigo actuaba como una forma de educación y tendían a no ser agresivos posteriormente. Sin embargo, para aquellos jóvenes débilmente identificados con sus padres, entre mayores fueran los castigos, más agresivos se tomaban. La calidad estimulante del castigo parecía ser para ellos más efectiva que su fuerza inhibitoria.

Lo más importante para los investigadores no era el castigo en sí mismo, ni su intensidad, sino la interpretación que se le daba. El niño bien identificado con el padre podría interpretar el castigo como justificado, dado su mal comportamiento, y entenderlo porque el padre deseaba que su hijo fuera una persona buena, tal como aquel lo era. El joven no identificado con su padre podría interpretar el castigo como injusto y como una demostración de la manera en que los adultos resolvían los problemas interpersonales, identificándose con la conducta agresiva.

En el seguimiento realizado diez años después de la recolección inicial de los datos, los investigadores encontraron que el castigo de actos agresivos a edades tempranas no estaba relacionado con la agresión actual. En cambio, otras variables, como la crianza familiar y la identificación del niño con sus padres, eran más importantes para predecir una agresión posterior (Eron, Huesmann, Lefkowitz, Walder, 1974, cit por: Eron).

Dado que estos hallazgos no podían ser explicados mediante el modelo de aprendizaje social, se empezaron a reinterpretar los resultados desde un punto de vista diferente, llamado *punto de vista cognitivo* o *teoría social cognitiva.* La teoría cognitiva tiene diferencias internas, pero todos están de acuerdo en que la manera como los individuos perciben e interpretan los eventos ambientales determina si la persona responderá con agresión o con cualquier otra conducta.

El modelo desarrollado por Rowell Huesmann entre 1977 y 1988 propuso que el desarrollo de la agresión está basado en los modelos de la cognición humana, los cuales habían sido elaborados por los teóricos del procesamiento de información. Huesmann planteó la hipótesis de que la conducta social es en gran medida controlada por programas aprendidos durante el desarrollo temprano del individuo. Estos programas se presentan como guiones descriptivos que son guardados en la memoria y luego usados como guías para resolver problemas sociales y de conducta. Esos guiones se aprenden a través de la observación, del reforzamiento y de las experiencias personales de situaciones en las cuales la agresión es una conducta sobresaliente. Esas estrategias o guiones se "codifican, se repiten, se almacenan y son evocadas de nuevo de ña misma manera como otras estrategias de conductas intelectuales" (ibíd: 7).

Sin embargo, no todos los códigos evocados se expresan en conductas abiertas. Una vez es evocado el código, el niño evalúa lo apropiado de éste a la luz de las normas internalizadas existentes y sopesa las probables consecuencias. Huesmann sostiene que lo más importante en la evaluación de los códigos es la forma en la que se les percibe como congruentes con los estándares internalizados autorreguladores del niño. Un niño con prohibiciones internalizadas débiles o nulas contra la agresión, tiene mayor probabilidad de acudir a códigos agresivos; lo mismo ocurre con el niño que cree que lo normativo de la conducta es la agresión.

Se había sugerido previamente que la internalización de los estándares apropiados es una variable crítica que distingue a los niños agresivos de los no agresivos. La incapacidad del niño para al-

macenar dichos estándares durante los períodos críticos de socialización de la vida, podrían fácilmente llevar a aprender y a usar ciertos códigos para la expresión de la agresión (ibíd). Una vez cristalizados, esos códigos autorreguladores podrían producir conductas agresivas con la persistencia y la estabilidad que han revelado una serie de trabajos. Adicionalmente, en el estudio se ha demostrado que la conducta agresiva a los ocho años predice la conducta criminal a los treinta, en arrestos, detenciones, violaciones de las normas de tránsito, entre otras (Eron, cit.). La hipótesis principal de estos investigadores es que la agresión es mediada por cogniciones que caracterizan al individuo a través del tiempo y de multitud de situaciones.

La agresión, concebida como una forma de interactuar con otros y de resolver problemas, es aprendida muy temprano en la vida y, además, es aprendida muy bien. Resulta difícil desaprenderla, a pesar de castigos ocasionales o aun frecuentes, y la conducta persiste bajo la regulación de cogniciones bien establecidas. Es por esto que preobablemente muchos programas de rehabilitación e intervención en la adolecencia y en la juventud hayan sido en gran medida infructuosos.

Según Eron, en la investigación sobre la agresión se ha seguido una ruta que va desde los instintos hasta las cogniciones. Eron y sus colaboradores han hecho intentos recienetes para aplicar sus estudios en la prevención o en la reducción de la agresión y de la violencia mediante intervenciones basadas en métodos cognitivos conductuales, obteniendo resultados diferenciados (véase Huesmann, 1994).

Con base en ciertos estudios experimentales, Leonard Berkowitz (1994) platea que si bien los teóricos de las emociones han enfatizado la importancia de la agresión, de la percepción de determinado hecho como personalemente ofensivo, ésta es una explicación insuficiente. Pero, dice Berkowitz, quizas la percepción no es tan importante en la ira y en la agresión emocional. Algunas investigaciones de laboratorio sugieren que se producen agresiones incluso sin eventos de molestia o de aflicción

directa o personal y en ausencia de un aprendizaje agresivo. Para Berkowitz existe un proceso subyacente que cobija desde aquellas situaciones en las cuales el evento precipitante es una ofensa o una transgresión de una norma social, hasta los acontecimientos que no son culpa de nadie (como, por ejemplo, el tiempo caluroso). Este proceso está formado por dos líneas de procesamiento psicológico: una asociativa, básica y automática, provocada por un evento aversivo cualquiera, que es dominante al comienzo del proceso, y otra cognitiva, donde se evocan los aprendizajes, que se hace más importante en la medida en que la persona tiene tiempo para pensar.

Esta teoría entiende los estados emocionales como una red de asociaciones en la cual los sentimientos específicos, las reacciones físicas y motoras, los pensamientos y las memorias están ligados en mayor o menor grado. El afecto negativo que produce un evento aversivo, desagradable, activa al mismo tiempo dos redes emocionales diferentes: miedo/escape e ira/agresión. Luego, un conjunto de factores situacionales, de aprendizaje y genéticos, determinan qué tendencia emocional predomina. La experiencia de rabia surge del conjunto de conciencia que incluye lo cognitivo, lo fisiológico, lo motor y lo emocional, asociada con tendencias agresivas, mientras la de miedo aparece vinculada a la conciencia de escape o evitación.

El papel del tiempo en el estado emocional es de especial importancia en este modelo, debido a la influencia del pensamiento. Éste produce una evocación de las reglas de comportamiento, que lleva a la persona a realizar una valoración de las consecuencias, desemboca en un prototipo de guía para la acción y en sentimientos diferenciados: bien rabia, bien miedo. Son importantes los motivos atribuidos porque ayudan a determinar la intensidad del afecto negativo evocado, aunque no son determinantes.

La gama de ocurrencias negativas que puede generar afectos negativos es muy amplia. Ahora bien, la rabia no necesariamente se vuelve agresión; allí interviene el proceso cognitivo que opera para restringir o aun para alterar las reacciones iniciales más primitivas. Mientras mayor atención preste la persona al proceso que vive, más

interviene el proceso cognitivo, modificando la emoción inicial; al contrario, a menor atención, la agresión emocional se exhibe de manera más abierta. Cuando las personas afectadas no son completamente dueñas de lo que hacen o están distraídas, expresan hostilidad con mayor facilidad. La conciencia de los sentimientos propios permite controlar los efectos de los sentimientos de rabia-agresión. Así, la persona involucrada valora los acontecimientos como lo propone la teoría emocional tradicional, pero también toma en cuenta sus sensaciones internas, sus memorias, sus pensamientos. La forma como integra esa información parece determinada por los prototipos conceptuales sobre cuáles emociones se experimentan en una situación dada (Berkowitz, 1994:37-57)-

En síntesis, las ciencias del comportamiento se han desplazado en los últimos cincuenta años desde la agresión vista a partir de lo instintivo, hasta el aprendizaje de la agresión como una forma de resolver problemas interpersonales. Las condiciones que más conducen al aprendizaje de la agresión parecen ser aquellas en las cuales el niño es reforzado por su propia agresión, tiene mayores oportunidades de observarla en otros y, además, es objeto de ella. Los niños que crecen en tales condiciones asumen la conducta violenta como una norma y, por tanto, la ven como la respuesta apropiada en muchas situaciones interpersonales.

El enfoque de la teoría social cognitiva dirigido hacia los aspectos psicológicos e individuales de la conducta agresiva permite integrarse y complementarse con las teorías cognitivas y de la conducta humana como acción simbólica, envuelta en tramas de significación, de la antropología.

En este trabajo se intentó la confluencia de ambos enfoques, al mirar las nociones y experiencias de violencia a través de cuatro grandes campos analíticos: conjuntos ambientales materiales, conjuntos perceptivos, dinámicas situacionales específicas y dinámicas histórico-culturales relacionadas. En ese sentido, las violencias son ante todo procesos, condiciones de interacción y transacción interpersonal en dinámicas de situación y en condiciones histórico-

culturales. Los conjuntos ambientales y perceptivos y los actores se encuentran, como dice Gibbs, estrechamente ligados, como en general ocurre en los ambientes humanos en los cuales se forjan acciones e interacciones personales (Gibbs, 1986:108 y siguientes). Las interacciones reflejan metas, características y valores individuales, tanto como normas y valores socialmente aceptados. Las acciones no desaparecen, sino que alimentan un proceso de interacción y se vuelven parte de la cambiante arena humana (ibíd).

II. AGRESIÓN Y VIOLENCIA EN UN SECTOR SOCIAL BOGOTANO

«Sigo pensando que la violencia es la brusquedad
para golpear, no controlarse. El hecho de agredir
a otro sin saber controlarse, pegar por cualquier cosa».
ANA LUCÍA

La investigación

Diversos estudios de antropología se han propuesto conocer lo que G. Bateson ([1972], 1991) denominó marcos o conjuntos cognitivos: aquellos referentes de la cultura que sirven de guía para los comportamientos y que otorgan significaciones compartidas[5]. Desde el punto de vista psiquiátrico, el modelo cognitivo propone que la variedad de factores que determinan un comportamiento agresivo, ya sean éstos biológicos, influencias sociales o contexto social, no pueden explicar las variaciones en el comportamiento agresivo. Tal comportamiento debe ser aprendido e incorporado al repertorio de respuestas individuales, antes de que sea puesto en marcha en una situación externa. La agresión es aprendida y regulada por el sistema cognitivo que emerge en el niño (Guerra y otros, 1994; y compilación de L. R. Huesmann, 1994) y que se encuentra culturalmente determinado.

Nuestro estudio buscó el conjunto de significaciones atribuidas a la noción misma de violencia y a las experiencias consideradas como violentas por un sector de bajos ingresos residente en Bogotá. Este propósito de investigación se abocó mediante la exploración sistemática de las experiencias violentas identificadas, categorizadas y narradas por los propios entrevistados; acontecimientos, situaciones y representaciones de las mismas permitieron identificar los conjuntos cognitivos psicoculturales que guiaron los comportamientos y su interpretación.

---

5. Véase, por ejemplo, Linger, D.T., (1992).

Como estrategia global de investigación, se entendieron las interacciones violentas, no como hechos observados en su ocurrencia, sino como vivencias, recuerdos y significaciones para los entrevistados. No se accedió a la observación directa de la cotidianidad de las interacciones violentas familiares o fuera del hogar, en el vasto mundo de la calle; en cambio, el estudio construye propuestas analíticas a partir de cómo otros interpretan sus experiencias (Geertz, 1983). Interesa de qué manera los individuos viven su cultura, con datos de la razón y también con sentimientos, imágenes, palabras, expectativas (Bruner, 1986). En sentido estricto, más que comportamientos, definidos por Bruner como descripciones externas de rutinas estandarizadas, se estudiaron las experiencias, es decir, acciones autorreferidas (ibíd: 3-30). La realidad se estudia en ellas a través de la forma como se presenta en la conciencia de quienes la vivieron; la interpretación de las experiencias y sus expresiones adquiere consistencia científica mediante la confrontación sistemática.

Podría pensarse que lo anterior restringe el nivel de las generalizaciones que pudieran realizarse. Sin embargo, se gana en comprensión adentrarse en el mundo conceptual con el cual se explica lo vivido como violencia. La violencia puede así entenderse como un proceso en el cual las memorias, los juicios de valdivias emociones que rodean las acciones particulares, se articulan en patrones psicoculturales distinguibles[6].

Más allá de una interminable discusión sobre cómo se alcanzan el rigor, la verificación y la objetividad en el conocimiento sobre hechos humanos, es posible acordar que no son sólo los acontecimientos fácticos o su descripción los que arrojan conocimiento; también las formas como los actores sociales los interpretan, en tanto experiencias vitales. Si bien la realidad social no se agota en la vivencia de los actores sociales, sí se construye en buena medida a partir de las experiencias culturales y psicológicas significativas para éstos.

---

6. Para una discusión sobre este enfoque, véase H. A. Hodges sobre Wilhem Dilthey, en: Still, D. (ed.), International Encydopedia of the Social Sciences, MacMillan Company, The Free Press, vol. 4,1968, pp. 185-187.

En el momento de la investigación no fue accesible la observación directa de interacciones en la vida cotidiana, que sin duda brindan una mayor comprensión del fenómeno estudiado. Una investigación posterior podría intentar la convivencia directa en un grupo social con el fin de modificar, matizar o profundizar los resultados actuales.

La investigación se basó en los relatos consignados en las historias de vida, en las entrevistas semiestructuradas y en las tablas estadísticas de éstas. Mediante la comparación y la confrontación de tablas y relatos, con su reiterpretación a la luz de los bagajes empíricos, conceptuales y metodológicos sobre el tema, debatidos por los investigadores con su formación multídisciplinaria, fue posible lograr un proceso de objetivación y de rigor interpretativo.

Otra consideración necesaria tiene que ver con la relación entre el investigador y el investigado. Vale la pena recalcar que, si bien la selección y el acceso al grupo de estudio se realizó por intermedio de la consulta extema del Centro de Salud No. 16 adjunto al Hospital San Juan de Dios, lo cual enmarcó las condiciones de las entrevistas realizadas, también es cierto que otras condiciones contribuyeron a no medicalizar la relación. Es decir, ésta no se estableció como relación médico-paciente, sino como investigador-investigado, con todas las discusiones y la cautela que pueda requerirse frente a esta ultima[7]. Tratamos de acortar la distancia con los entrevistados. Al asegurar a todos y cada uno de ellos la confidencialidad y la privacidad de la información consignada, se logró una confianza adecuada. Más aún, una motivación para que el entrevistado relatara experiencias ocultas de manera vivida, emotiva, en ocasiones con ira y con llanto, fue el procedimiento de entrevista utilizado, probablemente por el hecho de que los entrevistadores eran desconocidos para ellos. Mu-

7. Como la mayoría de las ciencias sociales, la filosofía y la antropología contemporáneas se encuentran permeadas por la discusión sobre las relaciones investigador-investigado, sobre su influencia en la construcción del conocimiento y sobre la búsqueda de un equilibrio respe¬tuoso para el cual no existen fórmulas simplistas.

chos manifestaron alivio al expresar y compartir sus historias con otros. Para algunos fue la primera vez que contaron hechos muy dolorosos de su vida.

El propósito fue ofrecer un escucha atento y respetuoso que, por ser empático y profesional, no actuó como sancionador. Sé sabe que ciertas experiencias, sobre todo aquellas relacionadas con abusos sexuales o con el maltrato dentro de la familia, se ocultan como vergüenzas frente a los conocidos. La entrevista fue una oportunidad para hablar de ellas: su narración emotiva tuvo un efecto perturbador en los investigadores, incapaces de intervenir o de mingar profundas tragedias humanas. Cada uno de nosotros conoció uno o varios casos frente a los cuales se sintió alterado y conmovido. Siguen rondando en nuestras conciencias los fantasmas de ancianos solitarios o abusados, los de alguna joven violada o arrinconada por el maltrato y la necesidad económica, así como los de infancias marcadas por castigos brutales. Unos pocos casos pudieron orientarse hacia servicios de apoyo psiquiátrico o de otro tipo, pero la mayoría siguen cargando con el peso de experiencias traumáticas.

Hasta donde fue posible, se decidió que quien había realizado la entrevista estructurada adelantara también la historia de vida, lo que permitiría una comprensión mutua más profunda. Por supuesto, la distancia entre sujetos con roles diferentes, el investigador y el investigado, no puede saltarse o desdibujarse con las previsiones hechas, pero permitió un diálogo más fluido.

Una conciencia culposa frente a la relación de conocimiento a menudo pretende resolverse tratando de ignorar u ocultar las diferencias estructurales de la misma. Se adopta la ilusión de la desaparición del investigador, quien pretende convertirse en el cronista de fieles testimonios, enteramente preestablecidos, con aspiraciones de autenticidad indiscutible, con lo que se subestima la construcción del conocimiento mediante un proceso reflexivo e interactivo, compartido por el investigador y por el investigado. De allí que hiciéramos énfasis en el contacto directo del equipo con los entrevistados.

Los medios técnicos

Las personas del estudio pertenecen a las capas de menores ingresos de la ciudad que acuden al Centro de Salud seleccionado. Provienen de un amplio radio espacial de la ciudad, que cubre principalmente los barrios Tequendama, San Bernardo, Policarpa Salavarrieta, Sevilla, Ciudad Berna, urbanización Fucha y Ciudad Jardín Sur, así como de Ciudad Bolívar, Kennedy, Bosa y Suba. En el Centro de Salud se atienden personas de todos los grupos de edad; sin embargo, el mayor número de consultas se observó entre las personas de 15 a 45 años, y con predominio femenino (véase Anexo 1).

Los relatos, realizados en forma de entrevistas (semiestructuradas), tuvieron en cuenta la posibilidad de identificar el perfil de la persona, su ambiente familiar y su medio social. La secuencia de la entrevista se logró mediante la narración de las experiencias de violencia a lo largo de la vida del entrevistado. Se hizo énfasis en las situaciones, las dinámicas de ocurrencia, los actores involucrados, los rasgos comunes y diferenciales en los acontecimientos, y las nociones y los conceptos explicativos de los entrevistados sobre las interacciones violentas. Numerosos elementos de la entrevista no son reductibles a tablas estadísticas y fueron recuperados mediante el análisis de su contenido.

Con las historias de vida quisimos profundizar en aquellos aspectos de las experiencias y las representaciones de violencia de los entrevistados que apenas fueron esbozados en las entrevistas semiestructuradas. Como se mencionaba atrás, el eje narrativo fue la secuencia vital de los entrevistados, desde sus recuerdos más lejanos hasta los más recientes. Las historias de vida no se utilizaron como relatos que abarcan la totalidad de la existencia del entrevistado, sino en el sentido planteado por María Isaura Pereira de Queiroz para testimonios personales. Éstos se diferencian de las historias de vida en que si bien pretenden el recuento de vidas individuales, se concentran en acontecimientos especiales sobre los cuales se quiere profundizar y detallar (Pereira de Queiroz, 1985:40-50).

Como propósito general de las historias de vida, se procuró conocer las interacciones violentas y sus contextos socioculturales y personales. Como técnica, los testimonios personales o relatos de vida permiten verificar comportamientos y maneras de pensar y sus variedades individuales, por sexo, edad, origen u otros. Esta técnica, dice Pereira de Queiroz, es apropiada para registrar las narrativas largas, con encadenamiento de acciones, acontecimientos y circunstancias en el tiempo. Además, permite conocer de manera profunda el modo de pensar del entrevistado a través de su visión del mundo (ibíd: 48). Por ello, parte de la técnica consiste en el registro de una narración lo más libre posible, donde el entrevistado expresa e hilvana su historia como lo desea, con reiteraciones, saltos temporales, etcétera. Las intervenciones del investigador se limitan a lo necesario para indagar por los aspectos seleccionados para el estudio, pero de la forma menos intrusiva posible. Así, la historia de vida como testimonio personal no es un diálogo a través de un cuestionario preestablecido y estandarizado, sino una «entrevista-monólogo» (ibíd). Siguiendo este sentido de las historias de vida, es revelador tanto lo que se dice, como la forma en que se dice; se trata de obtener materiales específicos y detallados que muestren no sólo los hechos, sino las interpretaciones y divagaciones del entrevistado (ibíd).

Los dos medios técnicos utilizados buscaron conocer el marco de las interacciones violentas, la acción y la interpretación de los actores involucrados en hechos de violencia, su contexto inmediato y otro más amplio, y su valoración por los individuos involucrados. Como se anotó antes, las experiencias se conocieron a través del recuerdo, es decir, a través de la subjetividad expresada verbalmente en el relato. Para el análisis se tuvieron en cuenta los relatos en su doble sentido: como evocación y como información sobre eventos ocurridos.

Desde el punto de vista metodológico, el diseño estadístico elegido fue el muestreo por conglomerados cuyos tamaños fueran aproximadamente iguales. Se tomó la totalidad de las personas atendidas todos los días de la semana durante un periodo preestablecido.

Las múltiples respuestas a las preguntas se consideraron como variables aleatorias con distribuiciones hipergeométricas generalizadas, aproximables a distribuciones multinomiales para tamaños de muestra no demasiado pequeños (véase Anexo 1).

La importancia de una investigación social que acude al muestreo aumenta cuando las conclusiones pueden generalizarse a un sector amplio de la población. Desde un punto de vista estrictamente estadístico, y bajo el supuesto de que la muestra es probabilística, los resultados pueden ser extendidos a la población muestreada, esto es, al conjunto de familias que, estando dentro del área de influencia, pueden recibir atención en el Centro de Salud No. 16. Las conclusiones de la muestra, sin embargo, podrían expandirse a todas las familias pertenecientes al estrato bajo en el Distrito Capital, que posean características similares a las de la población muestreada (nociones y experiencias de maltrato y de violencia, nivel de ingresos, razones de inmigración a la ciudad, etcétera). En un sentido más amplio, y con base en características sociológicas, la información muestral podría ser también representativa de las clases menos favorecidas de otras ciudades colombianas con condiciones semejantes a las de la capital (violencia, inmigración, ingresos, etcétera). Esto llevaría a considerar los estratos bajos de Medellín y Cali como casos similares. No obstante, es conveniente mencionar que la inferencia podría ser más válida para algunas variables que para otras. Cada situación debe ser analizada particularmente.

Con respecto al sexo, es claro que una mayor muestra femenina implica que para este grupo tiene un grado de confiabilidad mayor que para el grupo masculino. Sin embargo, el tamaño de las muestras para los dos sexos ha permitido hacer comparaciones válidas con respecto a los principales aspectos asociados a la violencia. Igualmente, el hecho de que las muestras para los dos sexos sean de diferente tamaño, no impide obtener conclusiones válidas para toda la población, ya que equivalen a muestras aleatorias independientes. El proceso de expansión sólo requiere la asignación de factores de ponderación diferentes para los dos grupos, de acuerdo con la representatívidad de las muestras.

Maltrato y violencia: condiciones sociales y significados

Como ya quedó dicho, las personas del estudio pertenecen a los sectores de menores ingresos de la ciudad, especialmente a los residentes en el radio de influencia del Hospital San Juan de Dios. La mayoría fueron mayores de 18 años y sobre todo mayores de 30; la proporción aproximada de mujeres es de dos a uno. Sólo el 38% es oriundo de Bogotá, y el 42% de la región oriental del país (Cundinamarca, Boyacá, Santander y Norte de Santander), siendo ésta la zona de origen más representativa. La región suroriental (Meta, Casanare, Arauca, Putumayo, Caquetá) corresponde al 9%. Más de la mitad de las personas nació fuera de Bogotá (62%), con predominio de quienes vienen de zonas urbanas[8] (58% urbana vs 42% de origen rural). El último lugar de residencia para el 81% fue la región oriental, lo que reitera la importancia sociocultural de esa región entre los entrevistados (véase Anexo 2).

En su gran mayoría (87%), las personas han vivido en Bogotá por más de cinco años y muchos por más de diez. Las razones aducidas para la migración a Bogotá fueron principalmente económicas (43%), seguidas por las familiares y por las de acceso a la educación. No fueron mencionadas ni la violencia política, ni la inestabilidad social; en cambio, se destacó la búsqueda de mejores condiciones de vida. Sin embargo, varios entrevistados mencionaron en sus relatos experiencias de violencia política en los años cincuenta.

Las personas tienen una gran movilidad dentro de Bogotá; cerca del 80% ha vivido en más de un barrio de la ciudad e inclusive la mitad en tres o más barrios, mientras el 17% en cinco o más. Para explicar esta movilidad, los entrevistados adujeron ante todo motivos económicos (problemas laborales, costo de los arriendos) y la búsqueda de una vivienda mejor, cuando no propia. Sólo la mitad vive hoy en casa propia y muy pocos (7%) lo hacen en inquilinatos,

8. Se consideraron como rurales los municipios con menos de 20.000 habitantes en su cabecera municipal.

que son considerados como un lugar transitorio. La vivienda tiene por lo general más de dos dormitorios (52%). El 21% de los encuestados comparte su habitación con tres o más personas, de manera que, aunque minoritario, el hacinamiento está presente. El nivel de ingresos es relativamente bajo, ya que el 80% tiene ingresos familiares iguales o menores a tres salarios mínimos (menos de un salario, el 17%; de uno a tres salarios, el 63%), mientras que sólo el 19% tiene ingresos mayores a tres salarios mínimos.

Un poco menos de la tercera parte de las personas está dedicada a labores del hogar. Vale la pena destacar que el 57% de las mujeres entrevistadas trabaja. Del total de entrevistados, un 26% son trabajadores independientes no profesionales en tanto que un 10% está desempleado. En consecuencia, muchas de las personas carecen de ingresos estables y no tienen acceso a los sistemas de seguridad social.

La escolaridad es baja, ya que el 8% no tiene educación alguna, el 39% cuenta con algún nivel de primaria, el 42% con alguno de secundaria y sólo un 11% tiene estudios universitarios.

El 56% de los entrevistados tiene algún tipo de unión conyugal; de éstos el 36% son casados formalmente y 20% en unión libre. 14% son separados o viudos. De aquéllos que tienen hijos, el 48% tiene tres o menos y un pequeño porcentaje (13%) cinco o más.

El 72% de la población encuestada dice pertenecer a algún tipo de religión, aunque muchos destacaron espontáneamente no ser necesariamente practicantes. De éstos, casi todos se consideran católicos.

Con respecto a las nociones y a los significados atribuidos a la violencia, por una parte se encontraron quienes establecen diferencias entre los conceptos de maltrato y de violencia, aunque para algunos de ellos la violencia se asocia con castigos muy severos o con agresiones calificadas como graves, sean éstas físicas o psicológicas. Para otros, en cambio, la violencia reside en las agresiones callejeras graves y, en general, los hechos de sangre que ocurren fuera del hogar, mientras que el maltrato designa las violencias que ocurren puertas adentro de la casa. En un caso, la distinción entre violencia y maltrato se basa en la intensidad de la agresión y en el daño causa-

do, mientras en el otro se refiere la distinción de su ocurrencia en esferas sociales, bien sean públicas o privadas. Sin embargo, un tercer grupo importante no encuentra diferencias entre violencia y maltrato, puesto que consideran que son la mismo.

Al analizar los resultados por nivel de educación y por sexo, se puede observar cómo hombres y mujeres sin ninguna educación formal identifican mayoritamente la noción de violencia con el acto de matar. Este hecho es el más referido por las mujeres. A medida que el nivel de educación aumenta, la noción de violencia tiende a relacionarse más con cualquier agresión o daño físico infringido (especialmente en las mujeres) que con el actuar de manera agresiva o ultrajar de palabra (principalmente en los hombres).

En el grupo de entrevistados con educación primaria sólo se aprecia una diferencia significativa. Fueron los hombres quienes más frecuentemente calificaron las guerrillas, las emboscadas o las guerras, como violencia. En el caso del nivel secundario esta diferencia está acompañada también por los atracos, los robos y los secuestros.

Las personas con formación universitaria sí presentan bastantes diferencias. Las nociones de violencia para los hombres universitarios se relacionan con el hecho de matar, con las masacres, las bombas, el terrorismo, las actuaciones agresivas y los ultrajes de palabra; en las mujeres hay mayor tendencia a mencionar la agresión y el daño físico a otros, así como la injusticia social. Es conveniente resaltar que un buen porcentaje de mujeres de este nivel identifica la violencia con el maltrato, lo que no ocurre con los hombres, que manifiestan que la violencia es más intensa y grave que este último.

La alta proporción de personas provenientes de la zona oriental del país no permite en primera instancia una comparación regional. Queda por tanto la pregunta de qué tanto peso tiene la cultura regional sobre el conjunto de nociones compartidas frente al maltrato y la violencia.

Violencia en la casa[9]

A pesar de la variedad en las conceptualizaciones de las personas entrevistadas sobre las nociones generales de violencia y maltrato, es claro que éstas comparten la identificación inequívoca de grandes categorías de agresión «destructiva», en el sentido ya señalado.

Al preguntarles, ya no por sus conceptos generales, sino por sus experiencias personales de violencia o de maltrato, aproximadamente la mitad (47%) dijo haber sufrido maltrato en el hogar de origen y un 27% lo sufre en el hogar actual. No obstante, el 72% de las mujeres casadas (incluyendo aquéllas en unión libre) manifestó haber sufrido en algún momento maltrato físico y verbal por el esposo; muchas se separaron por esa causa. De quienes vivieron maltrato en el hogar de origen, un 13% sufrió castigos brutales, en la mitad de los casos infringidos por ambos padres. Sin embargo, cuando se les pidió a los entrevistados calificar la relación con sus padres, más de la mitad de ellos la consideró afectuosa (véase Anexo 2). Algunas respuestas plantearon un reencuentro en la edad adulta con los padres, a quienes ya se les perdonó el maltrato, pero sería necesario otro tipo de seguimiento para poder precisar los factores que influyeron en ello.

El maltrato físico y/o el verbal infringido por ambos padres es el tipo más sobresaliente entre los sufridos en el hogar de origen, sin cambio significativo respecto al sexo de los maltratados. En segundo lugar se encontraron los trabajos excesivos, donde tampoco se presentaron diferencias significativas por sexo.
Los hechos que los entrevistados identificaron como causa de maltrato en el hogar de origen son de muy diverso orden, al igual que las razones propuestas por ellos para explicarlos. Es importante resaltar que en el 37% de los casos no se encontró motivo alguno que desencadenara el maltrato, siendo éste el primer factor en frecuencia. Le siguieron en importancia la desobediencia y la incapaci-

9. Aquí se utilizará el término ‘maltrato’ para referirnos a las interacciones violentas en el hogar, independientemente de que los entrevistados las denominen’maltrato’ o ‘violencia’.

dad de cumplir con las labores asignadas. Estos tres factores aunados responden por el 80% de las respuestas. Otros hechos ocasionantes de maltrato fueron las amistades, los novios, las salidas fuera de la casa, el consumo de licor del maltratante y la falta de amor y comprensión (véase Anexo 2).

En este trabajo se distinguieron dos tipos de situaciones: aquellas que el entrevistado consideró como provocaciones o incitaciones para el maltrato y las que obran como causas amplias de maltrato en el hogar. Así, las primeras se refieren a las dinámicas situacionales y las segundas a los conceptos, a los conjuntos perceptivos con los cuales se explica el haber sufrido maltrato. Entre estos últimos, los más importantes fueron el maltrato al agresor en su infancia e irascibilidad o enfermedad (22%); también la ignorancia y la envidia (21%) o porque «era el estilo de corregir en ese tiempo» (16%). La desobediencia sólo tiene una frecuencia del 11% en este contexto. En un 45% de los casos de maltrato en el hogar de origen no hubo intervención de terceros. Las razones aducidas para ello fueron el deseo de evitar meterse en problemas o el temor de ser agredidos por el maltratante. Quienes intervinieron, en un 9% de los casos, lo hicieron para castigar más.

No se encontraron diferencias significativas en cuanto al sexo del maltratado o del maltratante, pero con respecto a la edad se observó una moderada tendencia a que las personas mayores sufrie¬ran más castigos brutales y hubieran tenido que realizar más traba¬jos excesivos. Algo más de la mitad (54%) de los entrevistados refirieron que soportaron el maltrato por ser muy jóvenes o por no tener otra opción. Un 15% adujo que había soportado el maltrato porque ése era el derecho de los padres, y un porcentaje similar (14%) afirmó que era la forma de castigo de entonces. Entonces, no fue el derecho paterno legítimo, como se podría creer corrientemente, la razón de la mayoría para soportar el maltrato. Más que una cruda ideología patriarcal, el marco psicocultural explicativo del maltrato fue conformado por la ausencia de alternativas de supervivencia, por las condiciones de dependencia y por otros significados culturales, como se verá más adelante.

Cerca de la mitad (51%) de los entrevistados manifestó saber que sus padres sufrieron maltrato en sus hogares de origen. Es importante resaltar que, según ellos, las madres tuvieron casi el doble de antecedentes de maltrato en su hogar de origen (20%) que los padres (13%). Ambos padres fueron maltratados en un 18%. Se encontró una asociación altamente significativa (chi cuadrado= 9.515, p=0.002) entre el maltrato en el hogar de origen y el sentimiento de [tristeza o de nerviosismo, y este último es el estado de ánimo descrito con mayor frecuencia.

Una tercera parte de los entrevistados dijo sufrir maltrato en el hogar actual De éstos el 94% son mujeres que han sufrido maltrato especialmente físico y/o verbal por parte del cónyuge. Las mujeres hicieron especial referencia a la infidelidad de su compañero y a la humillación como una forma de maltrato (14%). La sola existencia de otra mujer inducía al maltrato y a los reclamos entre los cónyuges.

De manera similar a lo planteado en el hogar de origen, en el 38% de los casos no existió un claro evento desencadenante para el maltrato en el hogar actual. Sin embargo, cuando se expresaron motivos, los celos (33.3%) y la embriaguez (30.1%) aunados constituyen más de la mitad de los hechos aducidos por los entrevistados pomo ocasionantes o como causas atribuidas de dicho maltrato. Para [las mujeres, los hijos fueron la justificación más frecuente (37.7%) para soportar el maltrato, especialmente en aquellas entrevistadas con escolaridad secundaria y dependencia económica.

Una cuarta parte (21.4%) de quienes sufrieron maltrato en el hogar actual no toleraron la situación y se separaron, la gran mayoría mujeres en unión libre y con ingresos entre uno y tres salarios mínimos. En la mitad de los casos, los hijos intervinieron para evitar el maltrato, seguidos en orden de frecuencia por los vecinos y los parientes, sin que fuera posible observar diferencias con respecto al nivel de escolaridad. Como se ve, la intervención de terceros fue más frecuente en este caso que en el del hogar de origen.

Es conveniente mencionar que son los hijos a quienes más se maltrata en el hogar actual (76% de los casos). Igualmente, llama la

atención el hecho de que en el grupo de mayores de cincuenta años se registraron 22 casos de castigos físicos o verbales menores y 6 de castigo físico brutal (véase Anexo 2).

Las diferencias en los ingresos dentro del grupo no muestran contrastes significativos con respecto al maltrato en el hogar actual. En cambio, para todos, sin diferencias de escolaridad o de ingresos, el esposo surgió como un agente activo de maltrato en el hogar.

A pesar de las experiencias de maltrato, el 73% de los entrevistados se sentía apreciado por sus padres y, por tanto, se consideraba hijos deseados. Quienes manifestaron sentirse hijos deseados, mostraron una inclinación a describir como afectuosas las relaciones con la madre y los hijos. En contraste, quienes refirieron sentirse hijos no deseados, describieron las relaciones con sus padres e hijos como hostiles. Quienes se consideraron hijos no deseados (13%), adujeron como razones del rechazo de sus padres que éstos los tuvieron porque no conocían métodos de planificación o porque deseaban un hijo del sexo opuesto.

La inmensa mayoría de los entrevistados describió la relación con los hijos y con la madre como afectuosa; en cambio, sólo el 62% la calificó así en relación con el padre, proporción que es menor en comparación con lo manifestado respecto a los hermanos (74%) y al compañero. Una gran mayoría de las personas que dijeron tener relación de pareja manifestaron que ésta era afectuosa (78%). De ellos, el 19% admitió haber tenido que castigar al cónyuge. Entre quienes dijeron tener relaciones hostiles con sus padres, éstas se manifestaron igualmente hostiles hacia el padre y hacia la madre. En el caso del padre, el maltrato físico parece jugar un papel importante en la formación de la relación hostil.

Un poco más de la tercera parte (36%) de los entrevistados admitieron la necesidad de maltratar a alguien en el hogar actual. Los hijos fueron el blanco más frecuente de este maltrato, a pesar de que la mayoría de los padres expresó tener una relación afectuosa con ellos (92%). Los motivos más frecuentes para maltratar fueron la desobediencia, que llega al 37.7%, el no estudiar (14.2%) y la inten-

ción de corregir (13.4%). En un 11% no hubo un motivo aparente. Entre las razones aducidas para el maltrato al cónyuge sobresalieron la defensa propia y la infidelidad e irresponsabilidad. En una cuarta parte (28%) no existía razón aparente.

Si bien en el hogar actual subsisten los castigos físicos y verbales menores, se apreció una tendencia a aumentar la privación de gustos y a disminuir los castigos brutales. A pesar de lo reducido de los casos, al analizar el tipo de castigo de acuerdo con la escolaridad, parece existir una tendencia a reemplazar los castigos físicos brutales por la privación de gustos, a medida que aumenta el grado de instrucción parental. La desobediencia como causal de enojo fue la situación que más se asoció con la necesidad de maltrato en el hogar.

Aquellos que manifestaron no tener necesidad de maltratar en el hogar actual sufrieron menos maltrato de los padres en el hogar de origen. Por otro lado, quienes manifestaron la necesidad de maltratar en el hogar actual teman en sus antecedentes un porcentaje ligeramente mayor de maltrato físico y/o verbal por parte de la madre en el hogar de origen. No se detectó ningún tipo de relación clara con otros factores que pudieran asociarse con el maltrato en el hogar actual, tales como la ocupación, el origen regional, el nivel de ingresos o el número de dormitorios disponibles. Así, no parece existir una relación significativa entre el maltrato sufrido en el hogar de origen y el maltrato al compañero, en contraposición con afirmaciones muy frecuentes en este sentido.

Aunque la tercera parte de los entrevistados dijo haber tenido necesidad de maltratar a alguien en el hogar actual, sólo un 11% de ellos aceptó que el maltrato era necesario para tener autoridad. Sin embargo, fue significativa la asociación entre quienes admitieron haber tenido la necesidad de maltratar a alguien en su hogar y la justificación de la violencia para ejercer autoridad en éste. Pese a que la mayoría de los entrevistados rechazó el maltrato para tener autoridad en el hogar (82%), insistiendo en la importancia de acudir a otras formas, como el diálogo, su comportamiento al maltratar en el hogar, especialmente a los hijos, revela que el diálogo es poco frecuente como alternativa aplicada para la corrección.

Un 14% de los entrevistados, en su gran mayoría mujeres, sufrió abuso sexual. Este abuso fue cometido en un 74% por familiares (cónyuge, padre, otros familiares) u otros conocidos, y en un 34% por un extraño (algunos encuestados sufrieron abuso por ambos tipos de personas). En la mayoría de los casos el hecho ocurrió en la niñez.

En el plano psicológico, vale la pena resaltar que un 67% de las personas entrevistadas dijo sentirse triste o nerviosa con frecuencia. Los principales motivos para la ocurrencia de estos estados anímicos fueron la situación económica y la enfermedad propia o de la familia. A pesar de estas causas inmediatas atribuidas a estas sensaciones, existe una estrecha relación (igual en tristeza que en nerviosismo) entre el estado de ánimo y la necesidad de maltrato en el hogar actual, tanto como el haber sido maltratado en el hogar de origen (chi cuadrado = 9.5, p = 0.002). No se encontró asociación entre el estado de ánimo y la relación hostil con padres, hijos o compañeros. A pesar de este reporte tan alto de tristeza y nerviosismo, el 90% se consideraban personas valiosas por sus cualidades y por sentirse úti¬les a sus seres queridos. El 10% que refirió baja autoestima argumentaba que se sentía así por ser viejo, por estar enfermo, por ser pobre o por estar desempleado. La percepción como personas valiosas es una variable estadísticamente independiente del maltrato en el hogar de origen, de la necesidad de maltrato en el hogar actual o del nivel de ingresos.

La desconfianza aparece en un porcentaje relativamente alto de las personas entrevistadas (63%). Casi la mitad de ellas (44%) manifestaron que eran desconfiadas por prevención y un 30% por experiencias desagradables previas. Vale la pena anotar que esta característica es independiente del maltrato en el hogar de origen.

En otro sentido, un 38% de las personas manifestó que les cuesta trabajo controlarse cuando están enojados y lo atribuyeron a ser nerviosos, de mal genio o impulsivos. Entre las situaciones que causan enojo sobresalieron la desobediencia (18%), el incumplimiento en las labores y el desorden (13%), y la no complacencia en las actividades hogareñas (11%). La dificultad para controlarse cuando se está

enojado es altamente dependiente tanto de la frecuencia del maltrato en el hogar actual, como en el hogar de origen (chi cuadrado = 7.4 P = 0.02; chi cuadrado 5.67 p = 0.017, respectivamente).
Sólo un 8% de los entrevistados aceptó tornarse agresivo bajo los efectos del alcohol, siendo significativamente mayor el problema en los hombres (chi cuadrado = 22.146 p = 0.00). Su consumo está asociado a situaciones de maltrato al compañero o compañera, lo que no necesariamente debe entenderse más allá de un componente circunstancial, como un evento material que puede propiciar otros códigos desencadenantes de maltrato.

Violencia en la calle

En el espacio de lo público, fuera del hogar, un 45% de las personas entrevistadas manifestó haber sido víctimas de atraco y un 67% de robo, en una o más ocasiones. No obstante, sólo un 22% expresó sentir necesidad de andar armado y tan sólo el 6% dijo portar armas frecuentemente, la mayoría de ellas de fuego. Un 7% admitió que había tenido la necesidad de usarla, lo cual fue justificado con mayor frecuencia por la necesidad de defenderse ante las agresiones callejeras, prevenir una posible agresión e incluso, en un 11% de los casos, para protegerse de agresiones en el hogar.
Dos de cada cinco entrevistados —hombres en una proporción más significativa— han sido atracados mediante el uso de armas, la mayoría blancas (80%); en casi la mitad de los casos el atraco ha ocurrido en más de una ocasión. En el mismo orden de ideas, la mitad de los entrevistados considera que es fácil adquirir un arma. Existe una asociación positiva entre la expresión de la necesidad de utilizar armas y la posibilidad de conseguirlas fácilmente. Sin embargo, el porcentaje de personas que dice adquirir armas o portarlas es muy pequeño con respecto al total. Pese al índice de experiencias de robo y atraco, los entrevistados (17%) juzgaron de mayor impacto los atentados y las bombas de años recientes como los principales hechos de violencia por fuera

del hogar. En igual proporción (17%) se consideró el impacto de la información de los medios de comunicación acerca de actos violentos. Los homicidios o las lesiones a familiares fueron consideradas en una proporción ligeramente menor (15%) y en muy bajo porcentaje la violencia de los años cincuenta (5%). Algunos mencionaron de manera específica los hechos del Palacio de Justicia en 1985 y las masacres de la segunda mitad de los años ochenta (7%).

No se observaron diferencias significativas de acuerdo con sexo, edad, escolaridad y nivel de ingresos, aunque se vislumbró una tendencia a que la violencia callejera fuera reportada con mayor frecuencia por los hombres. Ante las situaciones directas de violencia en la calle, las personas acudieron principalmente en ayuda de familiares, amigos u otros. Vale la pena resaltar que sólo en un 23% se acudió a la policía.

El 28% de los entrevistados había demandado a alguien en algu¬na ocasión. Sin embargo, la mitad de ellos estaba insatisfecha con la demanda porque el proceso había sido infructuoso, debido a la ineficiencia de las autoridades. Es significativo que el hecho de haber demandado a alguien y la ocurrencia de maltrato en el hogar actual sean variables dependientes (chi cuadrado = 11.25, p = 0.001).

De otra parte, un 23% de los entrevistados, especialmente los hombres, manifestó haber sido maltratados por alguna autoridad, sobre todo por la policía (78% de los casos). Un 7% de ellos estuvo en la cárcel, en algunos casos en más de dos ocasiones.

Aproximadamente una cuarta parte de las personas no se sentía segura en el barrio donde vivía y sólo un 9% manifestó sentir confianza en el barrio de residencia porque allí existía solidaridad. Además, existe una asociación importante entre el hecho de sentirse seguro en el barrio y el de portar armas (chi cuadrado = 8.39 p = 0.004). Sin embargo, algunos de los entrevistados manifestaron que conviven con delincuentes y que conocerlos les brinda cierta seguridad.

Otro tanto manifestó sentir confianza en el barrio de residencia por conocer a los vecinos, a pesar de que el 64% no compartía ningún tipo de actividad con ellos, pues en el barrio las actividades en

grupo son muy escasas: sólo un 20% participa en alguna de las más comunes, como son las concentraciones religiosas, los torneos deportivos y las juntas de acción comunal. Es importante anotar que con gran frecuencia los entrevistados no sólo subrayaron la escasez de actividades grupales, sino que justificaron la necesidad de eludir los contactos con los vecinos para evitar meterse en problemas. La violencia sólo se justificó de una manera apreciable para defender la familia (45%) o la nación (31%). Para un poco menos de la mitad de los entrevistados (46%), vivir en Colombia es peligroso porque es un país inseguro, violento y con mucha injusticia. Un 53% tuvo la opinión contraria, puesto que Colombia es la patria, porque en todas partes del mundo hay violencia, o porque no tienen problemas con nadie. En el mismo sentido, un 39% desearía vivir en otro país, pero no es muy alto el porcentaje de quienes lo harían por conseguir mayor seguridad. El 60% prefiere vivir en Colombia porque en otras partes no conoce a nadie, porque no tiene recursos, o simplemente porque se siente bien aquí. De manera similar, el 48% de los encuestados manifestó que preferiría vivir en otra ciudad, pero sólo un 9% por motivos de seguridad; la principal razón para ello es el cambio de clima o de ambiente, o el deseo de volver al lugar de origen.

De manera casi unánime, los entrevistados manifestaron su desconfianza en los políticos y en la guerrilla (83%). El 86% tampoco confia en la policía, en la justicia (84%), en las fuerzas armadas (59%) o en la Iglesia católica (47%). Aunque en general fue evidente el bajo grado de confianza en las distintas instituciones, resulta importante señalar que los mayores niveles de confianza se expresaron con respecto a la atención hospitalaria (68%) y a la educación (65%).

III. VIOLENCIA: INTERACCIONES Y EXPERIENCIAS

«Son cosas distintas la violencia en la casa y las otras. Son violencias muy diferentes. Ellos [los guerrilleros, los terroristas] siguen manifestando su terrorismo y matando; pero en la casa uno puede controlarse. Yo, por ejemplo, ya no soy agresiva con mi segundo hijo».

«¿Una imagen de violencia? La imagen que quiere decir violencia, lo que pasó aquí en el Palacio de Justicia. Eso es la más viva representación de la violencia. El tanque cuando entró así... que lo pasaron por televisión... y esas llamas de ese Palacio,... me pareció una violencia tremenda.»
ANA LUCÍA

Escenarios y situaciones

Puede afirmarse que la casa y la calle son dos grandes tipos de escenarios sociales, dos conjuntos ambientales diferenciados en sus dinámicas interactivas y de significación, en su importancia para la psicología individual, y que son contrastables en las interacciones violentas que en ellos se presentan. Sin embargo, estos dos escenarios están unidos por ciertos códigos culturales comunes y por sus formas de articulación con dinámicas sociales más amplias.

Aquí examinaremos primero las situaciones o los eventos materiales comunes a estos dos espacios y a sus dinámicas, para luego explorar los mecanismos materiales y simbólicos, y aquellos significados integradores de los escenarios particulares.

Lo íntimo

«Mi mamá me pegaba mucho, me daba en la cabeza contra las paredes, se me montaba encima; sí, sufrí maltrato. Mi papá maltrataba a mi mamá cuando estaba tomado, y en sano juicio era grosero, de mal genio y yo sufría porque golpeaba muy feo a mi mamá; mi papá tenía una mujer y llegaba a pegarle a mi mamá, ése es un maltrato psicológico».

La casa y la familia suelen ser consideradas como espacios naturales de protección individual. La privacidad, una noción característica de nuestra sociedad, aleja las miradas que son ajenas a lo que allí ocurre. Estos terrenos son vedados para una eventual intervención de terceros. Sin embargo, al mismo tiempo se reconocen los límites

y la fragilidad de la convivencia interna, mediante regulaciones formales y normas morales que son inculcadas a los individuos.

A este respecto suelen ser vastas las regulaciones estatales, y en Colombia son cada vez mayores. E1 aprendizaje social pretende reforzar patrones de conducta que alejen la violencia del hogar, poniendo de manifiesto que la sociedad conoce de una cierta precariedad en la armonía dentro de los hogares, armonía que precisa vigilancia, coacción y refuerzos culturales externos. De hecho, como se había dicho antes, casi la mitad (46%) de los entrevistados manifestaron haber sufrido maltrato en su hogar de origen y una tercera parte (34%) dice sufrirlo en el hogar actual. Incluso otra parte reconoció recurrir al maltrato de miembros de su hogar.

De igual manera, en el estudio pudieron apreciarse algunas formas extremas de violencia física, tales como la violación realizada por miembros de la propia familia (5% del total de personas) o los castigos que denominamos como brutales. Este fue el caso de un muchacho a quien su madre lo metía desnudo bajo la regadera y lo golpeaba con el cable de la plancha hasta hacerlo sangrar, o en otras ocasiones le golpeaba las manos con palos. Las quemaduras de las manos y la «colgada» con golpiza aparecieron como formas recurrentes de castigo brutal.

También se reconocieron claramente formas de maltrato menos ostensibles, tales como la agresión verbal y las humillaciones.

«Casi siempre ocurría (el maltrato) cuando estaba tomado. En sano juicio pegaba (el padre) pero no tan violento, pero borracho era muy violento. Se ponía furioso porque le hacían reclamos sobre el trato grosero a mi mamá y hacía una cosa terrible (la entrevistada llora): compraba carne y se la comía frente a todos, éramos siete y nosotros no teníamos más que comer. Mi papá no tenía trabajo y comía delante de todos».

La situación se iniciaba con frecuencia «de un momento a otro, en sano juicio. Él (el padre) se pone de mal genio, pide cosas a cualquier hora y grita, y luego golpea y rompe las cosas. Malo si le con-

testan y malo si no le contestan. Cuando le pega a mi mamá, ella no grita ni dice nada; se queda callada.» Es clara la ausencia de desencadenantes inmediatos cuando relatan que el esposo de la entrevistada también se pone «violento por cualquier cosa, como decirle que no haga ruido cuando llega tarde en la noche». Una mujer narró que «de pronto le sacaban el mal genio en alguna parte y ella (la madre) se vena a desquitar con uno». Así, un 38% de los entrevistados no reconoce un factor desencadenante para los maltratos, pero lo que sí es claro es que los hijos, especialmente los niños, son los principales receptores de las acciones violentas, seguidos de las cónyuges.

Alcohol y agresión

Al indagar a qué se atribuye el maltrato, algunos (11%) dicen «por lo borracho, y se emborrachaba todos los días» o porque «toda la vida cela a mi mamá y no quiere que nadie la vea». El 22% de las acciones violentas se le atribuye al agresor irascible, nervioso o maltratado en su infancia: «en todo momento es de mal genio», «por lo muy nerviosa»; también, «mi mamá era muy rígida, nos pegaba con el cable de la plancha, cuando pedía una cosa teníamos que hacerla ya; era por la rigidez de ella». Así mismo, los entrevistados asignaron un papel importante a la embriaguez, junto con la ignorancia y la envidia (31%). Cabe anotar además que, en un buen número de casos, el alcohol sirve como sustrato material circunstancial de interacciones violentas:
«Los fines de semana llega borracho y es muy zafado de boca; mis hermanos tratan de callarlo pero no hace caso. Así empieza. Cuando ellos ya no se aguantan, se le enfrentan y él saca navaja. Una vez le mordió un dedo a uno de mis hermanos y casi se lo quita. Otra vez hirió a mi mamá por tratar de quitarle la navaja.» María Ligia, bogotana de 45 años, contó que en su infancia sufrió maltrato brutal por su padrastro, quien «nos golpeaba (a los hermanos) y amarraba de pies y manos y nos daba hasta cuando salía sangre». El maltrato ocurría asociado a la embriaguez del padrastro,

quien se justificaba diciendo que quería controlar las salidas de sus hijastras. A la madre la maltrataba igualmente cuando estaba ebrio, por celos, «diciendo que estaba con el mozo, siendo que ella estaba trabajando. Ella (la madre) no nos defendía por miedo..., él la amenazaba de muerte, le juró que si se separaba de él la mataba».

Pese a la importancia del alcohol en situaciones violentas, todo indica que, más que ser una causa, ofrece la oportunidad de la interacción violenta. El alcohol actúa como evento material alrededor del cual se desencadenan dinámicas que pueden desembocar en violencia, según las conductas asumidas por los miembros de la familia. Los relatos narran con frecuencia que cualquier reclamo de los hijos o de la esposa, o incluso actos de provocación realizados por el borracho, tales como encender luces, hacer ruido o solicitar comida a altas horas de la noche, solían ser los desencadenantes de las acciones violentas.

Debido a la influencia que ejerce en los centros cerebrales superiores, el alcohol conduce por lo general a la desinhibición de impulsos, si bien en modo alguno lleva a su intensificación, ni a una potencia mayor. El bebedor suele ser hipersensible ante esperanzas fallidas y motivos de celos. El alcohol y el maltrato parecen entonces estar asociados a una necesidad de autoafirmación: «yo soy el que manda aquí y mi autoridad hay que respetarla». El consumo de alcohol es un evento particularmente sensible, en el que se recurre a la provocación. La naturaleza de la respuesta a ésta determina la escalada de la interacción o, por el contrario, su desactivación. No obstante, su importancia obedece a códigos culturales que se exaltan o se vuelven más sensibles en esa situación, especialmente los supuestos desacatos o desafios a la autoridad familiar.

El alcohol tiende a exaltar ciertos aspectos emocionales del individuo, al tiempo que incide en la pérdida de control sobre sus expresiones psicomotoras. También interviene en el proceso de ira-agresión no sólo por la pérdida misma de inhibiciones emocionales, sino también por la expresión cruda de cogniciones ya presentes. Detrás de su tendencia a asociarse con actos violentos, es necesario mirar la importan-

y el acatamiento del grupo familiar, y a ciertas formas socorridas y difundidas para obtener estos objetivos.

Cuando la ignorancia y la envidia se aducen como razones de maltrato, pueden en efecto proveer una justificación, pero también están asociadas con otras nociones. En el primer caso, subyace la idea de incapacidad para controlarse debido a la poca instrucción y a la falta de conocimiento de otras alternativas: «mi papá no sabe manejar los problemas por el bajo nivel académico, pues no tiene casi estudios, cuando tiene problemas los descarga». Muchas personas ven la necesidad de descarga como ligada a situaciones de tensión por problemas económicos o de salud. En cambio, la envidia induce a pensar en que el agresor siente una rabia más profunda contra el agredido. Por distintas razones, y con distintos matices, el agresor (fuera éste la madre o el padre) era malo u odiaba al agredido o a su familia.

Tan sólo para el 15% de los entrevistados las razones del maltrato en el hogar se hallan en el derecho paterno. Por el hecho de ejercer el papel de tales, para este grupo los padres tienen justificado el recurso a la agresión. Sin embargo, incluso aquí existen matices diferenciales importantes. Para un grupo pequeño de los entrevistados, las formas extremas de castigo y maltrato eran «para enseñarle a uno, por corregirlo y hacerlo hombre de bien, pues mi mamá decía que la única manera de aprender era a golpes». También afirman que el maltrato ocurrió «porque dábamos motivo» o porque «era la forma de corregir en ese tiempo». Incluso lo expresaron así, pese a vivir situaciones como «nos encerraba (la madre) en una pieza, trancaba la puerta y nos pegaba con el cable de la plancha y si salíamos corriendo nos mandaba un ladrillazo». En cambio, para la mayoría de quienes sufrieron maltrato no existía razón clara para este sufrimiento; se encontraban atrapados en una situación en la cual no había alternativas, debido a la corta edad o a la dependencia económica (el 54% de los maltratados dijo soportarlo por esa razón).

¿Determinismo o aprendizaje?

En otra perspectiva, valdría la pena preguntarse si existe una continuidad que hace del maltratado un maltratador. Como se había dicho antes, puede establecerse cierta asociación entre quienes dijeron sentir necesidad de maltratar a alguien en su hogar actual y algunos antecedentes de maltrato infantil, pero no fue tan tajante como suele suponerse. En cambio, fue más clara la asociación entre la dificultad para controlarse cuando se está enojado y el hecho de haber sufrido maltrato en el hogar de origen, y aun aceptar recurrir al maltrato en el actual. Parece entonces que la irascibilidad y la pérdida de control son factores críticos en la cadena de reproducción del maltrato; surge también la calidad de la relación con los padres y la identificación con ellos.

Algunos casos contrastados pueden ayudar a comprender el proceso. En el ya mencionado de María Ligia, se aprecia una mujer que desde niña tuvo un ambiente hostil y agresivo, con escasos nexos afectivos y con relaciones marcadas por el miedo: miedo al padrastro, que la golpeaba a ella y a sus hermanos, pero también a la madre, quien no sólo no intercedía por ellos, sino que era también agente de castigos brutales. Estos castigos eran inexplicables para la niña. La madre es descrita como temerosa, pasiva, insolidaria y maltratadora: «ella también me maltrataba y aún tengo marcado el rejo de ella» y «desde los siete años me hizo trabajar vendiendo frutas en la plaza». Calificó la relación con el padrastro y con la madre como «hostil».

María Ligia narra que su primer marido se suicidó después de un disgusto en el trabajo. Se casó de nuevo y describe a su actual marido como una persona violenta: «nos mantenemos peleando mucho, una vez me dejó paralítica (por golpes) tres meses. Esa vez me dijo, 'perra h. p.' (...) luego se me lanzó y me pegó patadas. Al otro día sentí un dolor tremendo y no me pude volver a parar...». Ella ha intentado separarse del marido, pero éste vuelve al hogar después de un tiempo. «Es por los hijos...», aduce ella como razón para volver con él.

María Ligia dijo haber maltratado a su hija mayor «porque era grosera, no obedecía y se orinaba en la cama. No sé, con ella siempre ha habido rechazo... fue a una de mis hijas que le pegué mucho y le daba correa». Así, en su historia, María Ligia reproduce formas de maltrato con la hija mayor y la pasividad frente al cónyuge violento.

Una historia similar es la de José Domingo, bogotano de 26 años, con escolaridad secundaria. Es un trabajador independiente, católico, soltero, y vive solo. Su núcleo familiar primario está constituido por los padres y cinco hermanos (tres mujeres y dos hombres); él ocupa el tercer lugar entre ellos. El padre se dedicaba a la zapatería, la madre trabajaba como cocinera en un restaurante y era quien sostenía económicamente el hogar. Su historia de vida muestra que desde muy temprana edad fue sometido a frecuentes maltratos verbales y físicos por parte del padre. Estos maltratos se extendieron a la madre y a los hermanos, y generalmente estuvieron asociados al consumo de alcohol por parte del maltratante. El control y la normatividad en el hogar eran ejercidos de manera predominante por el padre, pero en forma arbitraria, ambivalente, machista y brutal. La madre representaba una figura de autoridad pasiva, distante y, en cierta forma, permisiva frente a las diferentes acciones violentas del padre contra ella y contra sus hijos. Sin embargo, había logrado mantener cohesionado el grupo familiar.

Pasividad y desafío

Existen estructuras emocionales que median la reproducción y que son moldeadas por la cognición, en un esquema que no sigue la reproducción simple de maltratado a maltratador. Un factor decisivo parece ser la calidad de la relación con los padres: el 41% de los entrevistados, que sufrieron maltrato por el padre, calificó como hostil su relación con él. Aquellos entrevistados que fueron maltratados por sus padres o sustitutos (el padrastro, por ejemplo) y que no mantuvieron una relación afectuosa con ellos, sino relaciones marcadas por la ausencia o la indiferencia, las explican como hostiles

(18%). Si bien con la información disponible no se puede concluir que este grupo reproduce el maltrato, sí es importante un seguimiento posterior, que podría detenerse en la conexión entre ese tipo de relación y la reproducción de las cogniciones sobre violencia doméstica.

En contraste con lo anterior, las personas que sufrieron maltrato cuando niños, pero que califican positivamente su relación con padre o madre, afirmaron no maltratar a sus hijos. Algunos entrevistados manifestaron que creían que merecían el castigo de los padres y unos pocos lo interpretaron como prueba de amor o de interés, pero los que expresaron estos conceptos tuvieron una relación estrecha de afecto y atención de sus padres, incluso a pesar del maltrato. A la pregunta de si ejercían este tipo de corrección con sus hijos en su hogar actual, un número importante de ellos manifestó que utilizaba medios alternos de corrección, desde el castigo por privación de gustos (no ver televisión, no ir a cine, etc.) hasta el diálogo.

Resulta llamativo observar que ciertas estrategias de enfrenta-miento a la agresión, tales como la pasividad, fueron utilizadas efectivamente por algunos miembros del grupo familiar. Tal es el caso de un hermano del entrevistado, quien a través de este mecanismo logró evitar el maltrato físico por parte del padre. Esta estrategia se mantiene en su hogar actual, donde de esta forma ha logrado mantener una relación de pareja en la que su compañera lo maltrata verbalmente con mucha frecuencia. No obstante, la misma estrategia no ha sido útil en el caso de las hermanas del entrevistado, quienes han sido violadas reiteradamente por el padre.

La estrategia empleada por el entrevistado para el manejo de la violencia y la agresión del padre fue la confrontación abierta de la misma. Esto le ocasionó frecuentes escaladas de maltrato físico y expulsiones del núcleo familiar, hasta cuando contó con edad suficiente para valerse por sí mismo. Se puede concluir que esta estrategia beligerante y de confrontación la ha aprendido del mismo padre por reforzamiento positivo de la agresión y el modelamiento de este comportamiento. Sin embargo, ciertos elementos son propios y lo

hacen proclive a la impulsividad. Estos se han manifestado desde muy temprana edad a través de diversos comportamientos, entre los que se destacan frecuentes riñas con compañeros de estudio, expulsión de los colegios, peleas callejeras y consumo de alcohol. El modelo inculcado por el padre a través de su propio comportamiento frente a la esposa y a las hijas, fue a su vez reforzado por figuras socialmente aceptadas que representan autoridad, como es el caso del ejército. A su paso por esa institución, el entrevistado fue enseñado a violar a las mujeres caídas en enfrentamientos con la guerrilla.

El relato de Ana Lucía, natural de Bogotá, cuya edad está en los cuarenta años (casada, madre de dos hijos, con escolaridad secundaria, trabajadora independiente), muestra facetas similares. El núcleo familiar primario estaba constituido por los padres y cinco hermanos (tres mujeres y dos hombres); ella ocupa el tercer lugar. Su temprana infancia transcurrió en un hogar humilde y estuvo marcada por el frecuente maltrato verbal y físico por parte de la madre y de los hermanos varones. Este maltrato era infringido por cualquier razón.

El patrón de enfrentamiento a la agresión por parte de la entre-vistada era el desafío, la confrontación y la ridiculización del agresor, lo que redundaba en escaladas de agresión y de violencia Estas escaladas terminaban con la huida de la agredida o con el desmayo del agresor (la madre). Por otra parte, el padre sometía a los miembros de la familia a maltratos verbales y físicos, generalmente asociados con el consumo de alcohol. Este comportamiento fue abiertamente rechazado y enfrentado por el grupo familiar en una actitud solidaria y colectiva, lo que condujo a la cesación del maltrato hacia la madre. Sin embargo, el maltrato verbal y físico continuó en forma selectiva hacia los hermanos varones de la entrevistada.

Tanto el padre como la madre de la entrevistada frueron severamente castigados durante su infancia. La entrevistada, a su vez, fue severamente maltratada por sus padres y también acepta que maltrata a sus hijos. En este relato sobresale el ejercicio de la autoridad en forma arbitraria, lo cual coloca a la agredida en una situación

paradójica en la que no podía escapar o reducir las probabilidades de castigo: haga lo que haga, recibirá castigo.

Según la narración, la agresión violenta es desencadenada por cualquier motivo y se canaliza a través de diferentes formas de maltrato hacia los hijos, siendo completamente desproporcionada frente a los estímulos desencadenantes. Existe un componente de género con respecto a la relación agresor-agredido. Es así como el padre de la entrevistada maltrataba físicamente a los hijos varones, y a su vez éstos maltrataban a las hermanas, incluyendo a la entrevistada, quien dice que maltrata a sus hijos varones y que si fueran niñas tal vez no lo haría, esgrimiendo el argumento de cierta forma de venganza contra sus hermanos maltratantes. En el maltrato que la entrevistada infringe a sus hijos, así como en el que padeció por parte de sus hermanos, existen características epileptiformes, puestas de manifiesto por lo impulsivo y lo frenético de los actos, muchas veces sin medir las consecuencias de los mismos, poniendo en serio peligro la vida del agredido. En el relato se describen ciertas formas de control social que han atenuado y controlado el desbordamiento de este maltrato, tal como la intervención de terceros, representados en el jefe, la cuñada y el médico.

La reproducción del recurso a la violencia en el hogar de los que sufrieron maltrato no es conclusiva. Esto se puede ver en la historia de Mireya, una mujer de 25 años, natural de Bogotá, con escolaridad primaria, casada y empleada. El núcleo familiar primario estaba constituido por los padres y cinco hermanos; la entrevistada es la mayor. En la actualidad convive con su esposo y es madre de una niña. Su padre trabajaba como celador en un colegio y la madre como empleada doméstica; ambos fueron maltratados física y verbalmente en sus hogares, pero no reprodujeron este maltrato hacia los hijos. Por el contrario, intentaron brindarles lo mejor. En este caso en particular se aprecia que no tiene aplicación el axioma «hijo de padres maltratantes, se convierte en maltratador». El único maltrato que recibió la entrevistada en su núcleo familiar primario fue por parte del hermanastro, quien aprovechó su situación de no ser hijo de la madre para

manipular el núcleo familiar. Los choques entrevistada-hermanastro se presentaban con frecuencia debido al papel desempeñado por ella en su condición de hermana mayor y ante la ausencia de los padres debido al trabajo. Ella era el jefe del hogar y quien establecía las normas, los derechos y las obligaciones de sus hermanos.

En las situaciones enunciadas, un primer campo de conflictos y de agresiones involucra la relación padres-hijos. En ésta sobresale el maltrato de ambos padres hacia los hijos, lo que lleva a mirar más allá de la atribución masculina de la violencia. La mujer aparece como maltrante de los hijos en un porcentaje mayor que el hombre, seguramente en razón de su mayor contacto con los hijos o del abandono por el cónyuge. Cuando se indaga sobre los motivos a los cuales se atribuye el maltrato sufrido de parte de los padres, y sobre las razones que dan quienes reconocen recurrir al maltrato en la actualidad, la desobediencia es el motivo que surge en primer lugar:

«a mí nunca me gustó la cocina; entonces mi mamá me decía vaya lave la loza, vaya. Yo no le hacía caso, o sea por desobediente, por testaruda;(...) y porque yo fui muy contestona, yo me acuerdo que contestaba mucho y era muy terca».

Con relativa frecuencia se encontró que esta desobediencia tenía que ver con la incapacidad de responder a tareas excesivas:

«yo tenía como unos seis años (la niña) y mi papá me hacía un fogón por allá y me tocaba hacerle de comer, nunca me compraron una muñeca, nunca hubo un juego infantil, yo siempre tenía que estar lavando, que estar ayudando a hacer de comer, que cuidara mis hermanos; inclusive una hermanita chiquita me decía mamá. Mi mamá me pegaba mucho, me daba en la cabeza contra las paredes, no sé si era por la situación económica de no tenemos bien. Quería que yo muy chiquitica hiciera las cosas de la casa sin enseñarme ella».

Otras razones, como no estudiar, los robos menores, las peleas entre hermanos o el disgusto por los amigos del hijo, aparecen con

menor importancia. Sin embargo, todos tienen en común la transgresión a las reglas, la pérdida de control sobre las conductas y el tiempo de los hijos, incluso cuando las exigencias desbordan sus capacidades físicas.

Es frecuente el control estricto del tiempo para cumplir una orden: «Mi papá me mandaba a hacer un mandado a la calle; entonces escupía en el suelo y yo tenia (el niño) que llegar con el mandado antes de que la saliva se secara o me cogía a fuete». La importancia de ser obedecido de manera pronta parece ligarse a una noción de que las órdenes de los padres no necesitan explicación, pues éstas tienen validez en sí mismas, sin relación con las capacidades y en ningún caso necesitan de justificación ni permiten confrontación. En efecto, el ejercicio del control del grupo familiar se realiza mediante el uso de la violencia por parte de los padres-madres en casi la mitad de los casos estudiados. La explicación puede buscarse en la jerarquización de la vida social del hogar, desde los padres hasta los hijos, y su relación con la denominada cultura patriarcal Esta razón no parece suficiente sin embargo, pues reduce excesivamente el fenómeno hasta convertirlo en una función simple del machismo y de la fuerza.

La asimetría del poder del adulto sobre el niño es intimidadora, no sólo porque el padre o el adulto poseen conocimientos y recursos de poder muy superiores, sino principalmente porque poseen el monopolio de la justificación (Harker, cit.) que, en los casos del estudio, parece estructurada por las nociones de búsqueda de la «corrección» y del «respeto», ideas conexas pero que ponen en marcha cogniciones diferenciadas. El miedo al castigo, pero ante todo el «respeto» al padre o a la madre, se razonan como inhibiciones de respuestas agresivas de los maltratados. Aproximadamente la mitad de las personas refiere que soportó el maltrato por la corta edad o porque no tenía otra opción. Un 15% creía que ése era el derecho de los padres. Sin embargo, la noción de respeto al padre cubre a unos y a otros; es una noción compartida ampliamente, pues no sólo inhibe respuestas contra el padre maltratador, sino que sintetiza la

justificación de la relación hogareña. En ese sentido, no sólo tiene implicaciones en hechos materiales, sino que guía la interpretación de las interacciones; es un código que resume un sistema de relaciones y de significados.

La dinámica de las relaciones entre cónyuges tiene en común con la de padres-hijos, los conflictos alrededor del control del tiempo, del dinero o del sexo, y no solamente del hombre sobre la mujer, sino también en sentido inverso. Las mujeres no son sólo maltratadas por los celos perseguidores del cónyuge, sino que también «él se consiguió una mujer, yo le reclamaba y me golpeaba, me rompía las narices y me golpeaba el cuerpo»; o el marido la golpeaba cuando ella preguntaba por dinero o el sitio donde estaba. Es decir, los intentos de la mujer por ejercer control en ciertos aspectos críticos también reciben respuestas violentas. Las dinámicas de celos usualmente desencadenan el maltrato: «es que no podía trabajar ni hablar con alguien (...), sentía celos (el marido) porque entré a trabajar (...), como tenía mujeres creía que todas eran iguales».

Muchas interacciones violentas parecen relativamente impredecibles, o estallan por motivos en apariencia tontos. Los relatos dan la impresión de que incluso el maltratador induce respuestas de parte de los hijos o de la esposa, por ejemplo, mediante los insultos o la ruptura de objetos para desencadenar golpizas u otras formas extremas de agresión. La desvaloración reiterada, la humillación o el presenciar violencia entre los padres, están diseminados en la vida cotidiana. Las respuestas por parte de los maltratados —pasividad, resignación o bien enfrentamiento y contra-agresión (verbal, gestual)— no parecen atenuar o evitar la confrontación, aunque, en ciertos casos, la falta de respuesta ante una provocación calma la situación.

En las agresiones se realiza un juego de respuestas y contrarres-puestas, donde a menudo el agresor realiza al comienzo acciones de provocación. La pasividad no necesariamente frena la agresión, sino que parece involucrada, de manera paradójica, en la dinámica situacional. Incluso el agresor insiste, por ejemplo con insultos o rompiendo objetos del hogar, hasta lograr comentarios o reclamos.

Pero aun así, las situaciones mismas no corresponden completamente a las respuestas ni a su intensidad. Es decir, el juego situacional no permite comprender a cabalidad la interacción violenta, como si las guiaran otras estructuras no evidentes en las situaciones mismas.

En efecto, la descripción de numerosas dinámicas circunstanciales de maltrato no guarda una relación estable con respuestas verbales o físicas de padres o cónyuges. En varios relatos se menciona la agresión a niños que estaban durmiendo. La huida, por ejemplo, es una respuesta que, por lo general, incrementa el castigo a los niños. Algo semejante se encuentra en relatos de mujeres que son despertadas a golpes o con insultos. El encadenamiento y la escalada parecen no obedecer al juego de las acciones mismas, sino a otras motivaciones, hasta cierto punto automáticas y no razonadas. Si bien llama la atención que cerca del 90% de los entrevistados dice que para ejercer la autoridad no es necesario el maltrato, el escenario crítico de las interacciones padres-hijos, sin distinción apreciable entre los sexos, es el ejercicio del control en la familia.

Corregir y castigar

Las nociones de 'corregir' y de 'enderezar', en el sentido de inculcar patrones de conducta o de evitar la repetición de conductas que los violan o de comportamientos que remotamente puedan transgredirlos, son reiterativas y centrales para padres e hijos. La búsqueda de la corrección tiene una línea móvil y difusa hacia actos brutales y arbitrarios, donde el afán de corrección no se relaciona de manera directa con conductas manifiestas. Esa arbitrariedad es patente cuando se exige al niño realizar tareas propias del padre o de la madre sin consideración a su edad, de manera que la corrección es ante todo preventiva, pero en el sentido del temor a no ser acatado. En esas interacciones, ni siquiera la huida parece una escapatoria para el agredido, quien reconoce y distingue con claridad el maltrato y lo vive como sufrimiento, pero quien «por respeto» aminora o detiene su respuesta. En esta dinámica, el respeto

se convierte en una respuesta adaptativa a situaciones endémicas de maltrato. Mediante esa noción, el mensaje de la corrección se convierte en un concepto operativo que guía y da significado a las acciones de los involucrados. Pero, como concepto, el respeto es estructuralmente ambivalente porque se expresa en el canal afectivo a través del amor y del temor simultáneamente. En el área cognitiva, la configuración de las nociones es contradictoria, pues al agresor se lo identifica como tal, pero se le exculpa y justifica, e incluso, hasta se revierte la culpa sobre el objeto de agresión. El respeto es igualmente ambivalente en el canal de la acción, por el conflicto entre las representaciones culturales y la acción agresiva. Un ejemplo se ve cuando los entrevistados invocan el diálogo, o cuando dicen que el maltrato no es necesario para ejercer la autoridad, pero agreden de hecho.

La búsqueda del ejercicio del control social es una manera de ejercer poder, pero bajo la forma de imponer sobre el otro representaciones o vivencias del controlador y no tanto de lograr la aceptación de la autoridad por la vía del consenso. La aceptación de los preceptos y de las normas en condiciones no violentas, está encaminada a cumplir propósitos pedagógicos y restauradores, especialmente la búsqueda del equilibrio perdido, además de los aspectos restrictivos que toda norma conlleva Pero cuando el ejercicio del control tiene como eje de las relaciones interpersonales el recurso a la violencia, cuando la cualidad presente en la transmisión de la norma es lo restrictivo, sucede que la norma se vuelve conflictiva, tensa, rígida. De allí nacen los casos extremos de crueldad, porque desaparece el otro como persona, con su individualidad. El ejercicio del control se reemplaza por uno omnipotente en su forma externa de interacción, pero temeroso como ejercicio de la autoridad efectiva Esta forma de ejercer la autoridad la vuelve ambivalente y confusa, en la medida en que quien la ejerce mantiene una lucha interna entre el deseo de imponerse, por una parte y, por otra, la presión social de un deber ser que sanciona los exce- sos y que plantea que la norma no sólo debe ser restrictiva, sino también educadora y reparadora. Se alcanzan ya a vislumbrar, sin embargo,

nociones nuevas que deslegitiman el uso de la violencia. Ya no se comulga con el maltrato. La apreciación social de éste ha disminuido de manera tajante; por ejemplo, se reprueba el uso de los castigos violentos. El diálogo, reiterado por las personas como nueva representación, pretende convertirse en la talanquera de la violencia. El control que se pretende ejercer tiene su base moral en la prevención de lo indeseable, pero su dinámica situacional sugiere el temor a la pérdida del control y del reconocimiento de la autoridad, de manera que de antemano debe garantizarse lo que la gran mayoría de las personas llamaron el «respeto». El respeto, que significa simultáneamente afecto y temor, es lo que paraliza o inhibe la rebelión. Puede ser que esta noción cultural hunda sus raíces en una concepción religiosa que inculca una forma particular de percepción sobre los sucesos dolorosos y sobre las interacciones humanas jerarquizadas. Sin embargo, como muestran las interacciones en «la calle», independiente de sus posibles vínculos con concepciones religiosas, el respeto llega a hacer parte de una forma amplia de vivir de la sociedad colombiana, marcada por reglas sociales confusas e impredecibles.

Lo impredecible

Las experiencias de violencia en la calle se dirijen en su mayoría a lo que puede denominarse violencia instrumental (67% fueron robados, 45% atracados), es decir, aquélla que se ejerce como medio para obtener otros fines. La violencia en este caso es un medio, no es personalizada y, en general, no está antecedida por una escalada creciente agresiva, en contraste con la agresión emocional. Pero esta violencia instrumental está ligada a otras dinámicas que la vinculan con estructuras y marcos cognitivos mayores de la sociedad, según los cuales las personas actúan frente a su presencia y se explican su ocurrencia.

A pesar de que las experiencias de violencia callejera son tan extendidas, cabe anotar que sólo un 5% de los entrevistados dijo

portar un arma frecuentemente. Llama también la atención que si bien las personas identifican, describen, temen y califican esta forma de violencia, tienden a asignarle un valor secundario y la convierten en un resultado inevitable de la forma de vida actual y de la carencia o precariedad de las acciones contra la delincuencia. Al mismo tiempo, a la violencia en general, excepto a la delincuencial, se le asigna en contraste un origen en conflictos personales. Por tanto, si se eluden las relaciones con vecinos, si la persona no se inmiscuye en los asuntos ajenos, se evita la violencia.

«En la calle una vez me atracaron y me apuñalearon por quitarme la cartera, la cadena», narró María Ligia. «Eso fue en la calle segunda con carrera sexta. Allí me cogieron como dos tipos y tres mujeres y me dieron una puñalada por detrás, entonces me picaron el intestino grueso y me tuvieron que hacer una colostomía; eso fue hace como dos años.»

-«¿Acudió Ud. a las autoridades?», se le preguntó.

-«No, no acudí a la autoridad; cuando vi la sangre me fui a la casa rápido y allí me trajeron al hospital (San Juan de Dios) y me operaron.

-«¿Y Ud. nunca denunció eso?»

-«No, pues yo nunca vi a esos tipos. ¿A quién demandó? Eso fue en el barrio Las Cruces, yo vivo a tres cuadras. Hay mucha violencia, hay tanta violencia, que llegaron unos japoneses y los atracaron. A la señora la revolcaron y le quitaron todo, entró el señor muy asustado, y cuando salimos, ellos estaban prendiendo el carro y se fueron. ¡Qué imagen puede llevar de Colombia la gente que viene de otro país y los atracan!».

-«¿No hay vigilancia?»

-«Pues ellos subieron, subieron dos motorizados, pero cuando ya pasó todo.(...) Aunque hay un CAI ahí en Las Cruces, pero eso es como si no existiera, no sirven para nada(...). Yo he visto que la [policía a la gente que encuentra robando les quitan las cosas que se roban y los sueltan; a la gente que trabaja a veces le quitan la plata, claro que no todos serán igual, a veces hay policías que mandan a

robar, entonces esos policías en vez de evitar la violencia, el robo, el atraco, están ayudando.»

En este relato se enuncian tanto las condiciones situacionales, como los recursos y los conceptos de la víctima, que la llevan a desdeñar el apoyo de la policía o del aparato judicial y a enfrentar con desconfianza su entorno. En su caso, las propias experiencias de violencia en el hogar de origen refuerzan la hostilidad como componente de las relaciones interpersonales.

A Luz D., bogotana de 22 años, se le preguntó por actos de violencia en la calle. Ella narró varios homicidios cercanos a su casa y también el haber presenciado agresiones con cuchillo entre adictos que viven en los alrededores.

«Yo me asomo, así, por la ventana y me entro, porque uno no sabe qué pueda pasar. Pero de resto atracos, sí yo veo y se me hace normal, eso no se me hace raro de ladrones.»
-«¿Qué es lo que le parece normal?»
-«Pues que lo roben a uno, eso no se me hace raro. Que maten a una persona en la calle, pues no es la primera vez que he vista un cuerpo en la calle, a una persona muerta. Me aterra de ver que están robando a alguien o van a apuñalear a alguien y nadie pueda coger y solidarizarse con esa persona porque ¡como uno no está exento de eso! Sí me aterra ver una persona que está tirada en la calle, que todavía está viva y todo el mundo lo que hace es mirar y mirar, pero de resta son muy pocas Jas personas que se comprometen a ayudarla porque dicen que se meten en problemas. Me aterra muchísimo la falta de solidaridad (...).»

Para Luz D. esos hechos son normales, en el sentido de que ocurren con mucha frecuencia, lo que no significa que para ella sean legítimos, apropiados o indiferentes. Le parece inaceptable la falta de solidaridad. A pesar de la precariedad de las redes de apoyo colectivo frente a la delincuencia, la solidaridad es un valor, un

comportamiento deseable, desafortunadamente inhibido por el temor en su expresión franca. Así, la pasividad no surge por la carencia de valores morales o por la no identificación de la violencia como ilegítima cuando ella se ejerce, sino por la imposibilidad de actuar frente a ella debido al miedo. No es tanto que los umbrales de tolerancia de la sociedad frente a la violencia sean altos o que la violencia se admita como parte de los patrones de comportamiento sino que es mas bien experimentada como un producto inevitable de un complejo sociocultural y psicológico más vasto, donde el ¡Individuo está inerme y expuesto. Esto incita a recurrir a la violencia o auspicia respuestas violentas frente a ciertos escenarios, o tiende a inhibir respuestas que la confronten en la dinámica de su ocurrencia.

Como forma de contrarrestar la situación de «estar inerme», surgen diversas respuestas de facto: alguna historia de vida cuenta cómo, en el barrio donde vive el entrevistado, hasta hace unos seis años había atracos, robos, riñas, pero han cedido notoriamente pues «en el barrio se formó una vigilancia cívica en grupos de diez, que comienzan (a patrullar) a las doce de la noche». Surge también el miedo; el entrevistado anterior asoció violencia y miedo de manera expresa y manifiesta.

Los jóvenes

Otra forma de violencia presente en la comunidad se encuentra en el relato de Carlos, un adolescente de 16 años, soltero, natural de Bogotá, con escolaridad de décimo grado de secundaria. Convive con su núcleo familiar primario que está constituido por la madre y dos hermanos (un hombre y una mujer), siendo el entrevistado el mayor. El padre ha sido una figura ausente y la madre es quien ha sostenido económicamente a la familia. Carlos refirió en su relato que su madre lo maltrataba físicamen¬te en forma ocasional, hasta la edad de diez años, generalmente por desobediencia. El aspecto más notorio de la entrevista y de la histo-

ría de vida es el nivel de violencia existente en la comunidad del entrevistado y su familia. Esta violencia se ha puesto de manifiesto en las diferentes formas de agresión de que son víctimas y victimarios los habitantes de dicha comunidad, en especial los jóvenes: robos, atracos, asesinatos, son el pan de cada día en las calles del barrio.

La mayoría de jóvenes de estos sectores proviene de familias en las que los padres están ausentes por razones de trabajó o simplemente porque nunca han estado, y la calle se convierte en el principal escenario de socialización. Los jóvenes se organizan en pandillas, aunque no gustan de ser considerados como pandilleros. El número de miembros varía de una pandilla a otra: desde quince muchachos, como en el caso del entrevistado, hasta cien o doscientos. Igualmente, las edades fluctúan entre los 7 u 8 años hasta los 25 o 30. Las pandillas funcionan con una serie de códigos y normas, entre las que se destacan: la lealtad hasta la muerte, el no dejarse agredir por miembros de otras pandillas, el respeto por la integridad de las familias de los miembros y la no delación de los actos cometidos por sus integrantes. El robo no es visto como una forma de «ganarse la vida», y no se lleva a cabo por necesidad económica, sino como una forma a través de la cual se ejerce poder sobre la víctima del mismo, humillándola. Y, sobre todo, «es que uno no puede dejársela velar, uno tiene que ser violento para que lo respeten». «Los pelaos (sic) lo cogen a uno de burla y si uno se deja así, los otros compañeros comienzan a decir que uno no es frentero y uno tiene que demostrarles que sí.»

Entre mayor sea el número de actos delictivos, y mientras más arriesgados y temerarios sean, mayor reconocimiento recibe el pandillero, se eleva el prestigio del grupo frente a otros y se aumenta el temor por parte de la comunidad. «El que haya estado en más tropeles, el que haya tumbado más gente, el que haya robado más apartamentos» tiene más prestigio y gana así el respeto de sus pares. Las pandillas están presentes en las escuelas y se expresan mediante peleas y robos. En el grupo no existe un jefe, un líder como tal. El porte de diversas clases de armas es frecuente entre los miembros de la pandilla: desde cuchillos y

navajas, pasando por armas de fuego, «hechizas», pistolas y subametralladoras. Estas últimas aumentan el prestigio y el poder de su portador.

El ingreso a la pandilla es ritualizado. En el caso que nos ocupa, los aspirantes se reúnen con miembros reconocidos de la pandilla en un sitio apartado del barrio, generalmente a la media noche, matan un gato y beben su sangre en copas, jurando lealtad incondicional a los miembros del grupo. La sangre del gato es ingerida con el fin de adquirir la habilidad, la destreza, la sagacidad y las siete vidas de este felino. No obstante, el entrevistado aún no se ha sometido a este ritual, por no estar lo suficientemente preparado para él.

La pertenencia a la pandilla brinda la seguridad y la protección necesarias para poder sobrevivir en el barrio. La policía es vista como fuente de agresión y corrupción. Algunos miembros de esta institución son consumidores y traficantes de droga, así como de armas; además, participan en los grupos de «limpieza social». En el caso del entrevistado, todos los miembros de la pandilla trabajan o estudian; ayudan con el sostén económico de sus familias. El consumo de sustancias psicoactivas (marihuana, cocaína, bazuco) está vedado entre los miembros de la pandilla pues se lo considera un signo de degradación. Sin embargo, el consumo de alcohol se efectúa en forma regular y bajo sus efectos los muchachos más «tímidos» son alentados a agredir a miembros de otros grupos con el respaldo armado de la pandilla. La novia juega un papel importante, participa activamente y guarda lo que se roban.

La estrategia evitativa empleada por muchas personas en nuestro país para minimizar el riesgo de ser agredidos o violentados por otros, basada en «si yo no me meto con nadie, nadie se mete conmigo», no parece tener mucha utilidad en estos barrios. La pasividad puede ser castigada con la muerte misma. Da la impresión de que el joven se siente compelido a pertenecer a algún grupo que le brinde protección frente a la agresión potencial y real de otros. Esta situación se refleja en la gran cantidad de pandillas en este sector de Bogotá; es una violencia sistematizada que se nutre de sí misma. La

insistencia en el uso de la violencia en sus formas más crudas ha llevado a un proceso de desensibilización frente a la misma por parte de estos jóvenes. El relato de las muertes violentas de novias, amigos, conocidos y vecinos se hace sin la mayor emotividad, como si fueran eventos naturales, inevitables, incluso frente a la posibilidad de la propia muerte. Sin embargo, no existe en el entrevistado la sensación de no futuro; sus planes son concretos, reales y alcanzables a través de mecanismos socialmente aceptados.

Este joven fue uno de los pocos entrevistados que justificó la violencia porque «se siente rabia contra ellos (los jóvenes gomelos) (...) y uno piensa que todos deben ser iguales». También la justificó para no ser considerado cobarde, para hacer justicia y para defender a la familia. Igualmente, fue uno de los pocos que dijo creer en la guerrilla y piensa que ante un problema «es peor acudir a la policía, es mejor resolverlo solo».

Este caso nos coloca en una verdadera encrucijada si se pretende analizar la situación desde un punto de vista psicopatológico, ya que se podría caer en una explicación facilista al afirmar que el entrevistado presenta un trastorno de conducta, pasando por alto los diferentes factores sociales y ambientales que han influido y modelado su comportamiento. Por otro lado, es preciso decir que este caso no es típico del grupo entrevistado, sino que, por el contrario, es un extremo poco frecuente. Sería un error, como suele suceder en muchos análisis, generalizar a partir de él; ni siquiera en relación con los jóvenes de sectores populares urbanos, pues su caso representa extremos en el comportamiento sociocultural y psicológico, que sin duda guardan relación con desajustes y desequilibrios en la estructura social y la cultura colombianas, pero son peculiares y minoritarios.

Otra forma de violencia poco frecuente entre los entrevistados fue la asociada a la política de los años cincuenta. Olinda, casada, mayor de sesenta años, migró a Bogotá porque su familia fue asesinada por la policía. Considera que el maltrato es «el hambre, la falta de empleo, los golpes a los mendigos y a los drogadictos», mientras violencia es «el atraco y el asesinato». Tuvo relaciones afectuosas

con sus padres y hermanos y no sufrió maltrato en la infancia. En cambio, su juventud estuvo marcada por la violencia política «Me tocó ver cómo la policía llegó a la finca (donde vivía), amarraron a mi padre y a tres hermanos, los chuzaron con bayonetas, los golpea-| ron, los arrastraron y finalmente los mataron. Conmigo abusaron sexualmente.» Hace un año, el ejército torturó y mató a uno de sus hermanos. No es de extrañar que al preguntarle si era desconfiada, ella respondiera afirmativamente: «es que uno no puede confiar en nadie, y mucho menos en gente del gobierno, como la policía y la justicia». Sólo le merecen credibilidad la educación y la salud institucionales. Relata que no encontró solidaridad en la gente, ni antes ni ahora, pero encontró tranquilidad en Dios. Con todo prefiere vivir en Colombia: «es mejor malo conocido que bueno por conocer».

¿Agresión o miedo?

Entre las experiencias violentas en la calle, la violación ocurrió en el 14% de los casos entrevistados, principalmente en las mujeres; 34% de las violaciones ocurrió con desconocidos. Al preguntarle a Luz D. por experiencias de violencia callejera, dijo:

«Una violación. Fue una persona que conocí en la calle. A mí siempre me han admirado muchísimo mi cuerpo. Estaba yo parada en una avenida y se me acercó un señor y me dijo que si por esa ruta pasaban buses (...). Yo le dije sí, y nos pusimos a hablar y como en esa temporada yo estaba buscando trabajo, comenzó, como dicen, a encantarme con el tema del trabajo y que él tenía un lugar donde uno podía aprender modelaje (...). Nos fuimos a una casa pero esa casa tenía como un zaguán largo y yo ví eso como muy oscuro y no se me facilitaron los medios para coger y salirme de ahí y me entró miedo. Me entró angustia y me dijo siga para acá (...) y entonces le echó llave a la puerta y me dijo que yo tenía que coger y desnudar¬me para él darse cuenta cómo era mi cuerpo (...) entonces yo

le dije que no, que yo no me desnudaba, entonces me dijo que tenía que hacerlo. Le dije no, qué pena, pero yo no lo voy a hacer. Entonces ese señor se puso como violento (...) él cogió con su cuerpo la puerta y me dijo que no me dejaba salir (...) y dijo que él había pagado cierta cantidad de dinero para que nosotros entráramos y que quién le iba a reembolsar eso. Yo le dije, por eso no hay ningún problema mi hermano trabaja allí, por los lados de la trece, yo lo llamo y le digo que traiga la plata (...) yo comencé a alzarla voz, entonces me dijo que no alzara la voz, porque iban a llamara la policía y que me iba a meter en un problema. Que él no, porque tenía gente muy pudiente que lo respaldaba y así comenzó a chantajearme. Me sentí forzada en este momento por las circunstancias a coger y quitarme la ropa. Porque él me dijo que si mi papá y mi mamá se daban cuenta dónde era que yo me había metido pues que me iban a pegar (...) y ahí fue cuando ocurrió la violación, la considero violación porque no fue algo que yo deseara». Sobresalen en esta narración él miedo y la confusión sobre las reglas sociales.

Como en el caso anterior, en los relatos es posible apreciar una forma de expresión del miedo en el comportamiento pasivo ante la agresión, sea en el hogar o en la calle. Esto se aprecia más en las historias de vida, donde las víctimas se aferran a lazos emocionales maltratantes por miedo y para evitar uno mayor. Lo anterior puede verse en los casos de maltrato en el hogar, cuando es mayor el temor que produce la sanción social, el desamparo económico o los efectos sobre los hijos, que el maltrato en sí mismo. Así, ante situaciones reales de maltrato y de violencia, el miedo a la separación conyugal significa el terror ante la pérdida de un organismo de protección como la vida en pareja, que se considera importante para la convivencia. La gente tampoco denuncia los peligros exteriores, bien sea por miedo, o bien por el concepto de la inevitabilidad de la violencia;

para que «no me vean como sapo» y «así me evito problemas», o «no es mi problema», según expresiones corrientes. No obstante, también es cierto que en las personas del estudio, el miedo es una señal de alerta. Esto hace que un 63% de los entrevistados se califique como desconfiado y precavido. Es interesante recordar que el estudio encontró una asociación positiva entre el maltrato sufrido en el hogar de origen y el estado de ánimo de frecuente tristeza y nerviosismo. La falta de confianza, sin embargo, es mucho más vasta. Las personas se autocalifican como desconfiadas y precavidas aunque sin tener experiencias anteriores que los lleven a ser así. Debido a experiencias reales o posibles, el peligro produce una señal de alerta; se rehuye ahora no sólo éste, sino también el miedo mismo, que se considera insoportable. No de otra forma pueden entenderse el comportamiento pasivo y la manera intencional como se evita el contacto con los vecinos.

Ante la violencia o el maltrato, el miedo puede alentar una respuesta opuesta, de contrafobia, es decir, la huida hacia adelante, la búsqueda del peligro temido y el uso de la agresión que se evita sufrir. De allí que, en circunstancias diversas, el miedo mismo sea una fuente de agresión, tanto como puede ser un medio para frenarla, obstaculizarla o atenuarla. Otras veces, el miedo se expresa frente al más débil y pone de manifiesto la agresión del que no se atreve a enfrentar al más fuerte. Con el coraje de la desesperación, las agresiones se reprimen hasta que se descubre el objeto apropiado para descargarlas sin peligro.

En los relatos, el miedo sobresale asociado a la agresión. Los elementos sociológicos relevantes son el desdibujamiento y la confusión de las reglas y los soportes de la vida social Estos elementos se retroalimentan, de manera que la incertidumbre sobre la aplicación de normas de comportamiento social y sobre la acción de las instituciones de protección del individuo, en fin, la ambigüedad de las reglas sociales reafirma el miedo, conocido desde la casa, lo que a su vez conlleva al desconocimiento de la norma

El miedo es la percepción de un peligro interno o externo, bien sea real, supuesto o anticipado; es una emoción primaria, una señal de

alarma que predispone a la huida, a la defensa o al ataque. En la situación de las personas del estudio, un nivel de agresión se dirige hacia el interior de la persona y se expresa en sentimientos de tristeza o nerviosismo. Como se había afirmado atrás, el 67% de las personas entrevistadas se siente frecuentemente triste o nervioso. Si bien los motivos inmediatos para tal estado de ánimo fueron la situación económica y la enfermedad propia o de la familia, llama la atención la relación estadísticamente significativa entre el estado de ánimo y el hecho de haber sido maltratado en el hogar de origen (chi cuadrado = 9.5 P= 0,002). Existen varios factores que, bien sea individualmente, o bien en conjunto, podrían explicar el fenómeno que acabamos de reseñar. Según Melanie Klein, el miedo primario es la reacción casi instintiva ante el peligro de la autodestrucción. La proyección de la agresión propia, generadora del miedo hacia el exterior, es el primer intento para dominarlo (Klein, 1952). A su vez, una expresión del miedo es la depresión, cuando éste, en tanto manifestación de la agresión, no se vierte al exterior, sino sobre sí mismo.

Un modelo alterno para explicar ciertos aspectos de la depresión fue formulado a partir de observaciones realizadas durante experimentaciones con animales. En ellas fue posible constatar que aquellos animales expuestos en forma repetida a choques eléctricos de los que no podían escapar, eventualmente se daban por vencidos y no realizaban ningún intento por evitar choques futuros; en otras palabras, aprendían la desesperanza. Un modelo similar de este sentimiento se ha observado en aquellas personas que sufren de depresión.

Por otro lado, la ansiedad se entiende como una señal de alerta acerca de un peligro inminente que capacita a la persona para que tome las medidas necesarias con el fin de enfrentar el peligro. Es una respuesta ante una amenaza desconocida, interna, vaga o conflictiva en su origen. El miedo, por su parte, es una señal de alerta similar, pero ocurre en respuesta a una amenaza que es conocida, externa, definida y no conflictiva en su origen. No podríamos afirmar que aquellas personas del estudio que manifestaron sentirse tristes o ansiosas con frecuencia presentaran ni-

veles de ansiedad y/o de depresión lo suficientemente importantes como para constituir trastornos ansiosos o depresivos. Sin embargo, fue posible establecer que tenían numerosos factores de riesgo para aumentar la probabilidad de presentar transtornos de este tipo: residir en la ciudad, lo cual genera un gran número de acontecimientos vitales negativos y de peligro; contar con un soporte social pobre y con una relación deficiente entre los miembros de la comunidad. Las personas entrevistadas pertenecen a la clase económica baja, lo cual implica que se ven forzadas a emplear gran parte de su energía, de sus recursos, de sus defensas psicológicas y de sus mecanismos de enfrentamiento, a la subsistencia diaria, pues se debe hacer acopio de gran cantidad de energías y de recursos para satisfacer las importantes demandas del mundo externo, lo que obliga a mantener un balance crítico interno y externo. Cuando las demandas sobrepasan la capacidad de adaptación, aparecen manifestaciones tales como las descritas por estas personas: tristeza y nerviosismo. No obstante, al mismo tiempo aprenden a enfrentar con mayores recursos emocioneales las situaciones de crisis.

El bombardeo de los medios de comunicación con noticias acerca de la situación de violencia tiene sus consecuencias en la población general, pero en especial en las personas ansiosas, pues ellas presentan una selectividad en su capacidad de atención: son aptas para seleccionar ciertas situaciones en su ambiente y pasan por alto otras, en un esfuerzo por probar que es adecuado considerar una situación dada como amenazante y responder de acuerdo con ello.

Resulta evidente que existe una situación ambigua con respecto a la nomenclatura de los estados emocionales. Es por esto que es necesario aclarar lo que se entiende por miedo, nerviosismo, temor y ansiedad. El cerebro ha desarrollado evolutivamente un sistema de alarma destinado a detectar la presencia de amenazas y desencadenar una serie de cambios cognitivos, motores y vegetativos, encaminados a facilitar una adaptación inmediata del organismo a través de tres alternativas: inmovilidad, lucha o ataque, y huida o escape. Este sistema se activa cuando hay un estímulo amenazante y es

acompañado por una sensación displacentera conocida como miedo.

En otro sentido, el desarrollo cognoscitivo del ser humano hace que la detección de amenazas sea un proceso basado en guiones sutiles que incluso se presentan con anterioridad al peligro. Pese a tal capacidad de anticipación y minuciosidad, la reacción emocional adaptativa sigue siendo el miedo.

Este sistema de alarma en ocasiones funciona inadecuadamente, lo cual produce dificultades para la adaptación inmediata o de largo plazo. Una de estas disfunciones ocurre cuando la actividad del sistema es exagerada, lo cual genera diferentes tipos de activación espontánea prolongada o desproporcionalmente intensa, de guiones inadecuados generalizados, ambiguos y autogenerados. En tales casos se produce una emoción anómala (por ser desadaptativa) que se denomina ansiedad. Aunque es anómala, esta emoción no indica necesariamente psicopatología, pues esto último sólo ocurre cuando su aparición es repetitiva y está acompañada de otras perturbaciones conductuales que deterioran la capacidad adaptativa global y a largo plazo del individuo. Lo anterior quiere decir que la alta presencia de nerviosismo y de miedo entre los entrevistados no significa psicopatología, sino una respuesta emocional anómala ante experiencias vitales, individuales y grupales más amplias, que muestran puntos críticos de la vida social colombiana.

Un hecho llamativo es la forma como la gente reconoce ampliamente la violencia externa, esto es, cuando son víctimas, pero no cuando agreden, lo cual puede explicarse porque nuestra protección contra peligros exteriores está más desarrollada que la que se opone a peligros interiores. Los agresivos son siempre los otros, y sólo aceptamos ser agresivos porque somos obligados por los demás a defendernos.

Desde el punto de vista psicocultural puede afirmarse que la incertidumbre en los recursos del individuo, bien para ejercer su propia autoridad, bien para conocer de antemano la respuesta de los otros, o bien para contar con los agentes que en un momento deben

ejercerla, lo llevan a menudo a la anticipación agresiva. Este conjunto de reacciones situacionales puede entenderse como mecanismos adaptativos de defensa psicológica, que brindan al miedo, en tanto emoción básica, culturalmente moldeada, un papel importante como respuesta adaptativa ante actos agresivos. Los individuos evitan, atacan o enfrentan el acto violento por el miedo.

Mediadores y mediaciones

Ciertos mecanismos materiales o simbólicos, ritualizados o no, suelen presentarse en las interacciones conflictivas. Su función es la de ser mediadores y tienen un efecto de descarga o desviación de la agresión, que se dirige así hacia terceros o hacia agentes externos.

Los rituales son conocidos en la antropología por su función de descarga, culturalmente delimitada de la agresión. Los «rituales de rebelión», estudiados principalmente en sociedades africanas (Gluckman, 1954), o las muy diversas formas de agresión ritualizada presentes en las sociedades humanas y no humanas (Lorenz, 1978), muestran la importancia general de las mediaciones en el manejo de los conflictos.

En este sentido, valdría la pena preguntar cuáles son los mecanismos de mediación en las dinámicas agresivas estudiadas. Nuestra investigación encontró que la intervención de terceras personas es relativamente baja. Como se había dicho, sólo en un poco menos de la mitad de los casos de conflictos familiares alguien intervino y, lo que es peor, en un 9% de los casos esta intervención ocurrió para aumentar el castigo.

La relación padres-hijos apareció con frecuencia atravesada por los conflictos de la pareja y se registraron desplazamientos de la agresión hacia los hijos. Al intervenir en los conflictos, los hijos ocasionalmente evitan el maltrato entre los cónyuges, pero con mucha frecuencia se convierten en víctimas de esa dinámica. El desplazamiento de la agresión obra más a menudo como fuente de agresión de los más débiles:

«Sí, sí; no más porque ellos peleaban (los padres) entonces yo era la que pagaba las consecuencias de las discusiones de ellos (...) ellos discutían y mamá salía y nos dejaba, y entonces papá llegaba a la casa y me daba con una correa y eso donde quiera que me daba cada fuetazo era para reventarme. El, de pronto, a veces, me cogía y me decía: «Edilia, vaya alcánceme los cubiertos» y después de que se los alcanzaba él me los tiraba por la cara».

«Otra vez que máma me iba a pegar y me fui y me interné en el monte; ella se fue a buscarme, ha sentía cerca de mí, pero yo estaba metida entre unas matas y yo no le contestaba. Ya cuando era de noche, fui entonces al patio (de mi casa) y en el patio de la casa había una piedra y por debajo tenía un hueco y me metí debajo del hueco y allá me estuve un rato. Entonces mi mamá se paró encima de la piedra y era llámeme y llámeme. Y yo allá metida, porque a mí sí me daba miedo que ella me iba a pegar y como ella me castigaba tan duro... (y entonces)... salí y yo me cogí del rejo y ella me cogió y me mandó contra el piso y cuando me levanté del piso ya tenía la cara negra. Y después se puso a colocarme paños de agua de sal en la cara y me dijo que no le fuera a decir a papá. Ellos Peleaban mucho y yo pagaba».

En este relato, la hija se convierte en blanco de agresiones desplazadas, fruto del conflicto conyugal. Utiliza la huida para evitar el maltrato, pero fracasa. Sólo de vez en cuando la intervención de terceros evitó el maltrato: «Mi mamá me pegaba mucho», continúa la misma relatora. «Me pegaba con unos rejos con que se amarraban los caballos. Una vez me iba a colgar con una coyunda a un palo de durazno y si no es porque llegó un amigo de ella, me hubiera colgado.»

José D. relata que el padre golpeaba a la madre cuando llegaba borracho. Explica que él no intervenía porque «¡se mandaba una fuerza!, y si nos metíamos nos pegaba, ¡así que callados! Hoy en día es a otro precio, porque nos hemos crecido». El entrevistado relata

que su madre justificaba la violencia del padre «pues ella dice que soportó todo por nosotros». En esta entrevista se aprecia cómo la autoridad paterna no es reconocida y es uno de los pocos que diferencia entre respeto y miedo: «es que él no demostraba respeto sino miedo; yo nunca, a ese tipo, le cogí respeto ni nada, sino que le cogí fue miedo, temor». Para el encuestado, la autoridad sólo se reconoce por el respeto que se merezca, «siendo estricto, comprensivo, sincero, cariñoso o con amor... Porque en la casa se demuestra el respeto, no implantando el miedo o que le tengan miedo».

La baja intervención de terceros probablemente tiene que ver con la idea de intimidad en el hogar y con el pretendido derecho de los padres sobre los hijos, así como el del esposo sobre la esposa: «la gente se daba cuenta de que me ultrajaba (el esposo), pero no intervenía», es un relato frecuente. No obstante, esta baja intervención de terceros llama también la atención como reflejo de interacciones interpersonales marcadas por el aislamiento. Por ejemplo, entre los de fuera de Bogotá (62%), sólo el 22% realiza actividades con paisanos. En el mismo sentido, para un 64% son inexistentes las actividades con los vecinos y sólo se encuentran con ellos de manera muy ocasional. Incluso, un 70% no participa en ninguna actividad de grupo en el barrio.

Podría pensarse que lo anterior es un efecto de la concentración urbana, que conlleva relaciones impersonales y anónimas. Pero en los relatos de las personas de origen rural, aparece también el aislamiento y la poca intervención de terceros, incluso acentuados por las distancias físicas entre las viviendas y por otros códigos campesi¬nos, a diferencia de lo sugerido por Lucy Wartemberg para Boyacá (en Defossez, 1992).

La escasez de agentes personales e impersonales que sirvan de mediación en los conflictos, la alta movilidad espacial de los entrevistados, el anonimato citadino y un acentuado individualismo parecen confluir en esta forma de vida social. El individualismo también está ampliamente presente en la sociedad campesina, caracterizada por unidades familiares relativamente autosuficientes. En la medida

en que las redes de soporte social y las estructuras de mediación, simbólicas y materiales, son débiles, las interacciones y la cohesión del grupo familiar descansan sobre las necesidades apremiantes de supervivencia. Las carencias y las dificultades económicas, la tensión alrededor de la lucha por sobrevivir, con su sobrecarga emocional manifiesta en angustia y tristeza, absorben la mayoría de las energías y del tiempo de la familia y de su relación con la ciudad. Esta debilidad de intermediación institucional en los conflictos, junto con la impunidad ante el delito, incide en la resolución violenta de los conflictos interpersonales.

Si bien es cierto que la enorme cantidad de eventos en la ciudad moderna conduce a que diariamente asumamos una multiplicidad de papeles dentro y fuera del espacio del hogar, en ese punto de encuentro entre la casa y la calle es en donde vislumbramos las «relaciones de vecindario». Estas tienen lugar en un escenario ambiental particular y se orientan por los conjuntos cognitivos que guían el comportamiento de los individuos. Sin embargo, es evidente que en los casos estudiados el conjunto ambiental y cognitivo de los individuos no ofrece las condiciones para que este tipo de relaciones tomen cuerpo.

Llama la atención que, además del significativo porcentaje de entrevistados que manifestó no compartir ninguna actividad con sus vecinos, también éstos expresan de una manera aprehensiva que rehuyen todo contacto con ellos para evitar «meterse en problemas». El rol de vecino, que en algunos barrios populares es un elemento importante de socialización, es débil entre los entrevistados, lo cual hace difícil que se establezcan relaciones duraderas con los individuos más próximos.

A pesar de que según Augé (1993) una de las características de la modernidad es la de ser un mundo para la individualidad solitaria, en los entrevistados ésta parece ser la expresión del miedo al otro: «...yo con los vecinos no me trato porque hay personas que no dialogan con uno, aunque se trate». En cierta ocasión, por un problema entre niños «les hice el reclamo y me cogieron a mí, su merced, a golpes entre varios; todos eran de la cuadra y se puso el denuncio y

nos los echamos a todos de enemigos; con ninguno nos hablamos, todos los vecinos estamos con problemas con ellos. Por eso, cada uno en sus casas», dijo María del Carmen.

También es este el caso, aunque invertido, de aquellas personas que afirmaron convivir con delincuentes, pues allí se ha establecido un código social secreto de silencio frente a estos individuos, a partir de la atemorización de los vecinos mediante actos de violencia. Nadie piensa en recurrir a la policía. No se los denuncia solamente por el temor a una posible retaliación de su parte, sino también porque no se encuentran canales institucionales que protejan y brinden apoyo en estos casos. La convivencia con delincuentes no significa que su conducta sea aprobada, pues el sólo hecho de mencionarlo como un factor intranquilizador en sus vidas se constituye en una denuncia y una condena. Las personas tratan de no entrometerse en la vida del otro desde el espacio anónimo de la propia casa: «Yo por lo menos al pie (al lado), veo muchas cosas. Ve uno que traen lazos, chazos, entran bastantes cosas como equipos, ese es como un sitio de reducidores y entonces compran y traen un taxi o llevan todo eso en una camioneta y también a media noche, ahí golpean y si uno dice algo, pues ahí las tiene...»

Según Hannerz (1986), el papel del vecino en la ciudad occidental moderna tiene como escenario lo que él clasifica como el dominio o ámbito de la vecindad. En él, los individuos tienen conciencia de la presencia recurrente de unos y otros en el espacio, y de la relación particular que tienen con él. Probablemente extienden este reconocimiento fuera del dominio compartido cuando se encuentran en otros espacios, lo que hace de esta relación una muy diferente a la que existe entre desconocidos (ibíd). Entre los entrevistados existe la conciencia de esa presencia recurrente de las personas que ocupan el entorno, pero el reconocimiento mutuo se evita y se rehuye. Por efecto de la desconfianza, la prevención y el miedo a la violencia, las relaciones en este espacio (el barrio) se han transformado en el tipo de interacciones o encuentros propios de los «no lugares»: un espacio que no puede definirse ni como de identidad, ni como

relacional, ni como histórico (Augé, 1993), un espacio en donde lo propio es la interacción entre extraños.

Por supuesto que las relaciones interpersonales en la ciudad moderna se alteran por el grado de exposición mutua de la gente y se ven afectadas por la diversidad de escenarios que acompañan a la diferenciación de los dominios (doméstico, de parentesco, de aprovisionamiento, de recreación, de tránsito), por la naturaleza de los barrios, por las formas de obtención de las oportunidades de trabajo y por las características de la personalidad (Hannerz, cit). Sin embargo, se puede plantear una relación entre la precariedad de las relaciones de vecindario, la prevención y desconfianza de la gente, con las experiencias sobre la indefensión frente a diferentes formas de violencia callejera.

Contextos urbanos: aislamiento y anonimato

Las personas del estudio argumentaron con frecuencia que es preciso evitar las habladurías o los chismes, pero sobre todo las interacciones personales, pues pueden desembocar en conflictos, de desarrollo impredecible. Esto sugiere que se distinguen cognitivamente la violencia instrumental y la más amplia, pues ésta puede surgir de las relaciones interpersonales. La primera es, en cierto sentido, inevitable; hace parte de la vida en sociedad, por lo menos en la colombiana, aunque incluso se piensa que es propia de todas las sociedades, y por ello la violencia no es tan importante para desear residir en otra ciudad o en otro país. La impunidad y el comportamiento de la policía refuerzan el pesimismo sobre el control de la violencia delincuencial y hace a las personas temerosas hacia las instituciones policiales, pero dentro de un concepto de gran fatalidad. De manera simultánea, se establece una relación conceptual sobre el carácter personal de las relaciones entre actores sociales y las interacciones violentas. De esta manera, si se elude entrar en relaciones personales por fuera de la familia, es posible prevenir o evitar la violencia. Si la persona no se inmiscuye en asuntos de otros, evita un conflicto potencial y tal vez

sus consecuencias violentas. Cobra fuerza cierto sentido del individualismo, del anonimato y del aislamiento en el núcleo familiar, que si bien son característicos de la vida propiamente urbana, se encuentran más acentuados en nuestras condiciones. Aquí parecen confluir los rasgos sociales de la vida citadina en general con aquellos elementos culturales y psicológicos propios de un sector popular en Colombia. En ese sentido, este individualismo es la síntesis de lo impredecible de las relaciones con el otro y de la ambigüedad de las normas y del manejo del control social.

En este contexto, el anonimato es más un pacto simbólico de no agresión, expreso en el deseo mutuo de permanecer oculto, de situarse en el limbo del «ni yo te conozco, ni tú me conoces», para así evitar problemas. Este anonimato también proporciona libertad a aquellos individuos que quieren pasar desapercibidos y que, por lo mismo, encuentran un refugio en este modo de vida. Las interacciones de un individuo que permanece no identificado implican, en un sentido, un bajo grado de presión para él (Hannerz, cit); sin embargo, este anonimato no es un fenómeno absoluto, no sólo porque la vida social consta de situaciones en donde la gente participa de diferentes formas (ibíd), sino porque, en los casos estudiados, no se fundamenta principalmente en el desconocimiento real de la identidad de quienes le rodean, sino en la elusión de su contacto personalizado. Otros factores que refuerzan esta forma de relación son la movilidad residencial de los entrevistados y un elevado índice de personas cuyo origen no es bogotano. Resulta pues evidente que en este contexto sea difícil construir tradiciones comunitarias y medios informales de control social. Podría quizás pensarse que las personas se encuen¬tran aisladas en el barrio, pero que conservan vínculos solidarios fuera de éste, tales como los de paisanaje. Sin embargo, pocos mantienen contactos con paisanos o con grandes parentelas. En ese sentido, las relaciones en los campos del dominio público son limitadas, lo que es evidente tanto en las relaciones de vecindario, como en la precariedad de las actividades recreativas en espacios Públicos.

El aislamiento es generalmente un estado temporal, antes de formar nuevas relaciones o después de deshacer una antigua red. No obstante, ésta es una condición persistente en el sector de estudio. El contraste entre la cercanía física y el alejamiento social aumenta la reserva y produce soledad, a menos de que el individuo pueda encontrar desahogos sociales más específicos (Hannerz, cit), tales como los vínculos solidarios en el trabajo, entre los paisanos, entre grupos de aficionados, etcétera.

Interacciones violentas

La reinterpretación de la estructura de la acción social realizada en las últimas décadas ha puesto énfasis en la construcción cultural de la irrealidad. Esto significa comprender el comportamiento humano como interpretado y dirigido en términos culturales, que no son transparentes, objetivos e incontrovertidos (Barth, eit por: Kuper, 1992:21-24). Es posible así distinguir dos aspectos del comportamiento: uno referí- do a su apariencia, a hechos observables que pueden reducirse a datos mensurables y que algunos analistas han llamado 'eventos'; y otro que hace referencia al significado, a la intencionalidad y a la interpretación del comportamiento para los actores, quienes tienen conjuntos particulares de creencias y de experiencias denominados 'actos' o 'escenarios' cognitivos. Las conexiones de estos últimos pueden remontarse a sus propósitos o dirigirse hacia su interpretación[10]. Los actos no tienen sólo un fin instrumental en el sentido estrecho, sino que también son expresiones de la orientación individual y la cultural, de la condición y de la posición social de los actores. Este enfoque sobre la comprensión de la acción social tiene como efecto subrayar los procesos interactivos, donde los patrones son un resultado y donde pueden aflorar las incongruencias en el sistema. Sobre todo, dice Barth, sugiere una conexión problemática entre las consecuencias

10. Una aplicación de este enfoque, respecto a las agresiones callejeras inglesas, se encuentra en Gibbs (1986); otra elaboración, respecto a la relación entre el carnaval brasileño y las riñas y agresiones que allí se suscitan, puede consultarse en Linger (1992).

objetivas de los eventos y la interpretación de sus significados. El consenso social es entonces el factor principal para modelar el conocimiento y los conceptos (Barth, cit).

En ese sentido, la violencia, así como otras formas de interacción humana, puede entenderse como la unidad de situaciones constituidas por una serie de eventos observables y por los marcos culturales cognitivos, que le asignan un significado y unas motivaciones específicas para los actores sociales. Así, la interacción violenta se forja en la confluencia de conjuntos ambientales, es decir, de estructuras circunstanciales que ofrecen o guían la oportunidad de interacción violenta y de conjuntos cognitivos, culturalmente elaborados y con expresiones psicológicas particulares. Estos elementos hacen parte de dinámicas situacionales, históricas y culturales más vastas, con relaciones no evidentes, que estructuran las dinámicas circunstanciales y los conjuntos de códigos perceptivos o cognitivos.

Es posible afirmar que, en esta perspectiva, los factores socioestructurales no monopolizan el poder explicativo de las interacciones violentas, bien sea como carencias, o bien como desequilibrios en el acceso a recursos materiales, al poder o al prestigio (Nelson y Olin, 1979)[11]. Tampoco la conformación psicológica de los individuos o de sus líderes, o la crisis de mentalidades, o las perturbaciones perceptivas inmediatas, son explicaciones satisfactorias. Así «mismo, los conflictos agresivos no pueden reducirse a los análisis situacionales, en el sentido de entender las acciones violentas como una función de la situación inmediata de crisis[12]. Se trata más bien de comprender las conexiones internas entre las circunstancias y sus dinámicas mediatas, y entenderlas en relación con los modelos culturales del grupo estudiado, como conjuntos compartidos de significados, que a su vez son producto de estructuras históricas par-

11. En *Why War?, Theory and History (*1979), los autores revisan las principales teorías sobre la guerra y su relación con los sistemas ideológicos occidentales: el radicalismo, el liberalismo y el conservatismo.
12. Respecto a críticas de teorías situacionales sobre la violencia, véase Nelson y Olin, op. cit.

ticulares. Más que la violencia como entidad abstracta, se busca comprender las violencias en lo que tienen de específico y particular, así como sus aspectos generales en una sociedad dada En este enfoque se parte de la identificación de los atributos distintivos de formas particulares de violencia y de los contextos circunstanciales materiales, cognitivos y emocionales a los cuales se asocian, para luego buscar rasgos comunes entre ellos y los marcos cognitivos amplios que los estructuran. No se trata de reducir la violencia a las múltiples formas de su ocurrencia en un particularismo estrecho, pero sí de evitar disolverla en esencias transhistóricas; interesan tanto las circunstancias, como las interpretaciones sobre las mismas y el encadenamiento de relaciones y dinámicas en planos diferentes de la cultura y de la historia. En ese sentido, no se encuentra «la violencia», sino las interacciones, las situaciones, las condiciones de violencia. Estas interacciones son más una transacción peculiar culturalmente modelada y no tanto una consecuencia de características individuales perturbadas o enfermizas. Dependen de los marcos cognitivos, de los contextos en los cuales tienen lugar y del sentido que adquieran para sus protagonistas (Gibbs, 1986).

Investigaciones como las de Gibbs señalan que, en general, las interacciones violentas tienen una naturaleza secuencial y progresiva. La autoimagen juega en ellas un papel de importancia. Sin embargo, en ciertas situaciones, la persona reacciona con violencia; en otras, se inhibe frente a lesiones en su autoimagen y las permite o las acepta. Se ha encontrado que, de acuerdo con las combinaciones que pueden establecerse entre las situaciones de violencia así como entre las personas que intervienen en ellas, dichas situaciones de violencia están desigualmente distribuidas, de manera que alrededor de algunas de ellas se genera más violencia. Es posible entrar en situaciones que desembocan en actos de agresión por razones muy diversas, tales como mantener la autoimagen o por lograr la cohesión y el reconocimiento del grupo. En esas circunstancias, las conductas asociadas se pueden describir como secuencias escalonadas de movimientos y contramovimientos de los protagonistas.

Existen también escenarios o 'arenas' más propicios, tales como los bares ingleses (Gibbs, 1986), los festejos ritualizados como el carnaval (Linger, 1992) o los rituales llamados 'de rebelión' (Gluckman, 1954). En algunos escenarios se reacciona para castigar la ruptura de una regla de interacción social, acto que se considera lesivo para otro, quien trata de «salvar la cara». Así, existe un incremento de respuestas violentas ante las humillaciones, los insultos y los desafíos. Por lo general, son particularmente sensibles las transacciones e interacciones donde se afecta el control social, dando oportunidad al conflicto, que a su vez puede desembocar en violencia (Gibbs, at).

Al ejercicio de la autoridad (materna, paterna, institucional) le es inherente el manejo del control social. ¿Por qué razones éste es resuelto recurriendo a la violencia? En el seno de los hogares aquí estudiados, alrededor de los sistemas de control social interno, se encuentran puntos críticos, áreas sensibles propicias a las interacciones violentas, como puede observarse en la importancia otorgada por los entrevistados a la desobediencia y al incumplimiento de labores asignadas (domésticas, de estudio, etcétera); también es clara la prebenda de maltratos asociados a amistades prohibidas, a la infidelidad o a los celos, en el caso de las parejas. Allí se encuentra el escenario material, en donde la percepción de la ruptura de reglas de interacción cobija una amplia gama de comportamientos de hijos y cónyuges que se agrupan alrededor de la desobediencia, del control del tiempo o del sexo. El conjunto perceptivo cobija una variedad de acciones y de reacciones en el seno del hogar, pero tiende a nuclearse en formas de control, de mantenimiento del control y de la cohesión interna del grupo.

Es interesante que dentro de las causas atribuidas para el maltrato, a diferencia de lo narrado como hechos ocasionantes de maltrato, los entrevistados le asignen un papel no desdeñable a la ignorancia y a la «envidia» del maltratante y, en cambio, muy poco al hecho de no ser hijo de éste. La envidia describe un sentimiento por medio del cual la persona agredida siente que sus valores intrínsecos despiertan rabia en el otro. Para la psiquiatría, el agresor

se siente interiormente empobrecido en sus propias realizaciones y gratificaciones y, al devaluar al otro, coloca en él sus propios sentimientos de minusvalía.

La concepción popular que se expresa cuando un quinto de los maltratados encuentra en la ignorancia y en la envidia las causas últimas para el maltrato sufrido en su primer hogar, coincide de cierta manera con la interpretación académica. En ambos, la rabia frente a otro, quien tiene algo que no posee el envidioso, está en la base de algunas agresiones. De hecho, la rabia es parte de un proceso psicológico en el cual, a partir de un evento material aversivo, bien sea intencional o no, bien dirigido o no contra el sujeto irritado, se evocan redes de asociaciones básicas emocionales y códigos aprendidos, en los cuales la agresión puede tomar fuerza y desembocar en agresión emocional (Berkowítz, 1994).

Autoridad y códigos culturales

Los códigos culturales tienen una gran importancia en la definición del proceso, en el sentido de optar por la vía de la rabia-agresión o la de escape-miedo; por ejemplo, en la legitimación social de ciertos comportamientos o en la aceptación de otros como naturales o, al contrario, en la inhibición de la agresión. La teoría psicológica enfatiza que una mayor profundización en el procesamiento de las emociones y la atención que la persona preste a los patrones guía del comportamiento, puede llevar a frenar una tendencia de rabia rudimentaria (ibíd). Es también posible pensar que son igualmente importantes las significaciones y los códigos culturalmente construidos, presentes en los aprendizajes individuales.

Las acciones en el hogar tienen como área especialmente sensible de conflicto y violencia los eventos relacionados con el control social y con el mantenimiento de la cohesión de grupo. Esto lleva a pensar que la dificultad no está propiamente en las situaciones, sino en ciertos núcleos culturales y en las condiciones sociales que los estructuran como áreas de tensión y de conflicto.

Un elemento indicativo está presente en los relatos de las dinámicas circunstanciales de violencia hogareña. La percepción de la ruptura que incita al recurso de la violencia por parte de los padres o del cónyuge, va con frecuencia más allá de los comportamientos mismos y muchas veces los antecede. Y no sólo los antecede, sino que no guarda relación con la dimensión de la falta, y a menudo tampoco es consistente en la reacción frente al mismo suceso.

La intencionalidad manifiesta por los actores sociales es la corrección de un comportamiento desviado o indeseable, real o posible, así como la obtención y, sobre todo, el mantenimiento del respeto de los hijos y del cónyuge El respeto vincula al maltratante con el maltratado a través de una noción ambivalente de amor y miedo. Por tanto, es la piedra angular del ejercicio de la autoridad y del marco cognitivo del grupo estudiado.

El concepto de autoridad que se forja, sobreenfatiza, realza ciertos aspectos inherentes a la autoridad misma, entendida como el ejercicio del control social. La enseñanza de patrones de conducta y de interpretación de la acción social se enfoca así, principalmente, a lo punitivo. Esta forma de autoridad, demasiado rígida e insegura, busca afanosamente mantenerse como tal dentro del grupo familiar; evita, con gran celo de sí misma, ser «irrespetada» o desacatada, y se ejerce entonces de manera impredecible, proclive al uso de la violencia ante interacciones inmediatas o eventuales y ante rupturas efectivas o posibles. En ese sentido, su dinámica situacional, la escalada de acciones y reacciones, está envuelta y supeditada a una más amplia, no inmediatista ni meramente circunstancial.

El mundo fuera del hogar, la sociedad colombiana más amplia, tiene también su piedra angular en el ejercicio de la autoridad en forma impredecible. Esta forma de ejercicio de la autoridad, vertical y confusa, «se legitima sobre la base de un orden anterior, existente desde siempre» (Weber, cit por: Harker, 1973: 371). Pero, «sólo la introyección de los preceptos, eleva al poder, conquistado frecuentemente por la violencia, a la categoría de autoridad reconocida, obedecida sin necesidad de presiones exteriores» (ibíd).

El concepto de autoridad se asocia a la noción de respeto, que tiene un doble sentido. Como concepto émico, es decir, el de los entrevistados mismos, engloba y condensa el conjunto ambiental, las dinámicas circunstanciales y los códigos cognitivos. Desde el punto de vista del análisis externo, la noción de respeto legitima las prácticas violentas. A otro nivel, el respeto, en tanto justificación, puede entenderse como una representación adaptativa de carácter cultural y psicológico. Responde así a la cultura como conjunto compartido de representaciones colectivas, pero también a los mecanismos psicológicos del individuo para enfrentar la angustia y el sufrimiento generados por la violencia.

La búsqueda de la corrección y del respeto son centrales en el sistema cultural específico de la autoridad arbitraria; están presentes en las dinámicas interactivas y estructuran los códigos de comportamiento en el hogar. Lo crítico de esta forma de interacción para la vida social es que a largo plazo no se puede imponer ningún precepto que no sea admitido por convicción, por consentimiento; para ello es preciso que exista una legitimación suficiente de la autoridad. «Sólo la exigencia conceptuada como algo justo, es objeto de introyección, de incorporación, de ritualización y de obediencia automática» (Harker, cit: 408).

IV. AUTORIDAD Y ARBITRARIEDAD: EVENTOS Y REPRESENTACIONES

«Es que con el mayor [hijo] lo castigué tanto...;
él era tan dañino, yo creo que llamaba la atención
porque yo por nada lo castigaba, a mí me enervaba
Yo lo rechazaba, me enervaba, me daba mucha ira
con él. Yo digo que mi Dios me controló mucho
ahora. Me pongo igual, pero no lo castigo como
antes. Él me sacaba como esa herida...»
«A mí me impresiona mucho las bombas,
mucha matanza y pienso en mis hijos... Eso sí
me da terror en tanta violencia, ver las matanzas
por nada..., por ejemplo qué día, en el programa
ese, [T.V.] que esas minas le explotaron a un niño
y le quitaron las piernitas... me parece terror, ¿qué
tenía que ver ese muchachito?...»
ANA LUCÍA

La violencia como transacción

El estudio de los fenómenos humanos más próximos a nosotros mismos requiere de un esfuerzo especial. Se trata de «volver extraño lo familiar», al decir de R. DaMatta (1993), de manera que se iluminen aquellos aspectos que, a fuerza de ser familiares, resultan ser los más oscuros. Éste es el caso de la violencia en Colombia, reducida de manera reiterada a lugares comunes y a determinismos biológicos, históricos, económicos, políticos o psiquiátricos.

En contraste, inspirados en Gregory Bateson (1991), podemos entender la violencia en general y las violencias colombianas en particular, como transacciones específicas entre el individuo y su ambiente material y humano. No obedece así a características del individuo, a su idiosincrasia particular, o a la sociedad como categoría genérica, sino a una interrelación particular, que acontece entre el individuo o los individuos y otra persona o personas, en ciertas condiciones de la sociedad (Bateson, 1991; 328-329). En esta transacción, el conjunto de códigos aprendidos, de marcos cognitivos y de valoraciones emocionales, se pone en marcha frente a ciertas situaciones, articuladas al tejido general de relaciones de la sociedad en la cual ocurren. Como en la mayoría de las relaciones humanas, en estas transacciones «el torrente de los acontecimientos está por lo común puntuado en contextos de aprendizaje» (ibíd). Existe un proceso tácito entre las personas respecto de la relación que media entre ellas. Ciertos elementos obran como marcadores de contexto, es decir, como indicadores sobre la clase de la situación vivida, y existe un consenso tácito de lo que estos marcadores significan para las partes en juego (ibíd).

El intercambio interpersonal está estructurado por la percepción sobre la secuencia, entendida como una serie de contextos encadenados en donde la forma particular en que cada persona logra estructurarla está determinada por sus aprendizajes previos. Ciertas señales aprendidas sirven para clasificar los mensajes y metamensajes propios de toda interacción. Estos son los marcadores de contexto, adquiridos y organizados en series jerárquicas de aprendizajes. Por su origen temprano e inconsciente, son autovalidados, de manera que las personas los ponen en acción de forma casi automática. Pero si por un lado la experiencia puede modificar la estructuración aprendida, por otro no son siempre claras las señales de contexto, que pueden ser equívocas o confusas (ibíd), de manera que la interrelación se vuelve compleja, aun sobre aprendizajes culturalmente compartidos.

Al hablar de violencia, en realidad se hace referencia a conjuntos muy diversificados de interacciones entre sujetos sociales igualmente heterogéneos, extraídos de su dinámica material, de sus secuencias de relación, y desprovistos de los contextos de aprendizaje, del conjunto de representaciones en las cuales están anclados. Una forma de asignar significado a esa denominación genérica consiste en desafiar la estructura formal de la secuencia en la que pudo haberse aprendido el hábito de actuar en ciertos contextos y la forma de «configurar y percibir los contextos en los que actúo» (ibíd: 334). Así, no sólo interesa la noción de violencia que tienen las personas estudiadas, la representación13 común que de ella tiene un sector social urbano, sino principalmente, la manera como se relacionan la noción general con las señales, especialmente aquellas convertidas en conceptos o

13. Por 'representación' se entiende «una manera de interpretar y pensar nuestra realidad cotidiana, una forma de conocimiento social». Esa noción se sitúa en un punto donde se intersectan lo psicológico y lo cultural. «Este conocimiento se constituye a partir de las experiencias propias, y también de las informaciones, conocimientos, y modelos de pensamiento que recibimos y transmitimos a través de la tradición, la educación y la comunicación social.» Es un conocimiento compartido, socialmente elaborado y simultáneamente es un conocimiento práctico (Jodelet, 1984:473).

nociones que sirven para identificar los contextos en los que ocurren interacciones violentas. Estas, a su vez, sirven como referentes para calificar e interpretar las experiencias personales de violencia.

La noción de violencia de los actores sociales estudiados no se adopta como referente cerrado sobre sí mismo, sino como uno de los elementos que conforma el marco cognitivo-emocional amplio que estructura pensamientos y sentimientos, y que es guía de acción. Las ideas, los conceptos organizados como memorias codificadas, con asociaciones emocionales establecidas, son puestos en marcha en ciertas situaciones y ante determinadas circunstancias del ambiente, familiar o externo. Allí, mediante un proceso complejo de evocación y valoración de carácter cognitivo-emocional, sirven para identificar la clase de situación que se enfrenta, evaluarla y organizar las posibles acciones a seguir. En ese sentido, las nociones que operan como marcadores de contexto son modelos para la acción en las relaciones con otros y les otorgan sentido. Se expresan como imágenes culturales, es decir, con significados compartidos socialmente, cuya fuerza como códigos cognitivos reside en su calificación de las relaciones con otros y ofrecen al tiempo una imagen de la sociedad en que se vive.

Existe, por supuesto, una distribución desigual y ciertas variedades individuales de las nociones sobre violencia y de los modelos o guiones que los estructuran, pero al mismo tiempo es posible distinguir los elementos comunes, forjados en la vida social, a los que pueden denominarse como culturales. Estos se encuentran organizados de manera jerárquica, donde ciertos elementos, en este caso ciertas nociones, son claves para la organización del modelo cognitivo sobre la violencia. El concepto de experiencia, en el sentido de situaciones vivenciales autorreferidas, sirvió de punto de enlace entre los hechos de violencia ocurridos a las personas y las nociones con las cuales se organizan y se les da significación, integrándolos en un marco cognitivo-emocional. Las experiencias, convertidas en narrativas personales, sirvieron también como punto de encuentro entre el investi-

gador y los sujetos sociales. A partir de las narrativas, se reinterpretaron las experiencias de los entrevistados y la propia experiencia de investigación, traduciéndola en resultados de conocimiento.

Las experiencias de violencia fueron narradas por un conjunto de personas sin características previas de violencia, bien como agentes o bien como víctimas. A partir de los relatos sobre situaciones y condiciones de interacciones violentas, se propone la interpretación de los marcos psicológicos y culturales que organizan esas experiencias, que las hacen comprensibles, explicables, y que las convierten en guías para la acción, con lo cual se aspira a sobrepasar el reduccionismo en el análisis de la violencia.

Institucionalidad y experiencias de violencia

Como habíamos dicho antes (véase el capítulo 2), los sectores de donde provienen las personas del estudio están identificados con las alcaldías de los barrios Los Mártires y Antonio Nariño, y también tienen alguna influencia de los de Santafé y San Cristobal. Así, podría suponerse con cierto grado de confiabilidad que estas personas son representativas de los estratos económicos bajos de Bogotá y de otras ciudades con características semejantes. Algunos cambios importantes para ellos ocurrieron durante las décadas pasadas: menor cantidad de analfabetos, matrimonios formales, hijos por pareja y prácticas religiosas, así como un mayor número de mujeres empleadas fuera del hogar. Buena parte de las personas del estudio proviene de fuera de Bogotá (62%), y sus principales razones para migrar fueron económicas y de acceso a la educación.

Sobresale la gran movilidad de vivienda dentro de la ciudad y la debilidad de redes de soporte e integración social, el bajo nivel de ingresos y el alto desempleo. De cada cinco personas, cuatro han vivido en varios barrios de la ciudad y casi la mitad carece de vivienda propia. Una tercera parte son trabajadores independientes no profesionales, la mayoría no tiene salario fijo ni tampoco seguridad social en caso de enfermedad o accidentes. Un 80% no alcanzó a concluir la educación media.

Algunos de los barrios donde residen gran parte de las personas entrevistadas pueden ser considerados, de acuerdo con las estadísticas disponibles para la ciudad, como de los más afectados por la violencia citadina. Entre diciembre de 1992 y noviembre de 1993, el número de muertes violentas en Bogotá fue de 8.636, según la Personería Distrital (Segovia, G., 1994). El mayor número de estas muertes correspondió a la zona de Antonio Nariño, con 1.036, seguida cercanamente por la de Los Mártires, con 998. El número de muertes violentas hasta 1993 había aumentado año tras año, independientemente de las acciones institucionales. Según el Instituto de Medicina Legal (ibíd), que lleva el registro tal vez más detallado y confiable, este tipo de muertes hasta 1993 experimentaron un aumento preocupante, que oscila de 5.416 en 1991 a 6.066 en 1992 y 7.144 en 1993, lo cual representa incrementos de 12% y 18%, respectivamente. La participación de estas zonas con respecto al total se ha mantenido en los últimos informes cercana al 10%[14].

En lo que concierne a la violencia en el hogar, las personas del estudio pueden considerarse como bastante representativas de sectores urbanos similares. Una generalización aún mayor podría realizarse con respecto a los resultados relacionados con la violencia fuera del hogar, ya que muestran no tanto la violencia en el sector estudiado, sino prácticamente la magnitud de la violencia callejera de la capital.

Las muertes por homicidio son un indicio de la violencia fuera del hogar. De acuerdo con los datos suministrados por la Personería Distrital de Bogotá, entre 1991 y 1992, el incremento de homicidios fue del 14%, mientras que entre 1992 y 1993 llegó a un 21%, información que no es muy diferente a la suministrada por Medicina Legal. En general, la violencia callejera afecta más directamente al hombre, en tanto que la violencia en el hogar es sufrida mayoritariamente por las mujeres. En efecto, la distribución por sexos muestra una rela-

14. Según la Personería Distrital de Bogotá, para 1994 esta participación fue como sigue: en agosto 9.3%; en septiembre 11.7%; en octubre 7.6% y en noviembre 9.6%. Durante el primer semestre del mismo año la participación fue del 9.6%.

ción aproximada de nueve hombres por cada mujer asesinados en los tres años considerados. Entre las personas estudiadas, el 57% de los hombres ha sido atracado al menos una vez. Esta posiblemente fue una razón para que los hombres entrevistados consideraran los atracos como el hecho de violencia más importante fuera del hogar (18%), seguido de cerca por los atentados y las bombas ocurridos en la segunda mitad de la década de los años ochenta y principios de los noventa (15%). En el caso de las mujeres, el porcentaje de víctimas de atraco fue de un 39%. Para ellas el principal hecho de violencia estuvo referido a la información presentada por los medios de comunicación masiva (18%). Seguramente esto guarda relación con la proporción de mujeres dedicadas al hogar (43%), lo que las coloca en un contacto más permanente con la radio y la televisión. Otra expresión de diferencias por sexo en las experiencias de violencia fuera del hogar es el uso de armas en contra de la persona. La incidencia masculina es manifiestamente superior, en una relación cercana a dos. A nivel general, y posiblemente no sólo en el sector estudiado sino en gran parte de la ciudad, el porcentaje de adultos atracados alcanza el crítico valor de 45%.

Otro aspecto de la violencia en la calle está directamente relacionado con el maltrato sufrido por parte de las autoridades. Nuevamente aquí los hombres son los más afectados: más de la mitad de ellos afirma haber recibido maltrato por parte de las autoridades, representadas principalmente por la policía, el ejército, la policía de tránsito, los profesores o religiosos y los jefes inmediatos. Para el sexo femenino este maltrato sólo alcanzó un 10%. A nivel global, sin embargo, podría afirmarse que una de cada tres personas se ha sentido maltratada de alguna manera por la autoridad.

Como se verá más adelante, la así llamada inseguridad en la ciudad es la expresión inmediata de puntos críticos en la vida cotidiana que entran a reforzar y a hacer parte del modelo cognitivo por medio del cual las personas se relacionan con el ambiente social, tanto privado como público. Un ejemplo de lo anterior es la desconfianza, si se tiene en cuenta que menos de la

cuarta parte de las personas que necesitan ayuda ante la violencia padecida acuden a la policía. La no crediblidad en las instituciones es apenas una expresión reducida y externa de una imagen social más amplia.

La atención hospitalaria (68%), la educación (65%) y la Iglesia (52%) son las tres únicas instituciones que todavía parecen merecer la confianza ciudadana. Estos porcentajes coinciden en gran parte con los resultados obtenidos en un estudio del Ministerio de Salud[15], donde los porcentajes correspondientes fueron de 66.4% para la salud, 63.5% para la educación y 35.2% para la Iglesia Vale la pena consignar los resultados, que son también similares, frente a otras instituciones.

CUADRO DE CONFIANZA REGISTRADA

INSTITUCIÓN	PRESENTE ESTUDIO	ESTUDIO DE MINSALUD
Fuerzas armadas	41%	23.1%
Policía	14%	11.6%
Políticos	1%	2.2%

Como institución, la justicia presenta resultados igualmente desoladores. La mitad de las personas (50%) que han sufrido maltrato significativo en el hogar no presenta una denuncia en contra del agresor. Lo mismo ocurre con los casos de abuso sexual (14%), ya que la mitad de ellos no son denunciados, aun cuando en el 70% este abuso fue ocasionado por personas allegadas o conocidas.

La falta de confianza en la justicia y en las autoridades parece convertirse en un denominador común para algunas regiones latinoamericanas. Registros de la región suroriental del Brasil, que comprende centros de gran volumen y densidad poblacionales como Sao Paulo, Río de Janeiro, Curitiba y Porto Alegre, presentan una gran semejanza con la información aquí obtenida En el estudio brasilero

15. Estudio nacional de salud mental y consumo de sustancias psicoactivas, realizado para el Ministerio de Salud Pública por el Centro Nacional de Consultaría en 1993.

(Soares y otros, 1993) se observa que sólo dos de cada cinco víctimas de agresión recurrieron a la policía. No hubo diferencias estadísticas significativas con respecto a la variable de género. La agresión, para los hombres entre 18 y 49 años, se llevó a cabo por fuera del hogar en el 83% de los casos. A pesar de que el causante de la agresión era conocido por el 48% de los hombres y el 63% de las mujeres víctimas, sólo el 38% de los hombres y el 47% de las mujeres recurrió a la policía

El maltrato a la mujer se presenta principalmente en el hogar, siendo el agresor principal su esposo o compañero permanente. El 72% de las mujeres casadas representadas en el grupo de estudio ha sido víctima de maltrato por parte del esposo o compañero. Este dato es muy parecido al reportado en Río de Janeiro, en el estudio mencionado atrás, que fue de 73.8%. Sin embargo, la situación de los niños en el hogar parece la más delicada, pues ellos fueron víctimas de maltrato en más del 76% de los casos. Como bien lo señala Segovia en su libro La violencia en Santafé de Bogotá, los índices de maltrato, lesiones y violaciones a los niños no han disminuido, a pesar de los programas que se han llevado a cabo. En los primeros 10 meses de 1992 hubo 4.715 reconocimientos de lesiones personales y 1.293 de violación y otros delitos contra la libertad y el pudor sexuales.

Por lo anterior, puede concluirse que las situaciones de violencia que han experimentado las personas estudiadas son una radiografía de las que viven sectores populares urbanos de la población colombiana» Igualmente, sus vivencias son altamente similares a las experimentadas por sectores populares de otras ciudades latinoamericanas, lo que permitiría igualmente plantear soluciones a niveles más generales.

Representaciones culturales

En el nivel de las representaciones, las personas estudiadas identi fican con claridad aquellas correspondientes al maltrato y a la violencia. Estas sirven para designar determinados repertorios de comportamiento social. No son, en contraste, nociones tan inasibles o tan vagas que se vuelvan inoperantes, o tan comunes que su acep-

tación implícita las haga borrosas o inexistentes como elementos de distinción conceptual.

Ambas nociones, maltrato y violencia, son para algunos ínter-. cambiables y similares, o aún idénticas, mientras que para otros pueden básicamente distinguirse por la intensidad de los hechos, pues la violencia tiende a asociarse más con el asesinato y la agresión física grave. La noción de maltrato parece resumir las experiencias del hogar (infancias e historias personales caracterizadas por golpes, rejo, fuetazos, manos puestas al fuego), por sólo nombrar algunas, mientras la de violencia suele nombrar los actos con lesiones graves ocurridos fuera del hogar. Distinguidas o asimiladas, ambas nociones descansan en la referencia a interacciones donde existe la intención de causar daño a otros y contienen una dimensión valorativa, moral. Esta dimensión moral sanciona a los actores de hechos violentos, si bien al mismo tiempo intenta comprender las razones de sus comportamientos y atribuirlos a otros conjuntos valorativos, que van desde las [situaciones (tensión por pobreza o carencias, infidelidad, desobediencia, consumo de alcohol, etc.) hasta los atributos del agresor mismo (irascible, nervioso, malgeniado, malvado, impredecible). El respeto, finalmente, impide enfrentar al agresor y lo sitúa en una franja oscura de afecto y desafecto.

Desde el plano de las experiencias de violencia, para un grupo importante de los entrevistados la infancia fue un período hostil. Se encontró una asociación significativa entre el maltrato en el hogar de origen y la descripción de sí mismo como nervioso o la sensación de estar triste a menudo. Existe una estrecha relación entre el estado anímico, el admitir la necesidad de recurrir al maltrato en el hogar actual y el haber sufrido maltrato en el hogar de origen. Describirse a sí mismo con sentimientos como la tristeza, la desconfianza y la pérdida de control, probablemente tiene su raíz en las condiciones de una vida familiar marcada por la violencia. A pesar de que para todos implicó sufrimiento y daño, para algunos las experiencias sufridas obedecieron a la búsqueda de la corrección por el «bien» de la persona; en cambio, para otros, tuvieron una intención destructiva.

En unos casos las experiencias estuvieron asociadas a formas de afecto, aunque desviadas, mientras en otros se vincularon al desafecto. Para los primeros, el uso de la violencia como correctivo obedeció a una desviación del padre o de la madre por alguna razón: por ignorancia, dice la mayoría, o por la creencia en que esa era la forma de corregir, por el consumo de alcohol y por nerviosismo o malgenio; pero la base era el amor y la intención de inculcar el bien, aunque estaban equivocados en el empleo de la violencia. Para los segundos, detrás del maltrato se escondía el odio, el desamor y la envidia. Los padres odiaban a la persona por su sexo, su manera de ser, su relación con el otro padre o con padrastros, o envidiaban sus cualidades o su posición en la familia. Estos dos grandes tipos de apreciación emocional y cognitiva, el maltrato hogareño como corrección o como desafecto, comparten la idea del daño causado y en ese sentido, tienen un calificativo moral común. Por otro lado, inducen a insistir en que no existe una continuidad necesaria, determinista, entre sufrir maltrato en la niñez y ejercer maltrato en el hogar adulto. Tal como lo registran los estudios de Huesmann antes mencionados, la internalización e identidad con los estándares apropiados es una variable crítica que distingue a los actores agresivos de los no agresivos desde la infancia. El aprendizaje de los códigos autorreguladores está dado no sólo por las experiencias de violencia, sino que es matizado principalmente por la interpretación del castigo como intencionado hacia un fin educativo o como un acto injustificado, un medio, apropiado en sí mismo, para resolver conflictos. La mediación del afecto permite la identificación con el padre, distinguiendo entre la conducta agresiva per se y la intención educativa de los castigos (Huesmann, ibíd).

Vale la pena destacar también un cambio generacional, aún incipiente, en la valoración del empleo de la violencia en el hogar. Los mayores de treinta años son precisamente quienes más sufrieron castigos brutales y, en contraste, entre los más jóvenes, existe una mayor influencia de un sistema referencial que sanciona el uso de los castigos brutales y otorga un mayor reconocimiento al derecho de los hijos a

no ser maltratados. Algunos de los entrevistados ven este cambio con desconcierto, pues para ellos se plantean dudas, antes inexistentes, sobre el castigo a los hijos y los derechos paternos. Incluso algunos atribuyeron a este cambio la existencia de delincuencia y violencia en la sociedad: «es que como ya no se puede corregir...».

Para la gran mayoría, estos cambios en los patrones normativos de referencia se viven con ambivalencia. Por un lado, la mayor parte mencionó el diálogo como el medio apropiado para corregir y resolver conflictos interpersonales en el hogar; muy pocos justificaron el uso de la violencia como correctivo. Sin embargo, muchos la utilizan en su hogar, a veces sin motivo, y no se reconocen como maltratadores. La condición de víctima y de blanco de maltrato es fácilmente reconocida, mientras que la de maltratador trata de ocultarse no sólo por la sanción socialmente difundida, sino principalmente por una incorporación aún insuficiente de formas correctivas alternativas.

Al indagar sobre las principales experiencias de violencia fuera del hogar, los entrevistados otorgaron un peso importante a hechos de violencia externos a la persona. Cuatro de cada diez personas aludieron a los atentados y a las bombas, al asalto al Palacio de Justicia, a las masacres y a la información de hechos violentos en los medios de comunicación. En un primer momento, las respuestas sobre la violencia que impacta por fuera del hogar tienden a destacarla como catastrófica, aquélla que se publica o que a veces se magnifica en los medios de comunicación. Se hicieron pocas menciones a la violencia ocurrida en los años cincuenta, a pesar de que, por el rango de edad, la gran mayoría de los encuestados la conocieron en una u otra forma. Probablemente ésta ya empezó a desdibujarse en el tiempo. Tampoco fueron tenidos en cuenta hechos como las torturas, el secuestro y la extorsión, a menos que fueran dramatizados por los medios de comunicación.

En contraste con lo anterior, en las historias de vida los entrevistados identificaron principalmente los hechos sufridos en forma directa y personal, o los que afectaron a familiares o allegados. La

trivialización del acto agresivo puede influir en el primer nivel de respuestas.

Dado el aislamiento relativo de una parte de este sector social, es probable que la televisión juegue un papel importante en la construcción de modelos de representación de la violencia. Existen pocos canales de cohesión de grupo en donde se cree conciencia colectiva, lo cual potencia la influencia de los medios de comunicación masiva, sobre todo entre las amas de casa. La televisión los acerca a lo lejano y convierte lo irreal en real. Nada es más realista que la realidad corregida, subrayada por la dramatización polarizadora, simplificada para hacerla fácilmente comprensible, una realidad que se hace aparente en el primer nivel de relatos. En la situación de la ilustración dramática es probable que se refuercen aquellas identificaciones, ya existentes, sobre la violencia como recurso para la solución de los conflictos. Por ello es importante que en un futuro se preste atención a comprender los procesos de simplificación, polarización y dramatización que pueden reforzar códigos para favorecer la violencia. Pero su importancia reside más que todo en que contribuyen a crear imágenes polarizadas de la sociedad y a simplificar los hechos de violencia y los conflictos a los que están asociados.

Tal vez es justamente el hiperrealismo logrado en la dramatización de hechos violentos televisados, la imagen de víctimas con rostros anónimos, pero no impersonales, lo que también los hace hechos de violencia personalizables, pues la violencia parece percibirse como interacción personalizada, fruto de conflictos en el orden personal. Esta afirmación tiende a afianzarse si se mira el lugar que ocupan los atracos y robos sufridos. Sería de esperar que su magnitud y reincidencia como experiencias dolorosas, y también la importancia que éstas tuvieron entre el sector estudiado, como componentes centrales de la noción general de violencia, llevaran a colocarlas como principales experiencias fuera del hogar. La importancia secundaria que los entrevistados les asignaron al indagar sobre lo que consideraron como principal experiencia de violencia fuera del hogar, pare-

ce remitir a una distinción cognitiva entre violencia delincuencial (instrumental) y violencia emocional. Esta última se deriva de las relaciones personales entre los actores sociales y es considerada como la más importante. Además, la violencia delincuencial remite a una forma de ver la sociedad como ente abstracto que se padece, mientras que la emocional apunta al resultado de las relaciones interpersonales. La expresión, tan recurrente entre los entrevistados, de «no temo, pues no tengo problemas con nadie», alude a esa distinción y a una noción del origen de la violencia en la confrontación personal. Una razón reiterada por muchos para eludir las actividades de vecindario fue «evitar meterse en problemas», derivación posible del acercamiento a los vecinos.

La violencia delincuencial en la sociedad, por su parte, se ve en cierto sentido como inevitable; así es la sociedad, es decir, las sociedades. Por ello, una proporción importante (la mitad) no considera a Colombia como un país peligroso, pese a que un gran número de personas había sufrido atracos, robos y otras formas de violencia callejera. La otra mitad consideró que es peligroso vivir en Colombia porque es un país violento e inseguro, pero sólo a un porcentaje modesto le gustaría vivir en otro país, y básicamente por otras razones. Quienes consideran violento al país tienden a personalizarlo en las figuras de autoridad institucional, a quienes se debe el estado de cosas. Ambas interpretaciones comparten un núcleo común: el individuo, temeroso, carente o desconfiado de los medios institucionales de protección, se percibe inerme y huérfano frente a los conflictos y a su desenlace peligroso. Debe por tanto precaverse, cuidarse permanentemente de las situaciones que puedan desembocar en violencia. Esto, a su turno, alienta la pasividad y lo inhibe e intimida para denunciar o acudir en auxilio de quienes padecen formas de violencia.

Sombras arbitrarias

«Cuál es la conexión entre las experiencias, los escenarios materiales, las situaciones y las representaciones sobre experiencias de violen-

cia, y entre éstas y las violencias existentes en la sociedad? Sin duda, no se trata de afirmar que quien ha sido maltratado en su infancia será un maltratador o una persona violenta como adulto. Se ha estudiado lo suficiente desde el punto de vista social y psicológico para sostener que no existe una conexión lineal y correspondiente. Existen distintos factores de mediación que inciden en la forma como esa experiencia es traducida en acciones, cogniciones y emociones posteriores, en un abanico múltiple de posibilidades que van desde la identificación con la agresión como medio para resolver conflictos y diferencias y su utilización frecuente, hasta la pasividad o la elusión sistemática del conflicto. Se conoce (Huesmann, cit.) que un niño agredido puede identificarse con el agresor y con su comportamiento violento. Por el contrario, si en la relación median atributos tales como la ternura y el afecto, éstos le permiten distinguir al niño entre el uso de la agresión en sí misma y el uso de la agresión como medio ligado a un fin correctivo o disuasivo. En estos casos el niño no adopta la agresión como patrón para reproducir, y podría decirse que no se identifica con el comportamiento agresivo sino con el fin correctivo.

Por otro lado, no se trata tampoco de afirmar que el colombiano es violento. El argumento más bien propone que quienes han sufrido violencia durante la niñez, independientemente de que reproduzcan o no comportamientos violentos, comparten un aprendizaje, un marco cognitivo más amplio, resultado de sus experiencias y de los significados culturales asociados al uso de la violencia. Ese marco aprendido, empleando los términos de Bateson, es un marcador de contexto, es decir, una señal que ubica a la persona en un determinado tipo de circunstancia y que le indica lo que puede esperar en ella y la forma como debe entender y guiar la relación con otros. Es un aprendizaje clasificatorio y, como tal, aplicable en un conjunto de circunstancias sociales de interacción. En este caso, ese marco aprendido está estructurado por la noción de autoridad, que se forja en las interacciones violentas desde niño y se continúa en los escenarios e interacciones sociales que se le asemejan y le sirven de retroalimentación.

Ese conjunto cognitivo sobre la autoridad tiene efectos en las acciones cotidianas humanas a través de sus cualidades performativas, como en general los tienen las representaciones culturales (DaMatta, cit., Jodelet, 1984). ¿Cuáles son ellas en este caso?

La autoridad es aprehendida como una entidad impredecible, contradictoria, rígida y propicia a volverse en contra de la persona por pequeños eventos. No es confiable, no se puede acudir a ella en casos de conflicto, pues ante todo es entendida por sus aspectos de sanción y represión y no por los de protección o mediación. Esto de por sí no lleva necesariamente a acudir a la violencia, pero la favorece, pues ofrece el marco cultural y emocional para ella. En lo cultural, proporciona ese escenario por la significación que asume la noción misma, es decir, por los atributos por los que es reconocida y con los cuales se asocia (arbitrariedad, impredecibilidad, etcétera). Estos atributos tienen efecto sobre la manera como se piensa y se vive en la sociedad, pues el concepto así formado no se limita a referirse a los padres o al ámbito familiar, sino que se generaliza.

En este aspecto no se encontró que las personas dijeran tan sólo que sus padres fueron violentos, sino que esa violencia se atribuye a ciertas características del agresor y de las situaciones, y además se vincula con una forma más general y más abstracta de las relaciones humanas, con modelos de relación con los vecinos, con la ciudad y con la sociedad. Los efectos emocionales del maltrato sufrido confluyen en el aprendizaje: tristeza, nerviosismo, desconfianza. Miedo y desconfianza son términos que las personas reiteran una y otra vez para calificar situaciones muy disímiles en el hogar y fuera de él, al describir cómo ven su vecindario, cómo eluden relacionarse con él, cómo ven la ciudad, el país y ciertas instituciones que encarnan las autoridades. No sólo son formas de expresarse sobre ciertas situaciones, sino formas de actuar frente ellas y cómo manejarlas: poner o no un denuncio judicial, acudir o no a la policía, participar o no en acciones de vecindario, cómo actuar frente a conflictos en los cuales se involucraron. Si la autoridad y sus diversas encarnaciones locales (la policía, el juez) no son de fiar y más bien pueden ser

amenazas, no lo son menos las figuras más lejanas y abstractas: la justicia, el gobierno, los políticos, el Estado.

Cabría preguntarse qué relación existe entre la credibilidad, la confianza, la legitimidad atribuida a las instituciones de autoridad y las violencias en Colombia. Existen varios niveles en los cuales la no credibilidad, en este caso asociada con la desconfianza sobre las relaciones en la vida social, y con la noción de la autoridad como confusa, equívoca y arbitraria, propicia el campo para acciones de violencia. No las provoca de manera inmediatista, en relación directa, pero las abona de varias maneras. Por un lado, el miedo y la desconfianza con que se vive y se entiende la vida social se encarnan en las autoridades (personas e instituciones que las representan), de manera que, frente a situaciones de conflicto, la persona se siente inerme y solitaria. Por ello, muchos evitan lo que a su juicio los pueda colocar en una posible escalada de conflicto, lo que incluye interacciones cotidianas como las del vecindario, pero también y fundamentalmente, evitan reaccionar frente a acciones violentas presenciadas o conocidas, delincuenciales o de otro orden, y permanecen pasivos.

¿Por qué callan los que presencian crímenes? ¿Por qué claman los agentes oficiales sobre «la falta de colaboración con la justicia»? ¿Es esa falta de colaboración igual en otros países? ¿Se denuncian en ellos los crímenes y transgresiones de forma comparable con Colombia? ¿No son el silencio temeroso y la pasividad, que surgen de la desconfianza en la autoridad, aliados poderosos para el florecimiento de formas de violencia? ¿"Es la sanción social colectiva sobre la ruptura de las normas igual en Colombia que en otros países? ¿"No tiene que ver una cierta ambigüedad, muy extendida en nuestro país, frente a quienes rompen las normas, con la noción según la cual la autoridad no transmite normas con claridad, ni impone sanciones justas para todos, y por el contrario es circunstancial, comprable, maleable? No sólo es inútil denunciar una transgresión, es potencialmente peligroso, pues la acción de la autoridad es impredecible. ¿"No deja esto el campo abierto para la impunidad en

su sentido más general, que a su turno refuerza a los grupos extremos violentos? ¿No son la pasividad, la desconfianza y el miedo adaptativos a ese contexto social?

Por otro lado, se sabe que el miedo puede inducir también al ataque. Recurrir a la violencia es anticiparse a un ataque del otro. Dado el estado de desprotección de la persona, es decir, la incapacidad o el desinterés de la autoridad en proteger o intermediar en los conflictos, ¿no se convierte el ataque en una forma de defensa y de protección, así como el recurso a formas privadas de «justicia», basadas por lo general en el uso de la violencia? ¿"Por qué en la sociedad colombiana actual vienen creciendo grupos especiales de «justicia» privada, si no porque la autoridad no merece confianza ni credibilidad? Por supuesto que, una vez iniciados, los conflictos adquieren su propia dinámica y lógica y tienden a reforzarse en círculo.

En Amor y odio (1986), Eibl-Eibesfeld mostró, desde el punto de vista de la etología, la importancia de los mecanismos vinculadores frente a los comportamientos agresivos. Allí señala cómo aquellos son los antagonistas naturales de la agresión. Los hombres tenemos un repertorio de gestos de humildad y conciliación, algunos de ellos innatos, como el llanto o la sonrisa. Para que los gestos conciliadores sean efectivos, se precisa que el atacado tenga tiempo suficiente para emitir señales de sometimiento y que su contrario pueda captarlas. La obediencia a la autoridad y la lealtad al grupo pueden ser disposiciones innatas, pero son cultural e históricamente modeladas, especificadas, inhibidas o potenciadas (Eibel-Eibesfeldt, op. cit). Es Justamente la debilidad de los mecanismos vinculadores lo que recelan las personas del estudio. Esta debilidad recorre formas elementales de asociación, como el vecindario o el barrio» pero tiene la escala de la sociedad total. No es sólo que las oportunidades para forzar la cohesión social sean escasas para ellos, sino que la violencia y el crimen, como rupturas y afrentas, al decir de Durkheim, a la conciencia colectiva no cuentan con la sanción institucional adecuada.

Conclusión: violencia, autoridad y arbitrariedad

Como se ha visto, todas las experiencias de violencia, tanto en el hogar como fuera de él, están acompañadas de razones aducidas y plenamente distinguidas que pretenden hacerlas comprensibles e incluso justificables. No parece ser cierto que a fuerza de ver y de padecer hechos de violencia, los colombianos, o por lo menos los del sector popular urbano, sean insensibles o incapaces de distinguir la violencia de otras relaciones sociales. Aún más, trazan distinciones sutiles, reconocen las experimentadas por ellos mismos en la casa o en la calle, y se conmueven ante su experiencia y la de otros que han padecido algunas de la misma naturaleza. Los hechos de violencia sufridos, o los dramatizados en la televisión, en forma alguna les son indiferentes.

El hombre teje siempre a su alrededor redes interpretativas de su vida en sociedad, fabricadas con la variedad infinita de la experiencia. Si se relacionan el conjunto de escenarios y situaciones ocurridas y las nociones con las cuales se tratan de comprender las experiencias de violencia, se pueden bosquejar guiones y aun modelos cognitivos, así como algunas categorías inclusivas. Los escenaríos privilegiados para las interacciones violentas en el hogar son aquellos en los cuales se hacen presentes, de manera real o ficticia, ciertos elementos situacionales en los que entra en juego el control social del grupo familiar, bien frente a conductas de los miembros de la familia o bien frente a su modelaje futuro. No sólo importan las conductas manifiestas, sino también las que pudieran ocurrir y que aspiran a normatizarse. De allí que el maltrato suele ocurrir sin motivo aparente o ligado a situaciones en las cuales se desafia en alguna forma, incluso sutilmente, el ejercicio del control del grupo hogareño, en cabeza del padre o de la madre. Por ello la importancia que se otorga a la obediencia y a su reverso, la desobediencia, como detonantes de interacciones violentas. Incluso frente a tareas excesivas o ante órdenes absurdas es preciso obedecer, cumplir en rigor con los tiempos que fueron establecidos para ellas, consultar sobre las

amistades y los novios, sobre los gustos en cuanto a objetos o alimentos, en fin, no desafiar con gestos, palabras, actos u omisiones el ejercicio del control hogareño y dar muestras de acatarlo.

En las dinámicas de las situaciones se presenta un juego de acciones y respuestas que desemboca eventualmente en uso de la agresión, pautadas (puntuadas, en los términos de Bateson) por códigos comunicativos y asociaciones emocionales preexistentes, culturalmente construidos. En esa construcción son elementos centrales las nociones de 'corrección' y de 'respeto' que enmarcan, por un lado, las respuestas conductuales de los actores (pasividad, huida, rebelión) y, por otro, su percepción y valoración, otorgándoles un peso relativo a ele-mentos tales como los atributos del agresor (irascible, nervioso, enfermo), de la relación (envidia, desamor, odio) y de las situaciones (embriaguez, celos), que en esta perspectiva no son medulares sino todos situacionales, en el sentido amplio del término. Estas nociones interactúan en cada situación de manera compleja con emociones asociadas (ira, dolor), que sin embargo tienden a estabilizarse en patrones de relación. Recurrir a la violencia para mantener el control confrontado en una situación real o hipotética de conflicto puede convertirse en este punto en un aprendizaje establecido, en un código cognitivo que induce a la pasividad y a la resignación, o al empleo de la violencia en futuras situaciones similares.

La corrección opera como interpretación cognitiva del propósito último del maltratador y, como tal, guía las percepciones sobre las interaccciones específicas. Por su parte, el respeto apunta a las conductas del maltratado inhibiendo sus respuestas, pero ofrece al mismo tiempo un marco valorativo amplio con el cual juzgar las relaciones con los padres y entre cónyuges, en fin, las del conjunto familiar. La ira, el miedo y la tristeza, presentes en los actores de las situaciones o como sus efectos, son modelados por ese conjunto perceptivo, pero de forma tensa y relativa. Una manifestación explosiva de ira verbalizada, por ejemplo, de la mujer o de un hijo, aumenta la violencia de la interacción y detona la confrontación. Entonces, las acciones no obedecen a respuestas automáticas y repetitivas, aun-

que al mismo tiempo tienen un conjunto de referencia que les otorga la fuerza de la cultura en los aprendizajes tempranos.

Si bien existe una distribución no homogénea del modelo cognitivo cultural de corrección-respeto, así como variedades de género, subgrupales o individuales, éstas simultáneamente tienen elementos comunes, forjados en la vida cultural y ordenados de manera jerárquica por los guiones básicos que organizan el conjunto perceptivo-conductual. Vale la pena destacar como variaciones en el modelo compartido, además de las de género, las que ofrecen quienes no ven en la corrección un elemento explicativo central y destacan el antagonismo con base en otros aspectos, como por ejemplo el odio. Ese aprendizaje, para el cual son centrales las nociones de corrección y de respeto, remite a una categoría más abstracta y eficaz que surge en el proceso y organiza el ciclo completo: simación-percepción-dinámicas de situación (desde la dinámica situacional a las percepciones, las memorias, las evocaciones emocionales y las conductas), y actúa como marco cognitivo amplio.

En la medida en que el marco cognitivo construido apunta hacia un modelo de referencia para las relaciones interpersonales entre miembros del grupo con desigual posición en su seno (padres-hijos, hombre-mujer), se entreteje la concepción de autoridad. Con ella se aprehende la experiencia personal hogareña, pero también una amplia gama de relaciones con los otros, de manera que tiene efectos sobre flujos de relaciones interpersonales en los cuales esté presente el conflicto.

Un proceso similar al que ocurre en la casa se presenta a un nivel mayor de la vida social que, como se vio, se evidencia en el sentimiento abrumador de no credibilidad en la policía, la justicia y los políticos. Este sentimiento también se expresa cuando solo un pequeño porcentaje (25%) acudió a la justicia para entablar una demanda y la mitad no quedó satisfecha con los resultados de la acción emprendida; o en la forma como ven a la policía y como proyectan en ella un cúmulo de males, culpabilizándola y responsabilizándola de actos perversos y brutales, así como de corrupción, soborno y clientelismo.

Para las personas del estudio, los actos de violencia callejera y en el hogar no son frenados por las autoridades, de manera que se entiende que los actos de los violentos pueden imponerse frente a los intereses de la mayoría. Los altos niveles de desconfianza en la seguridad, la justicia y la política, son inversamente proporcionales a los que se presentan ante servicios como los de salud y educación. Así, la ligazón de la población con el Estado no se establece a través de áreas de seguridad ciudadana, sino mediante los servicios. Estos, por naturaleza, son cambiantes y frágiles, pero constituyen la presencia estatal reconocida en ese sector social. Esta experiencia sobre la vida social induce a asimilar el marco cognitivo de autoridad en el hogar con la imagen sobre la sociedad y la vida social en general, y con las figuras y las representaciones institucionales de autoridad en particular.

Este modelo de la vida social sobrepasa lo idiosincrásico, lo enfermizo o el extremo delincuencial y su significado, es compartido al menos para el sector social estudiado. Como tal, es más general que las experiencias particulares y es modelo frente a la resolución de conflictos, puesto que la autoridad y quienes en determinado momento la encarnan se ven como excesivos, desbordados, impredecibles, con un fin último ambiguo. Si en el hogar la corrección y el respeto hacen parte del marco referencial sobre la autoridad, la noción más vasta e influyente es la de autoridad, que como marco cultural subordina a la de violencia. Así, parece existir una asimilación cognitiva del mundo de la casa a la sociedad en general; en particular, con lo que tiene que ver con las representaciones sobre el origen de fia violencia y su relación con los arreglos institucionales y las relaciones interpersonales. En esta forma de representar la autoridad, bien sea la del Estado o la de la familia, se encuentran al menos dos puntos críticos en relación con sus efectos sobre la vida ciudadana: uno es que al percibir la autoridad como confusa, ambivalente y carente de legitimidad, se la confunde con la coerción, igualando poder, coerción y violencia; el otro, sus efectos sobre la [noción de fiabilidad, sustrato de las relaciones en las sociedades contemporáneas.

En el texto clásico sobre la violencia de Hanna Arendt (1970) se argumenta y resalta la distinción entre poder, poderío[16], fuerza, autoridad y violencia. El poder, dice, corresponde a la habilidad humana para actuar de manera concertada, en concierto; no es propiedad de ningún individuo, pertenece al grupo y dura tanto como el grupo se mantenga unido. Quien como individuo tiene el poder en un momento dado, actúa por el poder que le otorga el grupo para actuar en su nombre. En el uso corriente del término, éste se usa a menudo de manera metafórica para designar a una persona o a una institución. El poderío o la fortaleza, por el contrario, designa una entidad individual y es una propiedad inherente a la persona, a su carácter; la independencia es la propiedad del poderío individual. A su vez, la fuerza se usa como sinónimo de violencia, especialmente si es utilizada como forma de coerción o para designar energía liberada por movimientos físicos o sociales.

La autoridad es el fenómeno más elusivo. Los cargos o las personas pueden estar investidos de ella. Su distintivo es el reconocimiento incuestionado por parte de aquellos a quienes se les exige obediencia, y requiere de respeto hacia la persona o el cargo. La violencia, finalmente, se distingue por su carácter instrumental y fenomenológicamente se aproxima al poderío. Existe, dice Arendt, una tentación de ver el poder en términos de mando y obediencia, y por tanto de igualarlo a la violencia. Se usa para ello el caso del poder gubernamental. Sin embargo, mirada de cerca, la violencia no aparece sino como recurso último para mantener la estructura de poder frente a sus detractores. Nunca, afirma Arendt, ha existido un gobierno, ni siquiera el totalitario, basado exclusivamente en los medios de violencia. Aun el más despótico se basa en la organización superior del poder, en la solidaridad de los amos, como en el esclavismo. La violencia sólo funciona como recurso último del poder contra criminales y rebeldes, contra quienes no aceptan el con-

16. El término empleado en el texto es strength, diferente de force. En la traducción española (Joaquín Mortiz, México, 1970) se tomó como 'poderío'.

senso de la mayoría. La esencia instrumental de la violencia la lleva necesariamente a buscar justificación y como tal no puede ser esencia del poder, mientras el poder sí es la esencia de todo gobierno y no precisa justificación, es la condición para que un grupo de personas piense y actúe en términos de medios-fines. Lo que sí requiere es legitimidad. El dominio de la violencia pura aparece cuando el poder se está perdiendo, como en el fin del zarismo, por ejemplo. Por ello, concluye Arendt, «cada disminución del poder es una invitación abierta a la violencia (...), aunque sea sólo porque el gobierno que siente que el poder se desliza de sus manos encuentra difícil resistir la tentación de sustituirlo por la violencia» (Arendt, 1970:44 a 53 y 87).

El punto crítico de esa representación social sobre la autoridad es que, a largo plazo, ningún precepto se puede imponer si no es obtenido por convicción, mediante el consentimiento. En el contexto estudiado, poder y autoridad ejercen débilmente la función de mediación de conflictos o de intimidación dirigida a la defensa del consenso colectivo, bien en forma de leyes o de sanciones contra los criminales o los violentos, o bien con el restablecimiento, a través de la sanción, de un orden alterado por la transgresión de la norma. Se encuentran así socavadas las bases de la legitimidad del poder gubernamental y de su autoridad. La violencia hogareña socava igualmente la posibildad de la autoridad acatada automáticamente y la convierte, como concepto, en poderío.

Puede pensarse que, en el caso colombiano, sucede que la debilidad del poder es la otra cara de la autoridad arbitraria y que a su sombra prosperan las violencias. En las experiencias y en las nociones de las personas del estudio, en la síntesis de los conjuntos ambientales y perceptivos, no se reconoce la autoridad legítima porque ella no media frente a la agresión, antes bien, la ejerce de manera oscura y ambivalente y es reconocida sólo como coerción externa. De allí la desconfianza de las personas ante la autoridad y ante otros, huérfanas de mecanismos de mediación y de protección.

Un segundo elemento tiene que ver con la fiabilidad, es decir, con la confianza de las personas en las otras y en la vida

sociedades contemporáneas, gran parte de la interacción social suele suceder entre desconocidos, con grandes entidades despersonalizadas y con sistemas abstractos, desde los cotidianos, como el monetario, hasta los menos tangibles, como el estatal (Giddens, 1994). La relación está sustentada en la credibilidad, que no reside ya en el conocimiento personal, en los lazos de parentesco, en la tradición o en las creencias religiosas, sino en la confianza en los sistemas abstractos como medios de establecer relaciones a través de las infinitas esferas del espacio-tiempo (Giddens, 1994:96-100).

Así, la fiabilidad moderna se refiere a esperar una correcta actuación del sistema y una cierta fe en la corrección de los principios abstractos. Un elemento importante para esa fiabilidad son las señales que perciben las personas sobre la marcha adecuada del sistema, y que para Giddens son «reanclajes» que conectan la confianza en los sistemas abstractos. Las relaciones de fiabilidad son «esenciales al amplio distanciamiento espacio-tiempo asociado a la modernidad» (ibíd: 88), y a la vez tienen un fondo de reserva y escepticismo.

En el caso de los sectores populares urbanos colombianos, la fiabilidad remite principalmente a la confianza básica de las personas sobre su medio social. Aparece allí una grieta profunda entre las personas y su entorno. Existe el presupuesto de que las personas han aprendido, como alude Giddens con base en Erickson, a fiarse de la equidad, igualdad y continuidad de los agentes «externos», que es al tiempo aprender a fiarse de uno mismo (ibíd). ¿Qué sucede cuando se debilita esa confianza básica de las personas? El riesgo deja de ser calculado y se pierde el equilibrio entre confianza y cálculo de riesgo. Se generalizan los que Giddens llama «ambientes de riesgo». En cierto sentido, es como aprender la desesperanza.

El sector social estudiado vive presa de una dinámica cortoplacista, inmediatista y angustiosa, que dificulta la expresión y el cultivo de vínculos solidarios y proyectos de largo aliento; la autoridad se atrapa y se absorbe en ella. La autoridad familiar se dirige más hacia resolver situaciones externas y sus efectos. La posición de este sector social

en la jerarquía social lo hace vulnerable y lo coloca en condiciones estructurales de fragilidad.

En la sociedad se encuentran instituciones caracterizadas por la boca claridad y consistencia en la aplicación de las reglas sociales, que adolecen de desigualdad frente a la norma. El ejercicio institucional carece de equidad en el tratamiento de las personas y es ausente o débil, socavando la legitimidad de la autoridad estatal, basada en su naturaleza igualitaria e impersonal.

En Colombia existe una incapacidad de lo público para manejar lo privado. «La fuerza no puede ser monopolizada por lo público porque siempre ha sido utilizada por lo privado» (Molano, 1993; véase también González, 1993, en: Jimeno (comp.), 1993). De esta forma, quienes han aprendido en su hogar un marco cognitivo caracterizado por la autoridad arbitraria, encuentran de nuevo la ¡arbitrariedad en la autoridad institucional. En este sentido, no es la ausencia del Estado, o su debilidad, lo que hace que la autoridad no sea reconocida por ellos. La ausencia estatal es, más que causa, parte del conjunto circunstancial que se aboca con las nociones aprendidas.

Este es el terreno abonado para que la autoridad se resuelva por medio del autoritarismo y el poderío, en el hogar, en la calle, y en la sociedad toda. Por ello la autoridad en la sociedad, al menos con respecto al sector estudiado, no puede trascender y ganar una legitimidad profunda En un sentido similar apunta el historiador Malcom Deas cuando, al concluir su ensayo «Canjes violentos: reflexiones sobre la violencia política en Colombia», anota que «Colombia carece de una tradición de autoridad, por lo menos de una autoridad de vasto espectro» (Deas, 1995:88). En este contexto social, y dado un marco sociocultural de referencia, las tensiones psicológicas derivadas de la falta de trabajo, de los bajos ingresos, de las privaciones, de las jornadas laborales prolongadas y todas las generadas por la desigualdad social, pueden desembocar en interacciones violentas, como manera de adaptarse a un medio que para ellos es hostil y agresivo. El conjunto de tensiones permite articular una justificación verosímil para las acciones

violentas en el hogar y fuera de él. En esas condiciones pueden volverse mecanismos adaptativos la intimidación o el ataque anticipado o, por el contrario, la pasividad y la evitación. El aprendizaje sobre el manejo de los conflictos marca las formas de abordar las interacciones futuras, donde un círculo vicioso de agresión acerca las respuestas violentas a las autodefensivas y a las adaptativas (Bateson cit., por Linger, 1993). La organización del ejercicio de la autoridad en la sociedad y los marcos culturales con los cuales se la aprehende, comprende y transforma en acciones cotidianas, predisponen a la violencia como un recurso que de manera contradictoria pretende el amparo, real o ficticio, pero siempre sentido, de la propia vida. Existe así un vínculo soterrado entre las violencias diseminadas en la vida cotidiana aquí estudiadas y las violencias extremas, delincuenciales o políticas, que suelen sacudir a la sociedad colombiana Allí confluyen también las peculiaridades de esta sociedad y de su cultura, con aspectos universales de la violencia humana. Para permitir la expresión de otros conjuntos valorativos que se encuentran presentes en las personas, entre los cuales se aprecia el diálogo y la solidaridad, sería preciso socavar el miedo que los paraliza.

BIBLIOGRAFÍA

ARENDT, Hannah (1970), *On Violence*, San Diego, New York, A. Harvest-HBJ Book.

AROCHA, Jaime y otros (1987), *Colombia: violencia y demo cracia. Informe presentado al Ministerio de Gobierno,* Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

AROCHA, Jaime (1993a), "Sentipensamiento, cacharrero y convivencia en el Baudó. Departamento del Chocó", en: *Señales abiertas,* Bogotá, N° 4, julio-septiembre, pp. 98-110.

— (1993b), "Razón, emoción y convivencia étnica en Co lombia", en: *Revista Colombiana de Psicología,* Bogotá, N° 2, pp. 117-122.

AUGÉ, Marc (1993), *Los no lugares, espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad,* Barcelona, Gedisa.

BANDURA, Albert (1973), *Aggression: A Social Learning Analysis*, Englewood Clifís, N.J., Prentice Hall.

— (1977), "Self-Efficacy: Toward a Unifying Theory of Behavioral Change", en: *Psychological Review*, vol. 84.

BARTH, Frederick (1992), "Toward Greater Naturalism in Conceptualizing Societies", en KUPER, Adam (ed.), *Conceptualizing Society*, London, Routledge.

BATESON, Gregory (1991), *Pasos hacia una ecología de la mente: una aproximación revolucionaria a la autocom prensión del hombre,* Buenos Aires, Planeta.

BERKOWITZ, Leonard (1994), "Is Something Missing? Some Observation Promted by the Cognitive-Neoassociationist View of Anger and Emotional Aggression", en HUES MANN, L. Rowell (ed.), *Aggressive Behavior: Current Perspectíves*, New York, London, Plenum Press.

BIENEN, Henry (1968), *Violence and Social Change*, Chicago, The University of Chicago Press.

BOULDING, Kenneth E. (1983), "Perspectives on Violence", en *Zygon*, vol. 18, N° 4, diciembre, pp. 425-437.

-, (1962), *Conflict and Defense: A General Theory,* New York, Harper Torchbooks.

BOHANNAN, Paul (ed.) (1967), *Law and Warfare. Studies in the Anthropology of Conflict,* New York, The Natural History Press.

BROMAGHIN,Jeffrey F. (1993), "Sample Size Determination for Interval Estimation of Multinomial Probabilities", en *The American Statistician*, vol. 47, N° 3, agosto, pp. 203-206.

BRUNER, Edward (1986), "Introduction" en TURNER, V. y E. BRUNER (eds.), *TheAnthropology of Experience*, Chica go, University of Illinois Press.

CALVIN, W.H. (1994), "The Emergence of Intelligence", en *Scientific American*, vol. 269, N° 4, pp. 101-107.

CAMACHO, Alvaro y Alvaro GUZMAN (1990), *Colombia, ciudad y violencia,* Bogotá, Ediciones Foro Nacional.

CARTHY, J.D. y E.J. Ebling (1970), *Historia natural de la agre sión,* México, Siglo XXI Editores.

CASTAÑO, Bertha L. (1994), *Violencia sociopolítica en Colombia: repercusión en la salud mental de las víctimas*, Santafé de Bogotá, Corporación Avre.

CENTRO JORGE ELIÉCER GAITÁN (1985), *Once ensayos so bre la violencia,* Bogotá, CEREC.

CORPORACIÓN CASA DE LA MUJER (1988), *Violencia en la intimidad,* Bogotá, Casa de la Mujer.

CHAGNON, Napoleón (1968), *Yanomamo: The Fierce People,* New York, Holt, Rinehart and Winston.

DALTO, Caram (1978), *Violencia na sociedade contemporánea: Pesquisas científicas, posigoes cristas por urna visao integral*, Petrópolis, Editora Vozes.

DAMATTA, Roberto (1993), "Os discursos da violencia no Brasil", en: *Conta de mentiroso. Sete ensaios de antropolo gía brasileira*, Río de Janeiro, Rocco.

DEAS, Malcom y Fernando GAITÁN (1995), *Dos ensayos sobre la violencia en Colombia*, Fondo Financiero de Proyectos de Desarrollo, Bogotá, Departamento Nacional de Planeación, Tercer Mundo Editores.

DE LOS RÍOS, Héctor (1989), "Violencia y Estado en Colom bia" en Revista Universidad de Antioquia, vol. LVIII, N° 218, Medellín, octubre-diciembre.

DEPARTAMENTO NACIONAL DE PLANEACIÓN (1994), Justicia para la gente: plan de desarrollo para la justicia, 1994-1998, Bogotá, Documento CONPES 2744, Consejo Superior de la Judicatura-D.N.P.: U.J.S.-DIJUS-Ministerio de Justicia.

DESCOLA, Phillippe (1992), "Societies of Nature and the Nature of Society", en KUPER, Adam (ed.), Conceptualizing Society, London, New York, European Assoaciation of Social Anthropologist

DOLLARD, Joseph y otros (1939)» Frustration and Aggression, New Haven, Yale University Press.

DURKHEIM, Emile ([1893] 1993), La división del trabajo social, México, Colofón.

EIBEL-EIBESFELDT, Irenaus (1986), Amor y odio, México, Siglo XXI Editores.

EL TIEMPO, "Colombia: una historia de muertes inútiles", Redacción Judicial, domingo 12 de septiembre de 1993.

ERON, Leonard D. (1994), "Theories of Aggression: From Drives to Cognitions", en HUESMANN, L. Rowell (ed.), Aggrtssive Behavior. Current Perspectives, New York, London, Plenum Press.

EYSENCK, M.W. y A MATHEWS (1987), "Trait Anxiety and Cognition", en EYSENCK HJ. e L MARTIN (eds.), TneoreticalFoundations of Behavior Therapy, New York, Plenum Press.

FERGUSON, R Brian (1984), Warfare, Culture and Environment, New York, Academic Press.

- y NEIL WHITEHEAD (eds.) (1992), War in the Tribal Zone: Expanding States and Indigenous Warfare, Santafé, New México, School of American Research Advanced Seminar Series.

FERNÁNDEZ, Alonso (1987), Psicología del terrorismo: agresividad y violencia, Madrid, Salvat.

FESHBACH, S. (1970), "Aggression", en MUSSEN, P. (ed.), Carmichael's Manual of Child Psychology, vol. 2, New York, Wiley, pp. 159-259.

FREUD, Sigmund, ([1915] 1957), *Instincts and Their Vicissitudes, The Standard Edition*, vol. 14, London, Hogarth Press.

- ([1930] 1961), *Civilization and its Discontents, The Standard Edition,* vol. 18, London, Hogarth Press.
- ([1920] 1955), *Beyond the Pleasure Principle,* Standard Edition, vol. 18, London, Hogarth Press.

FRIED, Morton y Marvin HARRIS (eds.) (1967), *War. The Antropology of Armes Conflict and Aggression,* New York, The Natural History Press.

FROMM, Erich (1975), *Anatomía de la destructividad humana*, México, Siglo XXI Editores.

GEERTZ, Clifford (1983), *Local Knowledge,* New York, Basic Books.

GELLNER, Ernest (1989), *Cultura e identidad política*, Barcelona, Gedisa.

GENOVES, Santiago (1991), *Expedición a la violencia,* México, Fondo de Cultura Económica.

GIBBS, John (1986), "Situational Correlates of Aggression", en CAMPBELL, Anne y John GIBBS (eds.), *Violent Transactions: The Limits of Personality*, Oxford, Basil Blackwell.

GIDDENS, Anthony (1994), *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza Universidad.

GIRALDO Z, Luisa Fernanda (1989), "Aspectos socioculturales de la violencia en la familia", en *Familia y cambio en Colombia, memorias del Seminario Taller sobre familia,* Medellín, Asociación de Antropólogos egresados de la Universidad de Antioquia.

GIRARD, Rene (1975), "La violencia y lo sagrado", Caracas, Universidad Central de Venezuela, La Biblioteca.

GLUCKMAN, Max, (1954), *Ritual of Rebellion in South-East Africa,* Manchester University Press, Manchester.

- (1971), "Tribalism, Ruralism anf Urbanism in South and Central Africa", en; TURNER, V. (ed.), *Colonialism in África,* 1870-1960, CambridgeUniversity Press.

GRAY, J.A. (1991), "Neural Systems, Emotions and Personality" en; MADDEN, J. (ed.), *Neurobiology of Learning, Emotion and Affect,* New York, Raven Press.

GONZALEZ, Fernán (1991), *El transforndo histórico de la actual violencia*, inédito.

—(1991), *El transfondo político de las violencias urbanas*, inédito.

-(1993), "Espacio público y violencias privadas", en JIMENO, Myriam (comp.), *Conflicto social y violencia, notas para una discusión*, Memorias del Simposio Conflicto Social en América Latina, Bogotá, VI Congreso de Antropología en Colombia, IFEA-Sociedad Antropológica de Colombia.

GONZÁLEZ A., José Alirio (1990), "Sumapaz: notas para una interpretación de la violencia", en *Análisis 4: conflicto social y violencia en Colombia*, Bogotá, CINEP, Documentos Ocasionales N° 60.

HAAS, Jonathan (ed.) (1991), T*he Anthropology of War*, Cambridge, Cambridge University Press.

HARKER, Friederich (1973), *Agresión*, Barcelona, Grijalbo.

HANNERZ, Ulf (1986), *Exploración de la ciudad*, México, Fondo de Cultura Económica.

HARRIS, Marvin (1974), "Primitive War", en: *Cows, Pigs, Wars and Witche*s. The Riddles of Culture, New York, Vintage Books.

- (1984), "A Cultural Materialist Theory of Band and Villa ge Warfare: The Yanomano Test", en FERGUSON, R. Brian (ed.), *Warfare, Culture and Environment,* New York, London, Academic Press.

HEELAS, Paul, (1983), "Anthropological Perspectives on Violence. Universals and Particulars", en *Zygon*, vol. 18, N° 4, pp. 375-403.

HELLER, Agnes (1980), *Instinto, agresividad y carácter,* Barcelona, Ediciones Península.

HOBSBAWM, Eric J. (1983), *Rebeldes primitivos: estudio so bre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, Ariel.

HODGES, H.A. (1968), en *International Encyclopedia of the Social Sciences*, D. Still, Ed, MacMíllan Company, The Free Press, vol. 4, pp. 185-187.

HOMMER-DIXON, Thomas, Jeffrey BOUTWELL y George RATHJENS (1993), "Environmental Change and Violent Conflict", en *Scientific American*, vol. 268, N° 2, febre ro, pp. 38-45.

HOWARD, Ross y Marc COLLEGE (1986), "The Limits to Social Structure: Social, Structural and Psychocultural Explanations for Political Conflict and Violence", en *Anthropologycal Quarterly*, vol, 59, N° 4, octubre, pp. 172-176.

HOYOS, José Fernando (1993). "Las balas están desangrando la salud", *Informe General, El Tiempo*, domingo 10 de octubre, p. 11A.

HUESMANN, L. Rowell (ed.) (1994), *Aggressive Behavior. Current Perspectives,* London, New York, Plenum Press.

IMBERT, Gerard (1992), *Los escenarios de la violencia: con ductas anómicas y orden social en la España actual,* Barcelona, Icaria.

JAEGER, Richard M. (1982), *Sampling in Education and the Social-Sciences*, New York, London, Longman.

JIMENO, Myriam (comp.), (1993), *Conflicto social y violencia, notas para una discusión, Memorias del Simposio Conflicto Social en América Latina, VI Congreso de Antropología en Colombia*, Bogotá, IFEA-Sociedad Antropológica de Colombia.

JODELET, Denise (1984), "La representación social, fenóme nos, conceptos y teorías", en Serge Moscovoci: *Psicología social II*, Barcelona, Buenos Aires, Paidós, pp. 469-494.

KALIN, N.H (1993), "The Neourobiology of Fear", en *Scientific American,* vol. 266, N° 5, pp. 54-60.

KAPLAN, Harold, Benjamin SADOCK y Jack GREBB (1994), *Synopsis of Psychiatry,* séptima edición, Baltimore, Wi lliams y Wilkins.

KLEIN, M. y otros (1952), *Developments of Psychoanalysis,* Hogarth Press, London.

LEFKOWITZ, M.M., L.D. ERON y otros (1977), *Growing Up to Be Violent: A Longitudinal Study of the Development of Aggression,* New York, Pergamon Press.

LINARES, J. (1981), *Agresividad e ideología, el debate de la violencia humana,* Barcelona, Fontamara.

LINGER, Touro Daniel (1992), *Dangerous Encounters: Meanings of Violence in a Brazilian City,* Stanford, Stanford University Press.

LORENZ, Konrad (1978), *Sobre la agresión: el pretendido mal*, México, [Siglo XXI Editores.
MACKLEED, A.K., J.M.G. WILLIAMS y DA BEKERIAN (1991), "Worry Is Reasonable: The Role of Explanations about Future Personal Events", en *Journal Abnormal Psychology,* vol. 100, N° 4, pp. 478-486.
MCKAY, Mathew, Peter ROGERS y Judith MCKAY (1989), When Anger Hurts, New York, M.J.F. Books.
MESSNER, Steven (1988), "Research on Cultural and Socioeconomic Factors in Criminal Violence", en *The Psychiatric Clinics of North America*, vol. 11, N° 4, diciembre, pp. 511-526.
MINISTERIO DE SALUD, *Centro Nacional de Consultoría (1993), Estudio nacional de salud mental y consumo de sustancias psicoactivas, Informe preliminar presentado a la división de comportamiento humano por Yolanda Torres de Galvis*, Bogotá.
—, División de Comportamiento Humano (1993), *Estudio nacional de salud mental y consumo de sustancias psicoactivas: Santafé de Bogotá, Resumen [ejecutivo realiza do por el Centro Nacional de Consultoría,* Bogotá.
MOLANO, Alfredo, (1991), *Siguiendo el corte: relatos de guerras y de tierras,* Bogotá, El Áncora Editores.
- (1993), "Prólogo", en JIMENO, Myriam (comp.), *Conflicto social y violencia, notas para una discusión, Memorias del Simposio Conflicto Social en América Latina*, VI Congreso de Antropología en Colombia, Bogotá, IFEA-Sociedad Antropológica de Colombia.
- (1994), *Trochas y fusiles*, Bogotá, IEPRI-E1 Áncora Editores.
MONTENEGRO T., Armando (1994), "Justicia y desarrollo", Departamento Nacional de Planeación, Bogotá, abril 20, Documento de trabajo.
NELSON, Keith y Spencer OLIN (1979), *Why War? Ideology, Theory and History,* Berkeley, Los Angeles. University of California Press.
ORTIZ, Carlos Miguel (1992), "Los estudios sobre la violencia en las tres últimas décadas", en *Boletín Socioeconómico,* CIDSE, Nos. 24-25, agosto-diciembre, pp. 45-78.
OWENS, Glynn y J.B. ASCCROFT (1985), *Violence: A Guide for Caring Professions*, London Croom Helm, Provident House.

PARKE, R., (1974), "Rules and Resistence to Deviation: Recent Advances in Punishment, Discipline and Self-Control", en PICK, A.D. (ed.), *Minnesota Symposia and Child Ps ychology*, Minneapolis University of Minessota Press, vol. 8, pp. 11-143.

PARSONS, Talcott, ([1937] 1968), *The Structure of Social Action,* New York, London. The Free Press, vol. II, Weber.

PERSONERÍA DE SANTAFÉ DE BOGOTÁ, D.C. (1994a), *Estadísticas de muertes violentas y presuntamente violentas: julio de 1992 a julio de 1994*, Bogotá. Divulgación y Prensa, División de Informática.

— (1994b), I*nformes y estadísticas de muertes violentas y otras ocurridas en el mes de julio-agosto-septiembre-octubre de 1994,* Bogotá, División de Desarrollo Organizacional e Informática.

POLICÍA NACIONAL, Subdirección de Policía Judicial e Investigación (1994), *Criminalidad 1993, tendencia delincuencial:primer trimestre 1994*, Bogotá.

QUEIROZ, María Isaura Pereira de (1983), *Variaçoes sobre a técnica de gravador no registro da informacao viva*, Sao Paulo, CERU y FFLCH-UPS.

RAJ, Des, (1968) *Sampling Theory*, New York, McGraw Hill.

REISS, Albert y Jeffrey A. ROTH (1993), *Understanding and Preventing Violence,* Washington, National Academy Press.

ROMERO V., J. Mauricio (1990), "Tierra y violencia en Córdoba", en *Análisis 4: conflicto social y violencia en Colombia*, Bogotá, CINEP, Documentos Ocasionales, N° 60.

SEGOVIA, Guillermo (1994), *La violencia en Santafé de Bogotá* Bogotá. Alcaldía Mayor de Bogotá, Consejería para la Juventud, la Mujer y la Familia.

SEVILLA, Elias (1991), "Violencia redefinida", en *Revista latinoamericana de Comunicación CHASQUI*, N° 37, Quito, pp. 74-81.

SEYMOUR, Charlotte-Smith (1990), *Macmillan Dictionary of Anthropology,* London, The Macmillan Press.

SILVERBERG, James y Patrick GRAY (1992), *Aggression and Peacefulness in Humans and Other Primates*, Oxford, Oxford University Press.

SLABY, RG. y N.G. GUERRA (1988), "Cognitive Mediators of Aggression in Adolescent Offenders", en *Assessment, Developmental Psychology*, N° 24, pp. 580-588.

SOARES, Luis Eduardo y otros (1993), *Violencia contra a mulher: levantamento e análise de dados sobre o Rio de Janeiro em contraste com informagoes nacionais en núcleso de pesquisa*, Río de Janeiro, Apoio FAPERJ.

TARDIFF, Kenneth (1988), "Determinants of Human Violence", en *Annual Review,* vol. 6, Washington, American Psychiatry Press.

TAUSSIG, Michael (1992), *The Nervous System*, New York, London, Roudedge.

THOMPSON, Steven K. (1987), "Sample Size for Estimating Multinomial Proportions", en *The American Statistician*, vol. 41, N° 1, febrero, pp. 42-46.

TORTORA, Robert D. (1978), "A Note on Sample Size Estima tion for Multinomial Populations", en *The American Statistician,* vol. 32, N° 3, agosto, pp. 100-102.

UNIVERSIDAD DEL VALLE, Secretaría de Salud del Departa mento del Valle (1993), "Exploración sobre niveles objetivos y subjetivos de violencia intrafamiliar en el municipio de Buenaventura", *Informe de investigación*, Cali, enero.

VARGAS V., Alejo (1993), "Violencia en la vida cotidiana", en *Violencia en la región andina: él caso Colombia*, Bogotá, CINEP.

WILSON, Edward (1978), *On Human Nature*, Massachusetts, Harvard University Press.

WITT, David (1987), "A Conflict Theory of Family Violence", en *Journal of Family Violence*, vol. 2, N° 4, pp. 291-299.

ZULETA, Estanislao (1991), *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*, Bogotá, Altamir Ediciones.

ANEXOS

ANEXO I

Metodología y síntesis estadística

En toda investigación empírica existe un conjunto de individuos, instituciones u otras entidades que constituyen el objeto de estudio (Jaeger, 1982:3). En este caso se consideró como población objetiva el conjunto de familias que recibe atención por consulta externa en el Centro de Salud N° 16, adscrito al Hospital San Juan de Dios. Desde un punto de vista más general, podemos definirlo como un conjunto de familias de estrato bajo del Distrito Capital, ya que puede considerarse que las familias atendidas en el centro asistencial representan adecuadamente este nivel socioeconómico.

El Centro de Salud N° 16 está ubicado en la carrera 10 con calle 1 y tiene una zona de cobertura compuesta, de norte a sur, por los barrios Tequendama, San Bernardo, Policarpa Salavarrieta, Sevilla, Ciudad Berna, Urbanización Fucha y Ciudad Jardín Sur. Sus límites están dados por la carrera 10 hacia el occidente, la calle 22 sur hacia el sur, la Avenida Caracas hacia el occidente y la calle 6 hacia el norte. El 90% de los pacientes que son atendidos en el Centro de Salud pertenece a los barrios Policarpa Salavarrieta y San Bernardo, que son los de menores recursos económicos del área de influencia.

Existe una población flotante que no tiene su residencia permanente en la zona de influencia, pero que consulta el Centro de Salud (Ciudad Bolívar, Kennedy, Suba, Bosa, etcétera). Desde el punto de vista de los objetivos no hay una gran diferencia, pues quienes pertenecen a la zona son similares en condiciones socioculturales a los del área de influencia.

Un promedio de 64 personas son atendidas de lunes a viernes, en dos jornadas (mañana y tarde), observándose un ligero incremento en el número de consultas los días lunes y una leve disminución los viernes. Allí acuden personas de todos los grupos de edad, aunque el mayor número de consultas se observa en mujeres entre los 15 y los 45 años.

Se diseñaron dos tipos de instrumentos para el abordaje del tema de estudio: la entrevista semiestructurada y los relatos de vida La guía de la entrevista tomó tres grandes campos informativos: características del individuo[1]; experiencias de violencia en el hogar de origen y/o en el actual[2] y experiencias de violencia fuera del hogar[3]

La selección de la muestra se definió como el conjunto de familias, representadas por las personas mayores de 14 años, que recibe atención en el Centro de salud N° 16, en la consulta externa de dermatología

Inicialmente se pensó en la aplicación de las entrevistas a los pacientes que asistieron a la consulta médica general. Sin embargo, se observó que la gran mayoría de personas que asisten a dicha consulta son de sexo femenino en control prenatal y en planificación, así como niños que asisten al programa de control de niño sano. Esta situación representaba un serio problema para el estudio, ya que se excluirían muchos pacientes por edad y, además, el número de hombres sería muy reducido. Por otra parte, a pesar de la información suministrada al personal paramédico de dicha consulta acerca de la

1. Elementos tales como sexo, edad, escolaridad, estado civil, religión, ingresos, lugar de origen, tiempo de residencia en Bogotá, razones de migración y actividades compartidas con el vecindario, entre otros.
2. Algunos ejemplos de este campo informativo son las preguntas sobre conceptos de lo que se considera violencia y maltrato, experiencias de maltrato en el hogar de origen, causas atribuidas del maltrato, razones para soportarlo, intervención de terceros, hechos desencadenantes, etcétera.
3. Unos cuantos de los elementos tomados en cuenta fueron temas como experiencias de violencia en la calle, atraco y robo, porte de armas, formas de apoyo a la autoridad, papel del alcohol, deseo de vivir en otra ciudad de Colombia y en otro país, confianza en la justicia, en la Iglesia, en la policía, en la atención hospitalaria, en la educación, en las fuerzas armadas, en los políticos, en la guerrilla, y la justificación de la violencia en ciertas circunstancias particulares.

metodología muestral del estudio, su colaboración fue muy escasa lo cual dificultaba la realización de las entrevistas.

El Centro de Salud cuenta con una consulta de dermatología que presentó algunas ventajas con respecto a otro tipo de consultas, sobre todo en lo que se refiere a la definición de la población de muestreo. La principal es que no puede suponerse que las personas que asisten a las consultas de dermatología tengan una mayor inclinación a comportarse violentamente o a ser víctimas de la violencia que aquellas que asisten a otro tipo de consultas en el Centro. Además, sus pacientes son ambulatorios, provienen del área de influencia del hospital, representan ambos sexos y diferentes grupos etáreos. Estas ventajas incidieron definitivamente para que se seleccionara la muestra entre los pacientes que acuden a este servicio.

Es importante mencionar que algunas personas que no cumplían con los criterios de inclusión escogidos para el estudio o con los cuales fue imposible desarrollar la entrevista, fueron excluidas del conjunto a seleccionar. Los criterios de exclusión fueron los siguientes:

1. Ser menor de 15 años;
2. No residir de manera permanente en Bogotá;
3. Rechazar la realización de la entrevista;
4. Presentar dificultad para la ejecución de la entrevista por problemas de tipo médico: hipoacusia, retardo mental, et cétera;
5. Ser pacientes que ya habían sido entrevistados anterior mente (controles).

La consulta de dermatología se lleva a cabo los días lunes, martes, miércoles y viernes en horas de la mañana Diariamente se atienden aproximadamente 16 pacientes; de éstos, algunos son de primera vez, otros de control y otros más son ocasionales.

En toda investigación muestral existen elementos que proporcionan la información requerida directa o indirectamente. Estos elementos son denominados ‘unidades de observación. La unidad de observación principal en la investigación fue la persona del grupo familiar (quien solicitó la consulta) que suministró la información.

Claramente relacionadas con las unidades de observación están las unidades de análisis, que son aquellas sobre las cuales se desea obtener alguna conclusión estadística. Unas son de mayor trascendencia (principales) que otras (secundarias). La unidad principal de análisis definida es el grupo familiar primario asociado a la persona entrevistada. Este está compuesto por aquellas personas que poseen un alto grado de consanguinidad y que viven bajo el mismo techo. En algunos casos puede incluir a otras personas con las cuales se ha mantenido una relación prolongada en la misma vivienda. Como unidades secundarias de análisis se consideraron, entre otras, los padres, los hijos, la pareja, el vecindario, la ciudad.

La selección del diseño muestral a utilizar es determinante en la bondad de los resultados obtenidos. Un diseño muestral eficiente es aquel que alcanza los objetivos deseados al mínimo costo. Desafortunadamente, no siempre es fácil lograr el diseño adecuado debido esencialmente a factores económicos y de selección. En este trabajo, como en muchos más de características similares, la principal dificultad radica en la imposibilidad "física" de seleccionar una muestra estrictamente aleatoria. Sin embargo, el análisis de diferentes situaciones permite en muchos casos seleccionar muestras que bajo ciertos supuestos válidos pueden considerarse como aleatorias. Este es nuestro caso. Las razones básicas que justifican el hecho de considerar una muestra de las personas que son atendidas en la consulta de dermatología como representativa del sector de cobertura del estudio pueden resumirse así:

1. Las afecciones de la piel difícilmente pueden considerarse dependientes del nivel de violencia en el grupo familiar del paciente. Por tanto, el conjunto de personas entrevistadas, antes de proporcionar información sobre grupos familiares violentos, lo hace sobre todos los grupos familiares de la población muestreada. En este caso no tendríamos sesgos importantes en las estimaciones.

2. Los problemas dermatológicos atacan de una manera "aleatoria" a los habitantes del sector de estudio, puesto que gran parte de los agentes infecciosos y de otras causas del problema se presentan de

una forma más o menos uniforme en la población objetivo y muestreada. Ahora, la consulta puede considerarse altamente dependiente de la afección, aunque con un grado mayor en el caso de las mujeres que en el de los hombres. Las personas entrevistadas, por tanto, podrían representar objetivamente a la población y podrían ser consideradas como muestras "aproximadamente aleatorias" tanto de los hombres como de las mujeres en el sector de influencia.

3. En la medida en que los anteriores supuestos sean válidos, se podrá hacer uso de las técnicas estadísticas para hacer inferencias a la población.

El paso siguiente consistió en seleccionar el tipo de muestra adecuado. Inicialmente consistió en seleccionar una muestra sistemática aleatoria en cada uno de los días señalados para recolectar la información. El "momento estadístico" de la investigación fue el período comprendido entre el 12 de enero y el 16 de febrero de 1994. Sin embargo, el reducido número de consultas diarias facilitó el diseño. Entonces se decidió considerar a todas las personas que solicitaban consulta durante ese período. Cada día se atiende un número aproximado de 11 mujeres y 5 hombres. De estos fue posible entrevistar en promedio 9 mujeres y 4 hombres. Tanto en el caso de las mujeres como en el de los hombres, un día puede considerarse como un conglomerado de personas. Desde un punto de vista metodológico, podría concluirse que el diseño muestral definitivo considerado es equivalente a un muestreo por conglomerados de tamaño aproximadamente igual.

Con respecto a la selección del período del 12 de enero al 16 de febrero, debe mencionarse lo siguiente:

1. Este período se seleccionó primordialmente porque coincidió con la obtención de los recursos materiales y humanos para llevar a cabo las entrevistas.

2. Desde un punto de vista general, cualquier otro período de longitud real igual hubiera podido seleccionarse. El período considerado no influye para nada en las variables o en los factores de estudio. El supuesto de distribuciones iguales en períodos iguales,

con fechas de inicio y de terminación diferentes, es perfectamente válido.

3. La probabilidad de haber seleccionado cualquier otro período puede considerarse por tanto igual.

4. Los anteriores puntos justifican el supuesto no sólo de que la muestra es de conglomerados, sino de que es, así mismo, probabilística. Posteriormente se explicarán las razones que permiten asimilar esta muestra a una aleatoria simple, en lo relativo a su tamaño.

El procedimiento de selección tenía las siguientes ventajas:

1. Los días de la semana dedicados a la atención de pacientes estarían adecuadamente representados con respecto al total semanal.

2. Al entrevistar a todas las personas, en esta primera etapa no existirían errores de tipo muestral en cada conglomerado (día) en el período señalado; éstos solamente se originan en la expansión de la información a toda la población.

3. Se evitaría prolongar demasiado el tiempo de recolección de la información, lo cual agilizaría el tratamiento estadístico y disminuiría un poco los costos.

Para la estimación del tamaño de la muestra se tuvieron en cuenta estos aspectos:

1. Las preguntas del cuestionario tienen, en su mayoría, respuestas múltiples y no excluyentes. Esto permite considerar las diferentes respuestas como variables aleatorias con distribuciones hipergeométricas generalizadas, que pueden ser aproximadas con distribuciones multinomiales para tamaños de muestra no demasiado pequeños.

2. La gran homogeneidad que, se supone, existe entre algunas variables importantes del estudio (aquéllas asociadas directamente con los factores de violencia), garantiza obtener resultados aceptables con muestras no muy grandes.

3. El presupuesto y demás recursos existentes eran limitados.

4. Como ocurre con gran parte de las investigaciones sociales, las principales variables a analizar son de tipo cualitativo y, con base

en ellas, se debe deterrninar el tamaño de la muestra. Por eso se recurrió a la solución más práctica, y una de las mejor sustentadas con respecto al tamaño de muestra para distribuciones multinomiales, que se debe a Thompson (1987). Aproximaciones similares pueden consultarse en Tortora (1978) y Bomaghin (1993).

5. El coeficiente de correlación interclásico (Raj, 1968:108-110) pene un valor que puede considerarse pequeño para la mayoría de las variables objeto de estudio, lo que permite asimilar estas muestras a unas aleatorias simples.

Las consideraciones anteriores justificaron la selección de los 21 conglomerados (días hábiles) como muestra inicial. Estos 21 conglomerados correspondieron a un total de 347 personas. Sin embargo, el número de personas que no asistieron a la consulta cuando fueron citadas, que rechazaron la entrevista o que no cumplieron con las condiciones de inclusión fue mayor del esperado. En resumen, se entrevistaron 264 personas, a pesar de que el número citado fue de 347. Un número de 264 personas (84 hombres, 180 mujeres) implica, de acuerdo con Thompson, una confiabilidad mínima aproximada de 80%, con un error absoluto aproximado de 5 puntos (5%) en las estimaciones de proporciones y de porcentajes para la población objeto de estudio. Así, la muestra final efectiva, que es el conjunto de personas entrevistadas durante los 21 días seleccionados, de las cuales se pudo obtener la información requerida, fue de 264.

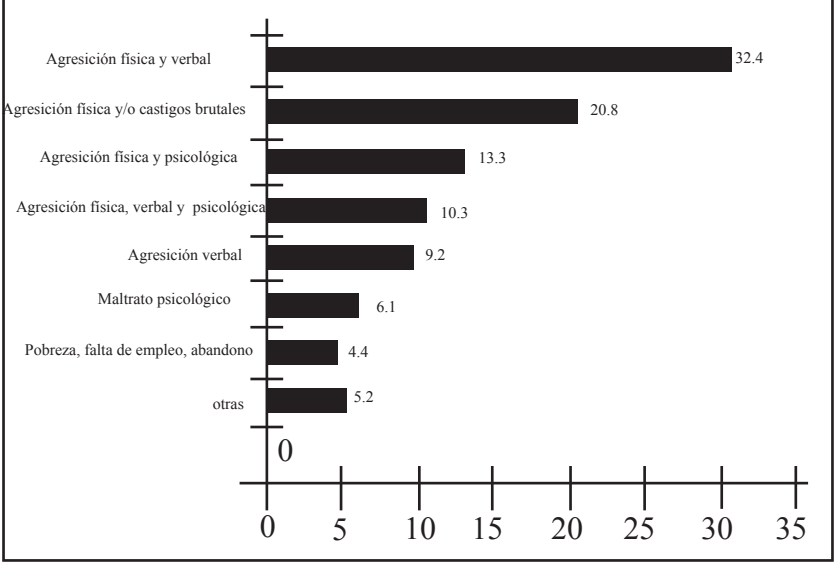
La distribución del número de entrevistas llevadas a cabo por días, por semanas y por sexo se observa a continuación. Igualmente, Se han hecho observaciones generales en algunos casos en los que ño pudieron realizarse encuestas a algunas personas. En cuanto a los errores no muestrales, son aquellos no asociados directamente con el proceso matemático-estadístico y que generalpíente tienen que ver con errores en los datos de la fuente, con definiciones incorrectas, con errores de procesamiento de la información, etc., si bien la magnitud de ellos es difícil de cuantificar, en esta investigación se consideran mínimos ya que en cada una de las etapas

del proceso participaron directamente los investigadores del equipo, sin recurrir a encuestadores.

ENTREVISTAS REALIZADAS POR EDAD Y SEXO		
Grupos de edad	Mujeres	Hombres
Menores de 18 años	6	8
18 a 29	37	31
30 a 50	83	23
Mayores de 50 años	54	23
SUBTOTAL	180	85

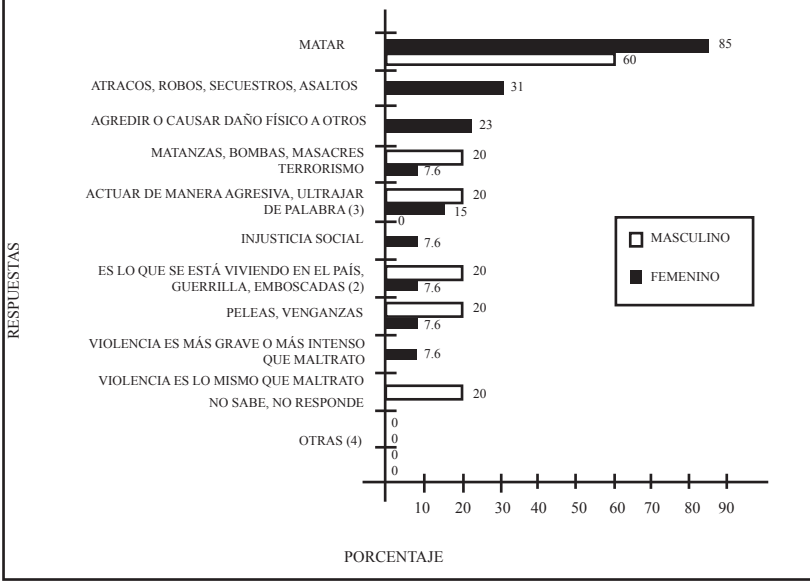
Total de entrevistas estructuradas realizadas: 265; se descartó una, para un total de 264.

GRÁFICA 1



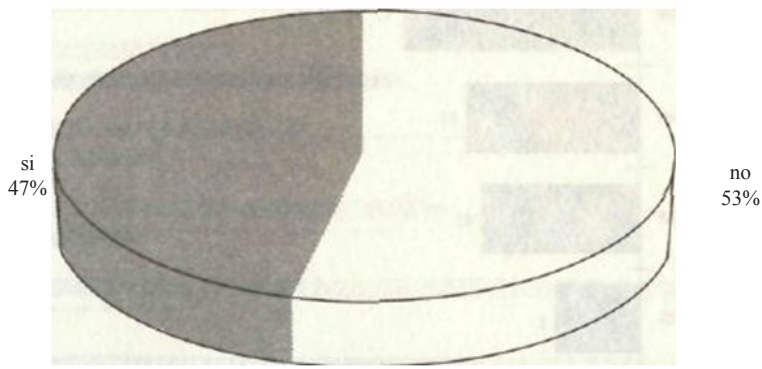
GRÁFICA 2

NOCIONES DE VIOLENCIA EN PERSONAS SIN NINGUNA ESCOLARIDAD



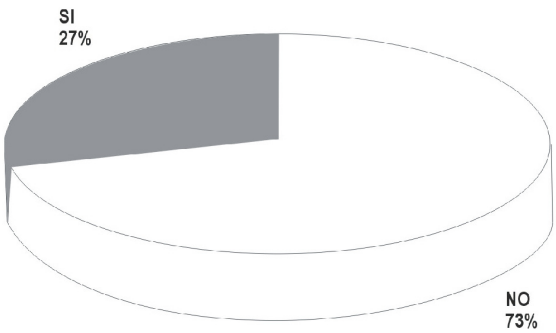
GRÁFICA 3

MALTRATO AL ENTREVISTADO EN EL HOGAR DE ORIGEN
PORCENTAJE GENERAL ESTIMADO



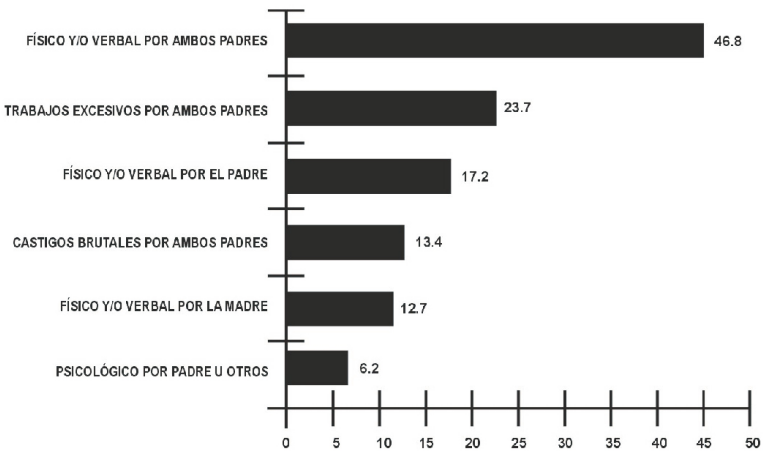
GRÁFICA 4

MALTRATO AL ENTREVISTADO EN EL HOGAR ACTUAL
PORCENTAJE GENERAL ESTIMADO



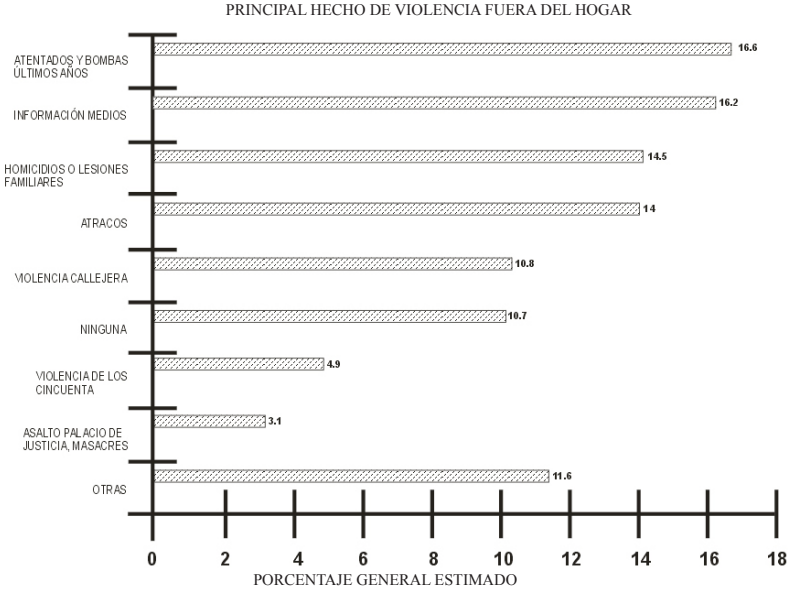
GRÁFICA 5

TIPO DE MALTRATO SUFRIDO POR EL ENTREVISTADO EN EL HOGAR ACTUAL

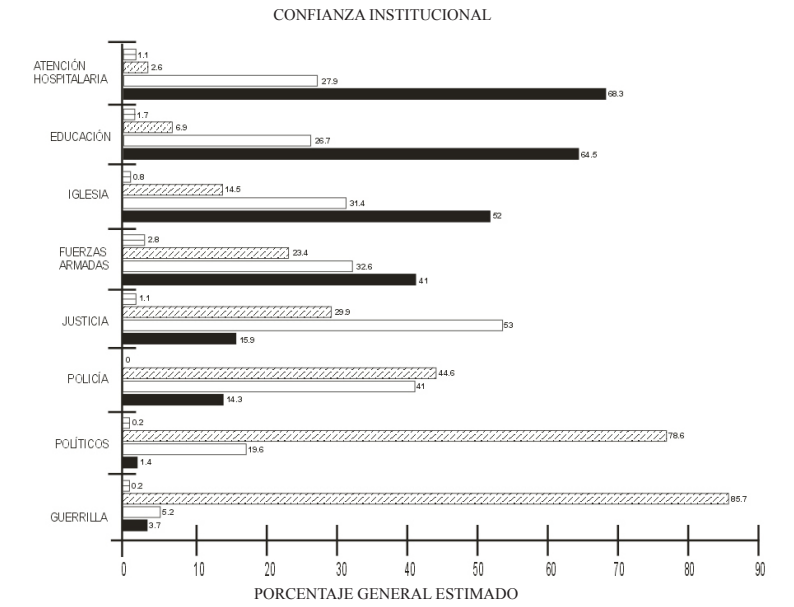


PORCENTAJE GENERAL ESTIMADO

GRÁFICA 6



GRÁFICA 7



ANEXO II. ANÁLISIS ESTADÍSTICO GENERAL

cuadro 1. distribución por sexo

sexo	total	
	frecuencia	%
femenino	180	68,2
masculino	84	31,8
total	264	100,0

cuadro 2. distribución por edad

edad	frecuencia	%
menos de 18 años	14	5,3
18 a 29	68	25,8
30 a 50	105	39,7
más de 50 años	77	29,2
total de entrevistados	264	100,0

cuadro 3. distribución por escolaridad

escolaridad	frecuencia	%
secundaria	112	42,4
primaria	102	38,6
universitaria	30	11,4
ninguna	20	7,6
total de entrevistados	264	100,0

cuadro 4. distribución por estado civil

estado civil	frecuencia	%
casado	95	35,9
soltero	87	32,9
unión libre	46	17,5
otro	36	13,7
total de entrevistados	264	100,0

cuadro 5. distribución por número de hijos

número de hijos	frecuencia	%
0	82	31,0
1	42	16,0
2	48	18,1
3	37	14,0
4	20	7,6
5 ó más	35	13,3
total de entrevistados	264	100,0

cuadro 6. practicante de alguna religión

respuesta	total	
	frecuencia	%
sí	191	72,4
no	73	27,6
total	264	100,0

cuadro 7. religión practicada

religión	total	
	frecuencia	%
católico	179	93,7
otro	12	6,3
total	191	100,0

cuadro 8. lugar de procedencia por reglones

región	total	
	frecuencia	%
oriental	104	64,1
suroriental	27	16,7
central	15	9,2
pacífica	10	6,1
atlántica	6	3,6
total de entrevistados	162	100,0

Cuadro 9. Tiempo de vivir en Bogotá

tiempo (en años)	total	
	frecuencia	%
menos de 1 de	8	4,9
1 a 5	12	7,4
más de 5	143	87,7
total	163	100.0

Cuadro 10. Razones de migración

razones de migración	total	
	frecuencia	%
económica	70	42,9
familiar	37	22,7
educacional	25	15,3
médica	12	7,4
otra	24	14,7
total	163	100,0

Cuadro 11. Ocupación Actual

ocupación actual	total	
	frecuencia	%
hogar	78	29,6
independiente otro (2)	70	26,5
empleado otro (1)	49	18,6
estudiante	37	14,0
empleado profesional	10	3,8
independiente profesional	4	1,5
ninguna	25	9,5
total	264	100,0

(1) obrero de construcción, celador
(2) vendedor ambulante

Cuadro 12. Ingresos familiares

ingreso (en salarios mínimos)	total	
	frecuencia	%
menos de 1	44	16,7
1 a 3	168	63,6
más de 3	49	18,6
no responde	3	1,1
total	264	100,0

Cuadro 13. Tipo de vivienda

tipo de vivienda	total	
	frecuencia	%
propia	138	52,3
arriendo	106	40,2
inquilinato	18	6,8
ninguna de las anteriores	2	0,8
total	264	100,0

Cuadro 14. Maltrato al entrevistado en el hogar de origen

maltrato	total		masculino		femenino		%
	frecuencia	%	frecuencia	%	frecuencia	%	general
no	143	54,2	42	50,0	101	56,1	53,2
sí	121	45,8	42	50,0	79	43,9	46,8
total de entrevistados	264	100,0	84	100,0	180	100,0	100,0

Cuadro 15. Intervención de terceros en el maltrato

respuesta	total	
	frecuencia	%
sí	54	44,6
no	67	55,4
total	121	100,0

Cuadro 16. Maltrato al entrevistado en el hogar actual

respuesta	total		masculino		femenino		%
	frecuencia	%	frecuencia	%	frecuencia	%	general
No	120	65,6	41	87,2	79,0	58,0	72,6
Sí	63	34,4	6	12,7	57,0	41,9	27,3
total de entrevistados	183	100,0	84	100,0	180,0	100,0	100,0

Cuadro 17. intervención de terceros en maltrato en el hogar actual

respuesta	total	
	frecuencia	%
Sí	31	49,2
No	32	50,8
total	63	100,0

Cuadro 18. hijo desaeado

respuesta	total	
	frecuencia	%
Sí	193	73,1
No	36	13,6
No sabe	35	13,3
total	264	100,0

Cuadro 19. tipo de relación con padre, madre, hijos, compañero, hermanos

tipo de relación		porcentaje general estimado			
	hijos	madre	compañero	hermano	padre
afectuosa	91,0	83,2	77,6	74,0	62,1
indiferente	1,0	3,1	3,9	9,6	12,1
hostil	5,0	10,5	13,8	12,8	12,3
ninguna	2,8	3,1	4,5	3,4	13,4
total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

cuadro 20. conocimiento de maltrato en el hogar de los padres

respuestas	% general estimado
madre	19,9
padre	13,4
ambos	17,9
ninguno	28,3
no sabe	20,2
total de entrevistados	100,0

Cuadro 21. necesidad de maltrato en el hogar actual

respuesta	total	
	frecuencia	%
si	95	36,0
no	169	64,0
total	264	100,0

Cuadro 22. personas maltratadas en el hogar actual

personas maltratadas	total	
	frecuencia	%
hijos	72	75,8
hermanos	10	10,5
cónyuge	6	6,3
otros	5	5,3
total	95	100,0

Cuadro 23. frecuencia de maltrato

respuesta	total	
	frecuencia	%
frecuentemente	20	21,0
ocasionalmente	75	79,0
total	95	100.0

Cuadro 24. necesidad de maltratar para tener autoridad

respuesta	total	
	frecuencia	%
si	29	11,0
no	235	89,0
total	264	100,0

Cuadro 25. abuso sexual

respuesta	total	
	frecuencia	%
si	38	14,4
no	226	85,6
total	264	100,0

Cuadro 26. expresa sentirse triste o nervioso frecuentemente

respuesta	total	
	frecuencia	%
si	177	67,0
no	87	33,0
total	264	100,0

Cuadro 27. se cree una persona valiosa

respuesta	total	
	frecuencia	%
si	237	89,8
no	27	10,2
total	264	100,0

Cuadro 28. se considera una persona desconfiada

respuesta	total	
	frecuencia	%
si	167	63,3
no	97	36,7
total	264	100,0

Cuadro 29. enojado le cuesta trabajo controlarse

respuesta	total	
	frecuencia	%
si	100	37,9
no	164	62,1
total	264	100,0

Cuadro 30. reacción ante la agresión por sentirse humillado

respuesta	total	
	frecuencia	%
si	96	36,4
no	168	63,6
total	264	100,0

Cuadro 31. Expresa sentir necesidad de andar armado

respuesta	total	
	frecuencia	%
si	57	21,6
no	207	78,4
total	264	100,0

Cuadro 32. tipo de arma

tipo de arma	total	
	frecuencia	%
fuego	9	60,0
blanca	6	40,0
total	15	100,0

Cuadro 33. frecuencia en la utilización de armas

respuesta	total	
	frecuencia	%
frecuentemente	1	5,3
ocasionalmente	18	94,7
total	19	100,0

Cuadro 34. frecuencia con que han utilizado armas en su contra

número de veces	total	
	frecuencia	%
una	56	53,3
dos a tres	35	33,3
tres o más	14	13,4
total	105	100,0

Cuadro 35. armas usadas en contra de la persona

clase de arma	total	
	frecuencia	%
blanca	84	80,0
fuego	18	17,1
ambas	3	2,9
total	105	100,0

Cuadro 36. adquisición de armas

respuesta	total	
	frecuencia	%
si	132	50,0
no	116	43,9
no sabe	16	6,1
total	264	100,0

Cuadro 37. encarcelamiento

respuesta	total	
	frecuencia	%
frecuentemente	1	5,3
ocasionalmente	18	94,7
total	19	100,0

Cuadro 38. frecuencia de encarcelamiento

número de veces	total	
	frecuencia	%
una a dos	10	55,6
más de dos	8	44,4
total	18	100,0

Cuadro 39. maltrato por autoridades

respuesta	total	
	frecuencia	%
si	60	22,7
no	204	77,3
total	264	100,0

Cuadro 40. maltrato en un sitio diferente del hogar (último mes)

respuesta	total	
	frecuencia	%
si	16	6,1
no	248	93,9
total	264	100,0

Cuadro 41. desearía vivir en otra ciudad de Colombia

respuesta	total	
	frecuencia	%
si	118	44,7
no	145	54,9
no sabe	1	0,4
total	264	100,0

Cuadro 42. considera peligroso vivir en Colombia

respuesta	total	
	frecuencia	%
si	122	46,2
no	141	53,4
no sabe	1	0,4
total	264	100,0

Cuadro 43. desearía vivir en otro país

respuesta	total	
	frecuencia	%
si	102	38,6
no	161	61,0
no sabe	1	0,4
total	264	100,0

Cuadro 44. Confianza Institucional

entidad/respuesta	confianza institucional			
	porcentaje general estimado			
	mucho	poco	nada	no sabe
guerrilla	3,7	5,2	85,7	0,2
políticos	1,4	19,6	78,6	0,2
policía	14,3	41,0	44,6	0,0
justicia	15,9	53,0	29,9	1,1
fuerzas armadas	41,0	44,0	23,4	2.8
iglesia	52,0	28,2	14,5	0,8
educación	64,5	12,1	6,9	1,7
atención hospitalaria	68,3	4,1	2,6	1,1

Cuadro 45. actividades con vecinos

clase de actividad	total	
	frecuen.	%
ninguna	169	64,0
reuniones de vecindario y otras	58	22,0
deportes	26	9,8
reuniones sociales	19	7,2
total	264	100,0

Cuadro 46. nociones de maltrato

noción de maltrato	% general estimado
agresión física y verbal	32,4
agresión física y/o castigos brutales	20,8
agresión física y psicológica	13,3
agresión física, verbal, psicológica	10,3
agresión verbal	9,2
maltrato psicológico	6,1
pobreza, falta de empleo, abandono	4,4
otras	5,2
total frecuencia	101,7
total de entrevistados	100

Cuadro 47. nociones de violencia según sexo y escolaridad, porcentaje general estimado

nociones de violencia	porcentaje general estimado							
	femenino				masculino			
	ning.	prim.	sec.	univ.	ning.	prim.	sec.	univ.
	%	%	%	%	%	%	%	%
matar	84,6	43,5	38,0	5,5	60,0	41,6	27,2	36,3
agredir o causar daño físico a otros (1)	23,0	32,0	35,2	72,2	0,0	20,8	29,5	36,3
atracos, robos, secuestros, asaltos	30,7	29,0	19,7	16,6	0,0	41,6	37,5	9,0
matanzas, bombas, masacres, terrorismo	7,6	24,3	9,8	5,5	20,0	25,0	4,5	27,2
es lo que se está viviendo en el país, guerrilla,	7,6	16,6	12,6	5,5	20,0	33,3	40,9	9,0
emboscadas (2)	0,0	15,3	16,9	27,7	0,0	8,3	27,2	9,0 9,0
violencia es lo mismo que el maltrato	7,6	12,8	0,0	0,0	20,0	4,2 8,3	0,0	45,4
peleas, venganzas	15,3	11,5	19,7	27,7	20,0	4,2	15,9	45,4
actuar de manera agresiva, ultrajar de palabra (3)	7,6 7,6	3,8	7,0	5,5	0,0	8,3 8,3	2,3	0,0 9,0
violencia es más grave o intenso que maltrato	0,0 0,0	2,5 3,8	5,6	11,1	0,0	0,0	6,8	0,0
injusticia social		2,5	7,0	5,5 0,0	0,0		15,9	
otras(4)			0,0		20,0		0,0	
no sabe no responde								
total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

(1) incluye : amenazar con armas, utilizar la fuerza y hacerle mal a las personas, torturas y violación sexual

(2) incluye : enfrentamientos con guerrilla, guerras

(3) incluye: maltratar moralmente (agresión emocional, agresión psíquica, maltrato moral) además incluye cuando la persona es de mal genio, descontrolada, rencorosa

(4) incluye: incendios, política, es lo que se ve por televisión, problemas raciales, manera de expresar inconformidad, corrupción, enfermedad, narcotráfico, represión, forma de vida, es algo que no es debido, maltrato a niños, quitar los bienes

Cuadro 48. tipo de maltrato sufrido por el entrevistado en el hogar de origen

Tipo de castigo y persona que lo realizaba.	%gen. estimado
físico y/o verbal por ambos padres	46,8
trabajos excesivos por ambos padres	23,7
físico y/o verbal por el padre	17,2
castigos brutales por ambos padres	13,4
físico y/o verbal por la madre	12,7
psicológico por padre u otros	6,2
total frecuencia	>100
total de entrevistados	121

Cuadro 49. causas atribuidas que da el entrevistado al maltrato en el hogar de origen

respuestas	% gen. estimado
agresor maltratado, irascible o enfermo	22,1
ignorancia, envidia	20,8
forma de corregir en ese tiempo	17,1
desobediencia	11,0
embriaguez, incapacidad e infidelidad	10,4
pobreza	6,1
no era hijo del maltratante	5,6
no sabe	1,8
otros	13,4
total frecuencia	131
total de entrevistados	121

Cuadro 50. razones que da el entrevistado para soportar el maltrato en el hogar de origen

respuestas	% gen. estimado
corta edad y ninguna alternativa	53,7
derecho paternal	14,8
forma de castigo común	14,0
no lo soportó	14,0
miedo al agresor	5,0
otras	6,6

Cuadro 51. intervención de terceros en el hogar de origen

razón de intervención	total	
	frec.	%
para no castigar	46	85,2
para castigar más	5	9,3
aconsejaban para que se fugara o demandara	3	5,5
total	54	100,0

Cuadro 52. hechos ocasionantes del maltrato al entrevistado en el hogar de origen

hechos ocasionantes	total	
	frecuen.	%
sin motivo aparente	45	37,2
desobediencia	27	22,3
incapacidad de cumplir unas labores	26	21,5
fuga de la escuela o no estudio	5	4,1
por amistades, novios o salidas	16	13,2
peleas entre hermanos	5	4,1
consumo de licor del maltratante	7	5,8
falta de amor y comprensión	7	5,8
juego o ruidos de los niños	7	5,8
total	121	100,0

Cuadro 53. causas atribuidas de maltrato al entrevistado en el hogar actual

causas	%gen. estimado
celos o infidelidad	33,3
embriaguez	30,1
enfermedad crónica, falta de amor	12,6
agresor irascible o estricto	11,1
dependencia económica, envidia	7,9
machismo a autoritarismo	4,7
otros	7,9

Cuadro 54. razones para soportar el maltrato en el hogar actual (al cónyuge)

respuestas	% gen. estimado
los hijos, porque lo quería	37,7
no soportó, se separó	21,4
dependencia económica, o enfermedad	9,6
rol normal o riesgo matrimonial	13,5
temor social	4,4
otros	22,8

Cuadro 55. intervención de terceros

respuestas	total	
	frecuen.	%
hijos contra el castigo	15	48,4
vecinos o parientes contra el castigo	11	35,5
familiares, otros para castigar más	3	9,7
padres para aconsejar	3	9,7
total	31	100,0

Cuadro 56. hechos ocasionantes de maltrato en el hogar actual

respuestas	total	
	frecuen.	%
sin motivo aparente	24	38,1
infidelidad, celos	16	25,4
embriaguez del maltratante	13	20,6
falta de amor y comprensión	5	7,9
contradecir al cónyuge	4	6,3
reclamos sobre labores de hogar	3	4,8
otras	8	12,7
total	63	100,0

Cuadro 57. se considera hijo deseado

respuesta	total	
	frecuen.	%
si, se sentía apreciado	111	59,4
si, por ser primogénito, menor, único	26	13,9
si, por creencias religiosas	11	5,9
no, no se sentía apreciado	14	7,5
no, no conocían métodos de planificación	14	7,5
no, por su sexo	5	2,7
no, se sentía maltratado	5	2,7
no, no querían tener hijos	3	1,6
total	187	100,0

Cuadro 58. motivos para maltratar a hijos dentro del hogar actual. Porcentaje general estimado

motivos para maltratar	%
desobediencia	38,7
no estudio	14,2
corregir	13,4
sin motivo aparente	10,7
peleas entre hermanos	4,8
robos menores	4,8
malas compañías	1,3
otras	11,6

Cuadro 59. clases de castigo a hijos en el hogar actual

respuestas	total	
	frecuen.	%
físicos o verbales menores	75	79,0
privación de gustos	20	21,1
físico brutal	13	13,7
encierro y otros	4	4,2
total	95	100,0

Cuadro 60. la autoridad en el hogar como justificación para el maltrato

respuestas	total	
	frecuen.	%
si, para que obedezca	16	6,1
si, para formarlo como persona de bien	14	5,3
no, porque hay otros medios	107	40,5
no, porque se puede dialogar	98	37,1
no, sin especificar	35	13,3
total	264	100,0

Cuadro 61. motivos aducidos para castigar al compañero

respuestas	total	
	frecuen.	%
si, en defensa propia	19	31,7
si, por infidelidad, irresponsabilidad	7	11,7
si, por desacuerdo en labores domésticas	5	8,3
si, por intolerancia del agresor	3	5,0
si, por celos	1	1,7
no, no hay razón	17	28,3
no, temor a la agresión	9	15,0
total	60	100,0

Cuadro 62. motivos de tristeza o nerviosismo frecuentemente

respuestas	total	
	frecuen.	%
si, por enfermedad propia o de la familia	45	19,9
si, por la situación económica	38	16,8
si, por soledad o alejamiento familiar	27	12,0
si, por falta de realización personal	10	4,4
si, por inseguridad	10	4,4
si, por otros motivos	68	30,1
no, por ser tranquilo u optimista	15	6,6
no, por otras razones	36	15,9
total	226	100,0

Cuadro 63. motivos de autoestima

respuestas	total	
	frecuen.	%
si, por sentirse útil	104	39,4
si, por sus cualidades o principios	101	38,3
si, por ser cumplidor del deber	23	8,7
si, porque se siente querido	21	8,0
si, por ser padre único responsable	14	5,3
no, por viejo, enfermo, inútil, falto de afecto	14	5,3
no, por pobre o estar desempleado	5	1,9
no, no sabe o no entiende	10	3,8
total	264	100,0

Cuadro 64. motivos para ser desconfiado

respuestas	total	
	frecuen.	%
si, por prevención propia	95	44,2
si, por experiencia propia	63	29,3
si, por experiencias ajenas	8	3,7
si, porque la gente es deshonesta	6	2,8
no es desconfiado	40	18,6
no, porque la gente es buena	4	1,9
no, porque no ha hecho mal a nadie	1	0,5
total	215	100,0

Cuadro 65. motivos de falta de control

respuestas	total	
	frecuen.	%
si, nervioso, mal geniado, impulsivo	71	39,2
si, porque halla justificación	8	4,4
si, pero no sabe la razón	7	3,9
si, por alcohol o drogas	2	51,4
no, porque cede rápidamente	93	1,7
no, pero anteriormente si		
total	181	100,0

Cuadro 66. situaciones que le causan enojo

respuestas	total	
	frecuen.	%
la desobediencia	47	17,8
incumplimiento, desorden	34	12,9
cuando no lo complacen en labores	30	11,4
injusticia, situación económica, envidia	25	9,5
invasión de su espacio, apropiación de sus cosas	11	4,2
otras (1)	156	58,7
total	264	100,0

(1) otras: las conductas propias de los niños, juegos, ruidos

Cuadro 67. reacción ante el enojo

respuestas	total	
	frecuen.	%
acepta o evade la situación	145	56,4
grita, insulta	65	25,3
mal genio	34	13,2
llora	26	10,1
deseo de agresión al otro	14	5,5
agresión o autoagresión	12	4,7
arroja o rompe los objetos	6	2,3
total	257	100,0

Cuadro 68. justificación para el uso de armas

respuestas	total	
	frecuen.	%
si, para defenderse de agresiones callejeras	8	42,1
si, para prevenir una agresión	6	31,6
si, para defenderse de agresiones en el hogar	2	10,5
si, para defenderse de intentos de violación	2	10,5
no pero le gustaría tenerlas	1	5,3
total	19	100,0

Cuadro 69. uso de armas en contra de la persona

respuestas	total	
	frecuen.	%
si, para atracarlo	76	72,4
si, para amenazarlo	9	8,6
si, en peleas callejeras	5	4,8
si, por celos	5	4,8
si, por otras razones	15	14,3
total	105	100,0

Cuadro 70. razones de encarcelamiento

respuestas	total	
	frecuen.	%
por lesiones personales o robo	4	28,6
por confusión de identidad	3	21,4
por indocumentado	3	21,4
por homicidio	1	7,1
por malos manejos administrativos	1	7,1
por activista	1	7,1
otras razones	3	21,4
total	14	100,0

Cuadro 71. satisfacción con resultados de demandas

respuestas	total	
	frecuen.	%
si, se hizo justicia	35	50,7
no, el proceso fue infructuoso	23	33,3
no, la autoridad no es eficiente	10	14,5
no, por retiro obligado de la denuncia	2	2,9
total	69	100,0

Cuadro 72 reacción ante el alcohol o la droga

respuestas	total	
	frecuen.	%
si, por pérdida de control	13	25,0
si, por ofensas o provocación	4	7,7
si, se sentía respaldado por el grupo	1	1,9
no, porque se torna alegre, o nostálgico	22	42,3
no, porque controla el licor	12	23,1
total	52	100,0

Cuadro 73. confianza en el barrio donde vive

respuestas	total	
	frecuen.	%
si, porque el barrio es muy tranquilo	75	28,4
si, por conocimiento del vecindario	57	21,6
si, existe solidaridad	23	8,7
si, tiene vigilancia privada	20	7,6
si, toma precauciones	15	5,7
si, por conocimiento de los delincuentes	9	3,4
no, por inseguro, no hay vigilancia	74	28,0
otras (1)	6	2,3
total	264	100,0

(1) otras: no porque hay mucha delincuencia o hay mucha violencia

Cuadro 74. principal hecho de violencia fuera del hogar

hecho de violencia	%
atentados y bombas últimos años	16,6
información medios	16,2
homicidios o lesiones a familiares	14,5
atracos	14,0
violencia callejera	10,8
ninguna	10,7
violencia de los cincuenta	4,9
asalto palacio de justicia, masacres	3,1
otras(1)	11,6

(1) otras: violaciones, las situaciones generadas por el tráfico automotor.

Cuadro 75. solicitud de ayuda ante la violencia

respuestas	total	
	frecuen.	%
los familiares o amigos	20	30,3
la policía	15	22,7
otros (1)	21	31,8
si, por disponibilidad de ayuda	4	6,1
no, para evitar problemas	11	16,7
total	66	100,0

(1) otros: el entrevistado no especificó

Cuadro 76. apoyo esperado

respuestas	total	
	frecuen.	%
si, tuvo apoyo	35	63,6
no, insolidaridad	6	10,9
no, porque no había a quien recurrir	4	7,3
no, falta de credibilidad en la policía	11	20,0
total	55	100,0

Cuadro 77. maltrato por autoridades

respuestas	total	
	frecuen.	%
la policía, ejército, policía de tránsito	45	77,6
profesores o religiosos	7	12,1
jefe o institucional	6	10,3
total	58	100,0

Cuadro 78. lugar de maltrato fuera del hogar

respuestas	total	
	frecuen.	%
calle	8	66,7
trabajo	4	33,3
inquilinato	1	8,3
total	12	100,0

Cuadro 79. motivos para vivir en otra ciudad

respuestas	total	
	frecuen.	%
si, ambiente, clima, conocimiento, procedencia	87	33,0
si, porque Bogotá es peligrosa y/o está contami	25	9,5
si, por razones económicas	11	4,2
si, sin razón especial	5	1,9
no, porque está satisfecho	68	25,8
no, limitación de edad económica	20	7,6
no, más oportunidades de trabajo o estudio	10	3,8
no, sin razón en especial	43	16,3
total	264	100,0

Cuadro 80. motivos para considerar peligroso el país

respuestas	total	
	frecuen.	%
si, violento, inseguro, hay mucha injusticia	118	44,9
no, en todas partes hay violencia	44	16,7
no, pues es mi patria	45	17,1
no, no tengo problemas con nadie	31	11,8
no, sin especificar	25	9,5
no sabe	2	0,8
total	264	100,0

Cuadro 81. le gustaría vivir en otro país

respuestas	total	
	frecuen.	%
si, por conocer y por seguridad	61	23,1
si, por buscar oportunidades	46	17,4
no, porque no conozco a nadie	46	17,4
no, por pobreza o nacionalidad	26	9,9
no, sin especificar	55	20,8
no, se siente bien aquí	34	12,9
total	264	100,0

Cuadro 82. nociones de maltrato por sexo

noción de maltrato	sexo			
	masculino		femenino	
	total	%	total	%
agresión física y/o castigos brutales	19	22,6	34	18,9
agresión verbal	7	8,3	18	10,0
maltrato psicológico	6	7,1	9	5,0
agresión verbal y física	25	29,8	63	35,0
agresión física y psicológica	12	29,8	22	12,2
agresión física, verbal y psicológica	7	8,3	22	12,2
pobreza, falta de empleo, abandono	4	4,8	7	3,9
otras (humillación, infidelidad, forma de vida)	4	4,8	10	5,6
total	84	100,0	180	100,0

Cuadro 83. maltrato en el hogar de origen según sexo

tipo de maltrato	masculino		femenino	
	total	%	total	%
físico y/o verbal por el padre	6	14,0	16	20,5
físico y/o verbal por la madre	6	14,0	9	11,5
físico y/o verbal por ambos padres, otros familiares	21	48,8	35	44,8
castigos brutales	6	14,0	10	12,8
psicológico por padres u otros	2	4,7	6	7,7
trabajos excesivos, discordias entre padres	11	25,6	17	21,8
total	43	100,0	78	100,0

Cuadro 84. nociones de maltrato según edad

noción de maltrato	edad							
	menos de 18		18a29		30a50		más de 50	
	total	%	total	%	total	%	total	%
agresión física y/o castigos brutales	3	21,4	17	25,0	10	19,1	13	17,1
agresión verbal	1	7.1	6	8,8	10	9.5	9	11,8
maltrato psicológico	5	35,7	2	2.9	2	1.9	10	3.2
agresión física y verbal	5	35,7	24	35,3	40	38,1	19	25,0
agresión física y psicológica			9	13,2	16	15.2	4	5.3
agresión verbal, física y psicológica			8	11.8	9	8.6	12	15,8
pobreza, falta de empleo, abandono			1	1.5	5	4,8	5	6,6
otras			2	2.9	4	3,8	7	9,2
total	14	100,0	68	100,0	105	100.0	76	100,0

Cuadro 85. nociones de violencia según edad

noción de violencia	edad							
	menos de 18		18a29		30a50		más de 50	
	total	%	total	%	total	%	total	%
maltrato o no diálogo	6	42,9	22	32,4	28	26.7	11	14,3
castigos severos			8	11,8	7	6.7	9	11.7
agresión grave física o psicológica	3	21.4	26	38.2	51	48,6	48	62,3
terrorismo	4	28,6	10	14.7	12	11.4	13	16,9
humillación, delincuencia, injusticia social	1	7,1	5	7.4	10	9.5	5	6.5
otras y no sabe	3	21,4	3	4,4	6	5.7	7	9.1
total	14	100,0	68	100,0	105	100,0	77	100,0

Cuadro 86. nociones de maltrato según escolaridad

noción de maltrato	escolaridad							
	primaria		secundaria		universitaria		ninguna	
	total	%	total	%	total	%	total	%
agresión física y/o castigos brutales	23	22,6	21	18,8	3	10,0	6	31,6
agresión verbal	13	12,8	9	8,0	2	6,7	1	5,3
maltrato psicológico	7	6,9	4	3,6	1	3,3	3	15,8
agresión física y verbal	33	32,4	43	38,4	9	30,0	3	15,8
agresión física y psicológica	7	6,9	19	17,0	7	23,3	1	5,3
agresión física, verbal, psicológica	13	12,8	9	8,0	6	20,0	1	5,3
pobreza, falta de empleo, abandono	6	5,9	4	3,6			1	5,3
otras	3	2,9	5	4,5	2	6,7	3	15,8
total	102	100,0	112	100,0	30	100,0	19	100,0

Cuadro 87. nociones de violencia según escolaridad

noción de violencia,	escolaridad							
	primaria		secundaria		universitaria		ninguna	
	total	%	total	%	total	%	total	%
maltrato o no diálogo	18	17,7	33	29,5	12	40,0	4	20,0
castigos severos	6	5,9	8	7,1	8	26,7	2	10,0
agresión grave física o psicológica	63	61,8	48	42,9	5	16,7	12	60,0
terrorismo	16	15,7	19	17,0	4	13,3		
humillación, delincuencia, injusticia social	8	7,8	10	8,9	2	6,7	1	5,0
otras y no sabe	8	7,8	8	7,1			3	15,0
total	102	100,0	112	100,0	30	100,0	20	100,0

Cuadro 88. nociones de maltrato según región

noción de maltrato	región									
	atlántica		pacífica		central		oriental		suroriental	
	total	%	total	%	total	%	total	%	total	%
agresión física y/o castigos brutales			3	50,0	3	20,0	19	17,1	7	28,0
agresión verbal			2	13,3	13	11,7	2	8,0		
maltrato psicológico			2	13,3	8	7,2				
agresión física y verbal			2	33,3	7	46,7	37	33,3	9	36,0
agresión física y psicológica	1	20,0					9	8,1	5	20,0
agresión física, verbal, psicológica	2	40,0			1	6,7	14	12,6	1	4,0
pobreza, falta de empleo, abandono			1	16,7			7	6,3	1	4,0
otras	2	40,0					5	4,5	1	4,0
total	5	100,0	6	100,0	15	100,0	111	100,0	25	100,0

Cuadro 89. maltrato en el hogar de origen según edad

noción de maltrato	edad							
	menos de 18		18a29		30 a 50		más de 50	
	total	%	total	%	total	%	total	%
físico y/o verbal por el padre			4	16,7	9	16,4	9	24,3
físico y/o verbal por la madre	2	40,0	5	20,8	4	7,3	4	10,8
físico y/o verbal por ambos padres,								
otros familiares	1	20,0	13	54,2	24	43,6	18	48,7
castigos brutales			2	8,3	9	16,4	5	13,5
psicológico por padres u otros	1	20,0	2	8,3			11	29,7
trabajos excesivos, discordias					14	25,5		
entre padres	1	20,0	2	8,3	14	25,5	11	29,7
total	5	100,0	24	100,0	55	100,0	37	100,0

Cuadro 90. maltrato en el hogar de origen según región

tipo de maltrato	región									
	atlántica		pacífica		central		oriental		suroriental .	
	total	%	total	%	total	%	total	%	total	%
físico y/o verbal por el padre							12	22,6		
físico y/o verbal por la madre			1	25,0	2	50,0	4	7,6	3	30,0
físico y/o verbal por ambos padres,										
otros familiares	1	100,0	1	25,0	1	25,0	25	47,2	6	60,0
castigos brutales							8,15	5,7		
psicológico por padres u otros			1	25,0			3	5,7		
trabajos excesivos, discordias padres			1	25,0	1	25,0	17	32,1	2	20,0
total	1	100,0	4	100,0	4	100,0	55	100,0	10	100,0

Cuadro 91. maltrato en hogar actual según sexo

tipo de maltrato	sexo			
	masculino		femenino	
	total	%	total	%
físico y/o verbal por el esposo			41	71,9
físico y/o verbal por la esposa	4	66,7		
físico y/o verbal por los hijos	1	16,7	5	8,8
físico y/o verbal por otros familiares			3	5,3
humillación infidelidad			8	14,0
otros	1	16,7	3	5,3

Cuadro 92. maltrato en hogar actual según escolaridad

tipo de maltrato	escolaridad							
	primaria		secundaria		universita.		ninguna	
	total	%	total	%	total	%	total	%
físico y/o verbal por el esposo	26	74,3	14	58,3			1	33,3
físico y/o verbal por la esposa	1	2,9	2	8,3	1	100,0		
físico y/o verbal por los hijos	3	8,6	3	12,5				
físico y/o verbal por otros familiares	2	5,7	1	4,2			2	66,7
humillación infidelidad	3	8,6	3	12,5			2	66,7
otros	2	5,7	2	8,3				
total	35	100,0	24	100,0	1	100,0	3	100,0

Cuadro 93, maltrato en hogar actual según estado civil

tipo de maltrato	estado civil							
	soltero		casado		unión libre		otro	
	total	%	total	%	total	%	total	%
físico y/o verbal por el esposo			24	77,4	9	69,2	8	57,1
físico y/o verbal por la esposa			1	3,2	3	23,1		
físico y/o verbal por los hijos	1	20,0	2	6,5			3	21,4
físico y/o verbal por otros familiares	2	40,0	1	3,2				
humillación, infidelidad			3	9,7	2	15,4	3	21,4
otros	2	40,0	1	3,2	1	7,7		
total	5	100,0	31	100,0	13	100,0	14	100,0

Cuadro 94. ha tenido necesidad de maltratar a alguien de su hogar actual según escolaridad

escolaridad	si		no	
	Frec.	%	Frec.	%
primaria	42	15,9	60	22,7
Secundaria	38	14,4	74	28,0
universitaria	9	3,4	21	8,0
ninguna	6	2,3	14	5,3
total	95	36,0	169	64,0

Cuadro 95. clases de castigo en el hogar actual según escolaridad

clase de castigo	escolaridad			
	ninguna	univ.	prim.	sec.
físicos, o verbales menores	87,5	75,2	72,6	59,4
privación de gustos		25,2	5,4	32,6
físico brutal			16,3	5,2
encierro y otros	12,5		5,5	2,6

Cuadro 96. situaciones que le causan enojo según necesidad de maltrato en el hogar actual

situaciones	respuestas			
	si		no	
	frec.	%	frec.	%
cuando no lo complacen en labores	12	12,6	18	10,7
injusticia, situación económica, envidia	10	10,5	15	8,9
incumplimiento, desorden	13	13,7	21	12,5
la desobediencia	21	22,1	26	15,5
invasión de su espacio, apropiación de sus cosas	3	3,2	8	4,8
otras	52	54,7	103	61,3
total	95	100,0	168	100,0

Cuadro 97. maltrato al entrevistado en eI hogar de origen según necesidad de maltrato en el hogar actual

clase de maltrato	respuesta			
	si		no	
	frec.	%	frec.	%
físico y/o verbal por el padre	10	15,9	12	20,7
físico y/o verbal por la madre	10	15,9	5	8,6
físico y/o verbal por ambos padres, otros famili	31	49,2	25	43,1
castigos brutales	8	12,7	8	13,8
psicológico por padres u otros	3	4,8	5	8,6
trabajos excesivos, discordias entre padres	14	22,2	14	24,1
total	63	100,0	58	100,0

Cuadro 98. maltrato en el hogar de origen según castigo al compañero

clase de maltrato	respuesta			
	si		no	
	frec.	%	frec.	%
físico y/o verbal por el padre	5	20,8	14	20,3
físico y/o verbal por la madre	4	16,7	5	7,3
físico y/o verbal por ambos padres, otros famili	11	45,8	32	46,4
castigos brutales	5	20,8	8	11,6
psicológico por padres u otros			6	8,7
trabajos excesivos, discordias entre padres	7	29,2	16	23,2
total	24	100,0	69	100,0

Cuadro 99. maltrato en el hogar de origen según relación con padre

clase de maltrato	relación con padre							
	afectuosa		indiferente		hostil		ninguna	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
físico y/o verbal por el padre físico	6	11,3	3	18,8	12	41,4	1	4,4
y/o verbal por la madre físico y/o verbal	8	15,1					7	30,4
por ambos padres, otros familiares								39,1
castigos brutales	30	56,6	12	75,0	5	17,2	9	21,7
psicológico por padres u otros	3	5,7			8	27,6	5	8,7
trabajos excesivos, discordias entre padres	2	3,8			4	13,8	2	4,4
	14	26,4	5	31,3	8	27,6	1	
total	53	100,0	16	100,0	29	100,0	223	100,0

Cuadro 100. causas atribuidas del maltrato según hijo deseado

causas del maltrato	respuesta					
	si		no		ns	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
no era hijo del maltratante	4	5,8	1 3	3,5	3 2	13,0
embriaguez, incomprensión e infidelidad	8	11,6	8 3	10,3	4 4	8,7
ignorancia, envidia	13	18,8	9 1	27,6	6 2	17,4
forma de corregir en ese tiempo	3	18,8	3 4	10,3	1 3	17,4
agresor maltratado, irascible o enfermo	12	17,4		31,0		26,1
desobediencia	10	14,5		3,5		8,7
pobreza	3	4,4		10,3		4,4
otras	9	13,0		13,8		13,0
no sabe	4	5,8				
total	69	100,0	29	100,0	23	100,0

Cuadro 101. hijo deseado según relación con padre

respuestas	relación con padre							
	afectuosa		indiferente		hostil		ninguna	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	free.	%
si, primogénito, menor, único	20	17,0	4	16,7			2	7,7
si, se sentía apreciado	82	69,5	15	62,5	5	26,3	9	34,6
si, por creencias religiosas	5	4,2			1	5,3	4	15,4
no, por su sexo	4	3,4	1	4,2	3	15,8	1	3,9
no, no se sentía apreciado	4	3,4			2	10,5	7	26,9
no, no conocían métodos			1	4,2				
de planificación	5	4,2			5	26,3	2	7,7
no, no querían tener hijos			2	8,3			2	7,7
no, se sentía maltratado	1	0,9	1	4,2	4	21,1		
total	118	100,0	24	100,0	19	100,0	26	100,0

Cuadro 102. hijo deseado según relación con madre

respuestas	relación con madre							
	afectuosa		indiferente		hostil		ninguna	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si, primogénito, menor, único	25	16,3		1,0	4,35			
si, se sentía apreciado	101	66,0	4 1	57,1	5	21,7	1 1	25,0
si, por creencias religiosas	8	5,2		14,3	1	4,4		25,0
no, por su sexo	3	2,0			2	8,7	2	
no, no se sentía apreciado	5	3,3			7	30,4		50,0
no, no conocían métodos			2					
de planificación	9	5,9		28,6	3	13,0		
no, no querían tener hijos	1	0,7			2	8,7		
no, se sentía maltratado	3	2,0			2	8,7		
total	153	100,0	7	100,0	23	100,0	4	100,0

Cuadro 103. hijo deseado según relación con compañero

respuestas	relación con compañero							
	afectuosa		indiferente		hostil		ninguna	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si, primogénito, menor, único	11	10,8			6	24,0		
si, se sentía apreciado	62	60,8	2	33,3	13	52,0		
si, por creencias religiosas	8	7,8			1	4,0	1	100,0
no, por su sexo	3	2,9			1	4,0	1	100,0
no, no se sentía apreciado	7	6,9	1	16,7	2	8,0		
no, no conocían métodos de planificación	9	8,8	2	33,3	1	4,0		
no, no querían tener hijos	1	1,0						
no, se sentía maltratado	1	1,0	1	16,7	2	8,0		
total	102	100,0	6	100,0	.25	100,0	1	100,0

Cuadro 104. hijo deseado según relación con hijos

respuesta	relación con hijos							
	afectuosa		indiferente		hostil		ninguna	
	frec.	%	frec	%	frec.	%	frec.	%
si, primogénito, menor, único	16	13,0					1	50,0
si, se sentía apreciado	73	59,4			2	33,3		
si, por creencias religiosas	9	7,3						
no, por su sexo	4	3,3					1	50,0
no, no se sentía apreciado	8	6,5	1	100,0	2	33,3		
no, no conocían métodos de planificación	11	8,9			1	16,7		
no, no querían tener hijos no se sentía maltratado	3	2,4			1	16,7		
total	123	100,0	1	100,0	6	100,0	2	100,0

cuadro 105. ha tenido necesidad de maltratar a alguien de su hogar actual según maltrato en el hogar de los padres

respuesta	si		no	
	frec.	%	frec	%
padre	9	3,4	27	10,2
madre	29	11,0	28	10,6
ambos	21	8,0	23	8,7
ninguno	18	6,8	59	22,4
no sabe	18	6,8	32	12,1
total	95	36,0	169	64,0

Cuadro 106. conocimiento de maltrato en el hogar de los padres según maltrato en el hogar actual

respuestas	respuestas			
	si		no	
	frec.	%	frec.	%
padre	8	4,4	14	7,7
madre	14	7,7	23	12,6
ambos	15	8,2	21	11,5
ninguno	17	9,3	34	18,6
no sabe	9	4,9	28	15,3
total	63	34,4	120	65,6

cuadro 107. razones para soportar el maltrato en hogar actual según sexo

razones para soportar	sexo			
	masculino		femenino	
	frec.	%	frec.	%
dependencia económica, enfermedad			11	19,3
los hijos, porque lo quería	2	33,3	24	42,1
no soportó, se separó	1	16,7	15	26,3
temor social			5	8,8
rol normal o riesgo matrimonial	1	16,7	6	10,5
otros	2	33,3	7	12,3
total	6	100,0	57	100,0

cuadro 108. razones para soportar el maltrato en hogar actual según escolaridad

razones para soportar	escolaridad							
	primaria		secundaria		universitaria		ninguna	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
dependencia económica, o enfermedad	7	20,0	4	16,7				
los hijos, porque lo quería	12	34,3	13	54,2			1	33,3
no soportó, se separó	8	22,9	6	25,0			2	66,7
temor social	2	5,7	3	12,5				
rol normal o riesgo matrimonial	5	14,3	1	4,2	1	100,0		
otros	7	20,0	2	8,3				
total	35	100,0	24	100,0	1	100,0	3	100,0

Cuadro 109. razones para soportar el maltrato en hogar actual según estado civil

razones para soportar	estado civil							
	soltero		casado		unión libre		otro	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
dependencia económica o enfermedad	3	60,0	4 17	12,9	2	15,4	2	14,3
los hijos, porque lo quería	1	20,0	5	54,8	6 5	46,2	2	14,3
no soportó, se separó			4	16,1	1 2	38,5	6	42,9
temor social			3	12,9	1	7,7		
rol normal o riesgo matrimonial			5	9,7		15,4	2	14,3
otros	1	20,0		16,1		7,7	2	14,3
total	5	100,0	31	100,0	13	100,0	14	100,0

Cuadro 110. razones para soportar el maltrato en el hogar actual según ingresos

razones para soportar	nivel de ingresos					
	< 1 salario		1a3		más de 3	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
dependencia económica o enfermedad	3	37,5	7	14,3	1	16,7
los hijos porque lo quería	5	65,5	19	38,8	2	33,3
no soportó, se separó			16	32,7		
temor social			5	10,2		
rol normal o riesgo matrimonial			7	14,3		
otros	1	12,5	5	10,2	3	50,0
total	8	100,0	49	100,0	6	100,0

Cuadro 111. clases de castigo en el hogar actual por sexo

clase de castigo	sexo			
	masculino		femenino	
	frec.	%	frec.	%
físicos, o verbales menores	2	84,0	54	77,1
privación de gustos	1	24,0	14	20,0
físico brutal	6	4,0	12	17,1
encierro y otros			4	5,7
total	25	100,0	70	100,0

Cuadro 112. clases de castigo en el hogar actual según edad

clase de castigo	edad							
	<de18		18 a 29		30 a 50		más de 50	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
físicos, o verbales menores	2	66,7	9	60,0	42	89,4	22 3	73,3
privación de gustos	1	33,3	6	40,0	10	21,3	6	10,0
físico brutal	1	33,3	2	13,3	4	8,5	2	20,0
encierro y otros			1	6,7	1	2,1		6,7
total	3	100,0	15	100,0	47	100,0	30	100,0

Cuadro 113. clases de castigo en el hogar actual según escolaridad

clase de castigo	escolaridad							
	primaria		secundaria		universitaria		ninguna	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
físicos, o verbales menores	33	78,6	30	79,0	7	77,8	5	83,3
privación de gustos	4	9,5	14	36,8	2	22,2		
físico brutal	9	21,4	4	10,5				
encierro y otros	1	2,4	2	5,3			1	16,7
total	42	100,0	38	100,0	9	100,0	6	100,0

uadro 114. ha tenido necesidad de maltratar a alguien en el hogar actual según considera que para tener autoridad es necesario acudir al maltrato

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	21	8,0	74	28,0	95	36,0
no	8	3,0	161	61,0	169	64,0
total	29	11,0	235	89,0	264	100,0

Cuadro 115. considera que para tener autoridad es necesario acudir al maltrato según siente la necesidad de andar armado

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	7	2,7	50	18,9	57	21,6
no	22	8,3	185	70,1	207	78,4
total	29	11,0	235	89,0	264	100,0

Cuadro 116. considera que para tener autoridad es necesario acudir al maltrato según edad

edad (en años)	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
menos de 18	1	7,1	13	92,9	14	100,0
18a29	3	4,4	65	95,6	68	100,0
30 a 50	9	8,6	96	91,4	105	100,0
más de 50	16	20,8	61	79,2	77	100,0
total	29	11,0	235	89,0	264	100,0

Cuadro 117. considera que para tener autoridad es necesario acudir al maltrato según justificación de la violencia para hacer justicia

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	4	1.5	39	14,8	43	16,3
no	25	9,5	193	73,1	218	82,6
no sabe			2	0,8	2	0,8
no responde			1	0,4	1	0,4
total	29	11,0	235	89,0	264	100,0

Cuadro 118. considera que para tener autoridad es necesario acudir al maltrato según justificación de la violencia para vengar una ofensa grave

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	3	1,1	22	8,3	25	9,5
no	26	9,9	211	79,9	237	89,8
no sabe			1	0,4	1	0,4
no responde			1	0,4	1	0,4
total	29	11,0	235	89,0	264	100,0

Cuadro 119. considera que para tener autoridad es necesario acudir al maltrato según justificación de la violencia por necesidad económica

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	5	1,9	30	11,4	35	13,3
no	24	9,1	203	76,9	227	86,0
no sabe			1	0,4	1	0,4
no responde			1	0,4	1	0,4
total	29	11,0	235	89,0	264	100,0

Cuadro 120. considera que para tener autoridad es necesario acudir al maltrato según justificación de la violencia para no ser considerado cobarde

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	29	11,0	13	4,9	13	4,9
no			219	83,0	248	93,9
no sabe			2	0,8	2	0,8
no responde			1	0,4	1	0,4
total	29	11,0	235	89,0	264	100,0

Cuadro 121. considera que para tener autoridad es necesario acudir al maltrato según justificación de la violencia para defender la familia

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	16	6,1	102	38,6	118	44,7
no	13	4,9	131	49,6	144	54,6
no sabe			1	0,4	1	0,4
no responde			1	0,4	1	0,4
total	29	11,0	235	89,0	264	100,0

Cuadro 119. considera que para tener autoridad es necesario acudir al maltrato según justificación de la violencia por necesidad económica

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	5	1,9	30	11,4	35	13,3
no	24	9,1	203	76,9	227	86,0
no sabe			1	0,4	1	0,4
no responde			1	0,4	1	0,4
total	29	11,0	235	89,0	264	100,0

Cuadro 120. considera que para tener autoridad es necesario acudir al maltrato según justificación de la violencia para no ser considerado cobarde

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si			13	4,9	13	4,9
no	29	11,0	219	83,0	248	93,9
no sabe			2	0,8	2	0,8
no responde			1	0,4	1	0,4
total	29	11,0	235	89,0	264	100,0

cuadro 124. considera que para tener autoridad es necesario acudir al maltrato según justificación de la violencia para ejercer la autoridad en el hogar

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	5	1,9	16	6,1	21	8,0
no	24	9,1	217	82,2	241	91,3
no sabe			1	0,4	1	0,4
no responde			1	0,4	1	0,4
total	29	11,0	235	89,0	264	100,0

Cuadro 125. considera que para tener autoridad es necesario acudir al maltrato según justificación de la violencia por ser tradición familiar

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	29	11,0	9	3,4	9	3,4
no			224	84,9	253	95,8
no sabe			1	0,4	1	0,4
no responde			1	0,4	1	0,4
total	29	11,0	235	89,0	264	100,0

Cuadro 126. considera que para tener autoridad es necesario acudir al maltrato según justificación de la violencia por ser tradición regional

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	29	11,0	2	0,8	2	0,8
no			231	87,5	260	98,5
no sabe			1	0,4	1	0,4
no responde			1	0,4	1	0,4
total	29	11,0	235	89,0	264	100,0

Cuadro 127. relación con compañero según castigo al compañero

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
afectuosa	23	17,0	112	83,0	135	100,0
indiferente	1	10,0	9	90,0	10	100,0
hostil	9	28,1	23	71,9	32	100,0
ninguna			2	100,0	2	100,0
total	33	18,4	146	81,6	179	100,0

Cuadro 128. abuso sexual según persona que cometió el abuso

persona que abusó	respuesta	
	si	
	frec.	%
cónyuge otros	4	10,5
familiares	9	23,7
conocido	15	39,5
extraño	13	34,2
total	38	100,0

Cuadro 129. expresa sentirse triste o nervioso frecuentemente según necesidad de maltrato en el hogar

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	75	28,4	102	38,6	177	67,1
no	20	7,6	67	25,4	87	33,0
total	95	36,0	169	64,0	264	100,0

Cuadro 130. expresa sentirse triste o nervioso frecuentemente según maltrato en hogar de origen

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	98	37,1	79	29,9	177	67,1
no	23	8,7	64	24,2	87	33,0
total	121	45,8	143	54,2	264	100,0

Cuadro 131. expresa sentirse triste o nervioso frecuentemente según piensa que fue hijo deseado

respuesta	respuesta							
	si		no		no sabe		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	123	46,6	29	11,0	25	9,5	177	67,1
no	70	26,5	7	2,7	10	3,8	87	33,0
total	193	73,1	36	13,6	35	13,3	264	100,0

Cuadro 132. se cree una persona valiosa según necesidad de maltrato en hogar actual

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	84	31,8	153	58,0	237	89,8
no	11	4,2	16	6,1	27	10,2
total	95	36,0	169	64,0	264	100,0

Cuadro 133. se cree una persona valiosa según maltrato en hogar de origen

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	107	40,5	130	49,2	237	89,8
no	14	5,3	13	4,9	27	10,2
total	121	45,8	143	54,2	264	100,0

Cuadro 134. se considera una persona desconfiada según necesidad de maltrato en el hogar actual

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	63	23,9	104	39,4	167	63,3
no	32	12,1	65	24,6	97	36,7
total	95	36,0	169	64,0	264	100,0

Cuadro 135. se considera una persona desconfiada según maltrato en hogar de origen

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	76	28,8	91	34,5	167	63,3
no	45	17,1	52	19,7	97	36,7
total	121	45,8	143	54,2	264	100,0

Cuadro 136. enojado le cuesta trabajo controlarse según necesidad de maltrato en el hogar actual

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	45	17,1	55	20,8	100	37,9
no	50	18,9	114	43,2	164	62,1
total	95	36,0	169	64,0	264	100,0

Cuadro 137. enojado le cuesta trabajo controlarse según frecuencia de maltrato en el hogar actual

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	12	12,6	33	34,7	45	47,4
no	8	8,4	42	44,2	50	52,6
total	20	21,1	75	79,0	95	100,0

Cuadro 138. frecuencia de atraco según sexo e ingresos

respuesta		nivel de ingresos									
		<1 salario		1a3		más de 3		no responde		total	
		frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
hombres	ninguna	3	30,0	25	50,0	7	30,4	1	10,0	36	100,0
	una a dos	6	60,0	21	42,0	9	39,1			36	100,0
	tres o más	1	10,0	4	8,0	7	30,4			12	100,0
total		10	100,0	50	100,0	23	100,0	1	100,0	84	100,0
mujeres	ninguna	21	61,8	70	59,3	169	61,5	2	100,0	109	100,0
	una a dos	10	29,4	37 11	31,4	1	34,6			56 15	100,0
	tres o más	3	8,8		9,3		3,9				100,0
total		34	100,0	118	100,0	26	100,0	2	100,0	180	100,0

Cuadro 139. frecuencia de robo según sexo e ingresos

respuesta		nivel de ingresos									
		< 1 salario		1a3		más de 3		no responde		total	
		frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
Hombres	ninguna	6	60,0	19	38,0	6	26,1	1	100,0	32	100,0
	una a dos	2	20,0	23	46,0	11	47,8			36	100,0
	tres o más	2	20,0	8	16,0	6	26,1			16	100,0
	total	10	100,0	50	100,0	23	100,0	1	100,0	84	100,0
Mujeres	ninguna	11	32,4	35	29,7	10	38,5			56	100,0
	una a dos	19	55,9	61	51,7	14	53,9	2	100,0	96	100,0
	tres o más	4	11,8	22	18,6	2	7,7			28	100,0
total		34	100,0	118	100,0	26	100,0	2	100,0	180	100,0

Cuadro 140. necesidad de utilizar armas según sexo e ingresos

respuesta		nivel de ingresos									
		< 1 salario		1a3		más de 3		no responde		total	
		frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
hombres	si			8	16,0	8 15	34,8			16	100,0
	no	10	100,0	42	84,0		65,2	1	100,0	68	100,0
total		10	100,0	50	100,0	23	100,0	1	100,0	84	100,0
mujeres	si	1	2,9	2	1,7					3	100,0
	no	33	97,1	116	98,3	26	100,0	2	100,0	177	100,0
total		34	100,0	118	100,0	26	100,0	2	100,0	180	100,0

Cuadro 141. uso de armas en contra de la persona según frecuencia de porte de armas

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	9	3,4	96	36,4	105	39,8
no	6	2,3	153	58,0	159	60,2
total	15	5,7	249	94,3	264	100,0

Cuadro 142. uso de armas en contra de la persona según sexo

respuesta	sexo					
	masculino		femenino		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	48	18,2	57	21,6	105	39,8
no	36	13,6	123	46,6	159	60,2
total	84	31,8	180	68,2	264	100,0

Cuadro 143. uso de armas en contra de la persona según tipo de arma

respuesta	tipo de arma							
	fuego		blanca		ambas		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	18	17,1	84	80,0	3	2,9	105	100,0
total	18	17,1	84	80,0	3	2,9	105	100,0

Cuadro 144. agresión bajo los efectos del alcohol o la droga según sexo

respuestas	sexo					
	masculino		femenino		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	14	5,3	7	2,7	21	8,0
no	63	23,9	123	46,6	186	70,5
no toma	7	2,7	50	18,9	57	21,6
total	84	31,8	180	68,2	264	100,0

Cuadro 145. agresión bajo los efectos del alcohol o la droga según castigo al compañero

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	6	3,3	10	5,5	16	8,8
no	22	12,1	100	55,0	122	67,0
no toma	6	3,3	38	20,9	44	24,2
total	34	18,7	148	81,3	182	100,0

Cuadro 146. adquisición de armas según necesidad de utilizar armas

respuesta	respuesta					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	15	5,7	117	44,3	132	50,0
no	4	1,5	112	42,4	116	43,9
no sabe			16	6,1	16	6,1
total	19	7,2	245	92,8	264	100,0

Cuadro 147. ¿ha demandado a alguien según confianza en la Justicia?

respuesta	respuesta									
	mucho		poco		nada		no sabe		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	11	14,9	38	51,4	23	31,1	2	2,7	74	100,0
no	28	14,7	98	51,6	62	32,6	2	1,1	190	100,0
total	39	14,8	136	51,5	85	32,2	4	1,5	264	100,0

Cuadro 148. ¿ha demandado a alguien según confianza en la policía?

respuesta	respuesta							
	mucho		poco		nada		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	10	13,5	24	32,4	40	54,1	74	100,0
no	28	14,7	78	41,1	84	44,2	190	100,0
total	38	14,4	102	38,6	124	47,0	264	100,0

Cuadro 149. ¿ha demandado a alguien según confianza en las fuerzas armadas?

respuesta	nivel de confianza									
	mucho		poco		nada		no sabe		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	26	35,1	26	35,1	21	28,4	1	1,4	74	100,0
no	76	40,0	63	33,2	45	23,7	6	3,2	190	100,0
total	102	38,6	89	33,7	66	25,0	7	2,7	264	100,0

Cuadro 150. satisfacción con resultados de demanda según confianza en la justicia

respuesta	nivel de confianza									
	mucho		poco		nada		no sabe		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	8	21,1	23	60,5	6	15,8	1	2,6	38	100,0
no	3	8,3	17	47,2	16	44,4			36	100,0
total	11	14,9	40	54,1	22	29,7	1	1.4	74	100,0

Cuadro 151. satisfacción con resultados de demanda según confianza en la policía

respuestas	nivel de confianza							
	mucho		poco		nada		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	8	21,1	14	36,8	16	42,1	38	100,0
no	2	5,6	10	27,8	24	66,7	36	100,0
total	10	13,5	24	32,4	50	54,1	74	100,0

Cuadro 152. satisfacción con resultados de demanda según confianza en las fuerzas armadas

respuesta	nivel de confianza									
	mucho		poco		nada		no sabe		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	13	34,2	15	39,5	10	26,3			38	100,0
no	14	38,9	10	27,8	11	30,6	1	2,8	36	100,0
total	27	36,5	25	33,8	21	28,4	1	1,4	74	100,0

Cuadro 153. ha demandado a alguien según quien abusó sexualmente

persona que abusó	respuesta			
	si		no	
	frec.	%	frec.	%
cónyuge	3	15,8	1	5,3
otro	5	26,3	4	21,1
conocido	7	36,8	8	42,1
extraño	6	31,6	7	36,8
total	19	100,0	19	100,0

Cuadro 154. ha demandado a alguien según maltrato en el hogar actual

demanda	maltrato					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	30	16,4	28	15,3	58	31,7
no	33	18,0	92	50,3	125	68,3
total	63	34,4	120	65,6	183	100,0

Cuadro 155. agresión bajo los efectos del alcohol o la droga según necesidad de maltrato en el hogar

agresión	maltrato					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
Si	9	3,4	12	4,6	186	70,5
no	17	6,4	40	15,2	57	21,6
no toma	17	6,4	40	15,2	57	21,6
total	95	36,0	169	64,0	264	100,0

Cuadro 156. expresa sentirse seguro en el barrio donde vive según frecuencia de porte de armas

seguridad	porte de armas					
	si		no		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
sí	6	2,3	185	70,1	191	72,4
no	9	3,4	64	24,2	73	27,7
total	15	5,7	249	94,3	264	100,0

Cuadro 157. expresa sentirse seguro en el barrio donde vive según actividades con vecinos

actividades	respuesta			
	si		no	
	frec.	%	frec.	%
deportes	21	11,0	5	6,9
reuniones sociales	15	7,9	4	5,5
reuniones de vecindario y otras	45	23,6	13	17,8
ninguna	116	60,7	53	72,6
total	191	100,0	73	100,0

Cuadro 158. expresa sentirse seguro en el barrio donde vive según actividades en grupos

actividades	respuesta			
	si		no	
	frec.	%	frec.	%
junta comunal	11	5,8	6	8,2
pandillas	2	2,7		
grupos deportivos	13	6,8	5	6,9
grupos religiosos	13	6,8	7	9,6
grupos culturales	2	1,1	2	2,7
otros	24	12,6	4	5,5
ninguno	134	70,2	51	69,9
total	191	100,0	73	100,0

Cuadro 159. principal hecho de violencia fuera del hogar según sexo

hecho de violencia	sexo			
	masculino		femenino	
	frec.	%	frec.	%
la violencia de los cincuenta	5	6,0	7	3,9
los atentados y bombas de los últimos años	13	15,5	31	17,2
asalto al palacio de justicia, masacres	7	8,3	12	6,7
la violencia callejera	11	13,1	15	8,3
la información de los medios de comunicación	12	14,3	32	17,8
atracos	15	17,9	19	10,6
homicidios o lesiones a familiares o amigos	12	14,3	28	15,6
otras	13	15,5	30	16,7
ninguna	9	10,7	19	10,6
total	84	100,0	180	100,0

Cuadro 160. principal hecho de violencia fuera del hogar según edad

hecho de violencia	edad							
	<de 18		18a29		30 a 50		más de 50	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
la violencia de los cincuenta					2	1,9	10	13,0
los atentados y bombas de los últimos años	3	21,4	9	13,2	25	23,8	7	9,1
asalto al palacio de justicia, masacres	1	7,1	3	4,4	10	9,5	5	6,5
la violencia callejera	3	21,4	8	11,8	5	4,8	10	130
la información de los medios de comunicación	2	14,3	10	14,7	14	13,3	18	23,4
atracos			10	14,7	15	14,3	9	11,7
homicidios o lesiones a familiares o amigos	2	14,3	12	17,7	17	16,2	9	11,7
otras	3	21,4	15	22,1	19	18,1	6	7,8
ninguna	2	14,3	6	8,8	9	8,6	11	14,3
total	14	00,0	68	00,0	105	00,0	11	100,0

Cuadro 161. maltrato por autoridades según confianza en la justicia

respuesta	nivel de confianza									
	mucho		poco		nada		no sabe		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec	%
si	7	11,7	28	46,7	25	41,7			60	100,0
no	32	15,7	108	52,9	60	29,4	4	2,0	204	100,0
total	39	14,8	136	51,5	85	32,5	4	1,5	264	100,0

Cuadro 162. maltrato por autoridades según confianza en la policía

respuesta	nivel de confianza							
	mucho		poco		nada		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	4	6,7	21	35,0	35	58,3	60	100,0
no	34	16,7	81	39,7	89	43,6	204	100,0
total	38	14,4	102	38,6	124	47,0	264	100,0

Cuadro 163. maltrato por autoridades según confianza en las fuerzas armadas

respuesta	nivel de confianza									
	mucho		poco		nada		no sabe		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec	%
si	18	30,0	1871	30,0	24	40,0			60	100,0
no	84	41,2		34,8	42	20,6	7	3,43	204	100,0
total	102	38,6	89	33,7	66	25,0	7	2,65	264	100,0

Cuadro 164. maltrato por autoridades según sexo

respuesta	sexo					
	masculino		femenino		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	43	16,3	17	6,4	60	22,7
no	41	15,5	163	61,7	204	77,3
total	84	31,8	180	68,2	264	100,0

Cuadro 165. considera peligroso vivir en Colombia según frecuencia de atraco

respuesta	frecuencia de atracos							
	ninguna		una a dos		tres o más		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	60	49,2	46	37,7	16	13,1	122	100,0
no	84	59,6	46	32,6	11	7,8	141	100,0
no sabe	1	100,0					1	100,0
total	145	54,9	92	34,9	27	10,2	264	100,0

Cuadro 166. considera peligroso vivir en Colombia según frecuencia de robo

respuesta	frecuencia de robo							
	ninguna		una a dos		tres o más		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	37	30,3	65	53,3	20	16,4	122	100,0
no	51	36,2	66	46,8	24	17,0	141	100,0
no sabe			1	100,0			1	100,0
total	88	33,3	132	50,0	44	16,7	264	100,0

Cuadro 167. considera peligroso vivir en Colombia según desearía vivir en otro país

peligroso	otro país							
	si		no		no sabe		total	
	frec.	%	frec.	%	frec.	%	frec.	%
si	56	21,2	66	25,0			122	46,2
no	45	17,1	95	36,0	1	0,4	141	53,4
no sabe	1	0,4	161	61,0			1	0,4
total	102	38,6			1	0,4	26	100,0

LOS AUTORES

MYRIAM JIMENO Investigadora principal Antropóloga de la Universidad de Los Andes, es profesora asociada del Departamento de Antropología de la Universidad Nacional desde 1973. Está vinculada al Centro de Estudios Sociales CES de esta universidad. Fue Directora del Departamento, Decana de la Facultad de Ciencias Humanas y Vicerrectora Académica en la Universidad Nacional. En dos ocasiones dirigió el Instituto Colombiano de Antropología. Ha investigado en los temas de colonización de la Amazonia, en proyectos de evaluación de impacto social, políticas indigenistas, etnicidad e identidad étnica. Es coautora del libro Estado y minorías étnicas en Colombia (1985) y Chocó: diversidad cultural y medio ambiente (Fondo José Celestino Mutis FEN Colombia, 1995) y participó en la publicación colectiva Colombia amazónica (Universidad Nacional, 1988). En la actualidad coordina en el CES, con el auspicio de COLCIENCIAS, una línea de investigación sobre conflicto social y violencia en Colombia.

ISMAEL ROLDÁN Investigador principal
Médico Psiquiatra, profesor asociado, y emérito de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente es Director del Departamento de Psiquiatría y Presidente de la Federación Médica Colombiana. Ha sido Vicerrector General y Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional. Entre sus publicaciones se destacan el libro Medicina humanizada (Selare, 1992) y numerosos artículos sobre los derechos del paciente. Participó en el libro colectivo Colombia Pacífico (Fondo José Celestino Mutis FEN Colombia, 1993). En la actualidad coordina en el CES, con el auspicio de COLCIENCIAS, una línea de investigación sobre la violencia en Colombia.

DAVID OSPINA Investigador asociado
Estadístico de la Universidad Nacional y Ph. D. en estadística de la Universidad de Wyoming. Profesor asociado del Departamento de Matemáticas y Estadística de la Universidad Nacional de Colombia, del cual ha sido director. Su especialidad es el muestreo estadístico, tema sobre el cual ha publicado varios artículos.

LUIS EDUARDO JARAMILLO Investigador asociado
Médico cirujano de la Universidad Nacional con especialidad en psiquiatría; profesor asistente y director del posgrado de Psiquiatría de la misma universidad. Como miembro de la Corporación AVRE, ha realizado trabajos de psiquiatría sobre víctimas de la violencia, divulgados en congresos de especialistas del tema en Colombia y otros países.

JOSÉ MANUEL CALVO Investigador asistente
Médico cirujano de la Universidad Nacional con especialidad en psiquiatría; profesor asistente del Departamento de Psiquiatría de la misma universidad.

SONIA CHAPARRO Investigadora asistente
Antropóloga de la Universidad Nacional. En 1993 realizó su trabajo de grado en el tema de la violencia y desde entonces se ha vinculado al grupo de trabajo sobre violencia coordinado por los profesores Jimeno y Roldan.

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos de la
Imprenta Universidad Nacional
en el mes de diciembre de 1996
En Santafé de Bogotá, D.C., Colombia

Títulos eun

Democracia y argumentación racional
Luis Fernando Medina

Convivencia y poder político entre los andoques
Mónica Espinosa

Los estragos del amor
Florence Thomas

Títulos Universidad Nacional

Cine de la violencia
Isabel Sánchez (comp.)

Hechos y crítica política
Mario Latorre

Historia y psicoanálisis
Saúl Friedlander

Honor, familia y sociedad en la estructura patriarcal
Virginia Gutiérrez de Pineda y Patricia Vila

La descentración biológica del sujeto
Javier Jaramillo

¿Estamos los colombianos condenados a la violencia? De tanto convivir con experiencias violentas en la casa, en la calle, ¿estaremos insensibilizándonos definitivamente ante el maltrato, la agresión y la violencia que debemos soportar cotidianamente? ¿Dónde tendrá sus raíces más profundas la violencia colombiana?

A partir de estos interrogantes, *Las sombras arbitrarias* recoge los resultados de una investigación multidisciplinaria de carácter exploratorio e inferencial sobre las nociones y experiencias de maltrato y de violencia en un sector popular de la ciudad de Bogotá. Con base en una abundante información estadística apoyada en historias de vida y entrevistas semiestructuradas, esta obra va tejiendo interesantes aproximaciones a nuestras violencias cotidianas, basadas en relaciones particulares entre autoridad, arbitrariedad, miedo y respeto.

Las sombras arbitrarias. Violencia y autoridad en Colombia surge entonces como un instrumento válido para que en Colombia no tengamos que seguir aprendiendo la desesperanza.

ISBN 958-17-0177-X

un editorial universidad nacional

9 789581 701773